con el primer ordinario, *porque me ha dicho el cirujano que con esta última cura tendré salud, porque el hueso no está fuera de su lugar;* si bien yo le he respondido que Dios castiga agora en mis huesos los pecados de mi carne. *Donaire me ha hecho, Sr., el consuelo del malparto; ya me sabía yo el remedio; pero nunca fuí tan buen Astrólogo que fiase más de las cosas por venir que de las pasadas; fuera de que quien ve á una parida, i sus achaques, y piensa volverla á ver en sus brazos, ó es caballo, ó.....* Por las tercianas no quedo desconsolado, porque es la primera cosa que no he creído á V. E.; mas como ya se van acabando las causas de las dilaziones, acójese V. E. á Sagrado de la indisposizión, no sólo para no volver, pero ni aún para escribir. Las CHACONAS *no se han oído en este lugar; por ventura, tuvieron principio en Valladolid, que es costumbre de algunos Chancilleres de esas Audiencias.* Gonzalo vino; no me habló en lo que V. E. me había escrito. *Aquí está el marido de aquella persona. No oigo mal sus diligencias, aunque no sé si adivino bien. Las* ACADEMIAS *están furiosas: en la pasada se tiraron los bonetes dos Lizenziados: yo leí unos versos con unos antojos del Zervantes, que parecían huevos estrellados mal hechos.* Ya sabrá V. E. el fin del pleito del Condado de Alba: llevóle D. Enrique: no se excusan parabienes. Envíele V. E. unas narices. Dios guarde á V. E. D.ª Juana y Carlos besan á V. E. las manos. —De Madrid i Marzo 2 de 1612.—LOPE DE VEGA CARPIO.»

Paréceme que es esta la ocasión de examinar los lugares todos de las obras de *Lope*, en que menciona á *Cervantes* ó hace referencia á sus escritos. En el inmenso cúmulo de las obras de *Lope de Vega*, tanto dramáticas como épicas y narrativas, incluyendo las que hizo en prosa y las que escribió en verso, que, según cálculo del Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, formarían cincuenta y ocho tomos de la Biblioteca de autores españoles, sólo han registrado los eruditos siete lugares en que se hable de *Cervantes* y de sus obras. Con su prolijidad y maestría acostumbradas, los ha reunido mi buen amigo, el tantas veces citado D. Cayetano A. de la Barrera, y son los siguientes:

1.° En *La Dorotea*, 1598:

(Primera parte. Escena II.) «*¿Qué mayor riqueza para una mujer que verse eternizada?*... La Diana de Montemayor fué una dama natural de Valencia de Don Juan, junto á León; y *Ezla su río y ella serán eternos por su pluma*. Así la *Filida* de Montalvo; la GALATEA DE CERVANTES, la *Camila* de Garcilaso...»

2.° En la misma obra:

(Segunda parte. Escena II.) «*Ludovico*.—Deseo quien escriba sobre Garcilaso, que hasta ahora no le tenemos.—*César*.—*Grandes Poetas son los de esta edad*, pero más querrán ellos imprimir sus obras que ilustrar las ajenas....» (Enumera seguidamente 29 poetas, empezando por D. Diego de Mendoza y colocando á *Miguel de Cervantes* en el vigésimo lugar.)

3.° En *La Arcadia*, libro 5.°:

«Finge *Lope* colocados en el *Palacio de las ciencias y de la poesía* varios retratos de varones, que para tiempos futuros estaban puestos entre ellos: Góngora, los Argensolas, Juan Rufo y *Miguel de Cervantes*.»

4.° En *Las Fortunas de Diana*, 1621:

«También hay libros de novelas, dellas traducidas de italianos y dellas propias, en que no les faltó gracia y estilo á *Miguel de Cervantes*.»

5.° En *El Laurel de Apolo*, Silva 8.ª, 1630:

En la batalla donde el rayo austrino,
Hijo inmortal del águila famosa,
Ganó las hojas del laurel divino
Al Rey del Asia en la campaña undosa,
La fortuna insidiosa
Hirió la mano de Miguel Cervantes;
Pero su ingenio en versos de diamantes
Los del plomo volvió con tanta gloria,
Que por dulces, sonoros y elegantes
Dieron eternidad á su memoria,
Porque se diga que una mano herida
Pudo dar á su dueño eterna vida.

6.° *El Premio del bien hablar*, 1635, parte XXII:

(Jornada I, escena X):

DON JUAN

"¿No es Leonarda discreta? ¿No es hermosa?

MARTIN

¿Cómo discreta? *Cicerón, Cervantes,*
Juan de Mena, ni otro después ni antes,
No fueron tan discretos ni entendidos.

7.° *Amar sin saber á quién*, 1635, parte XXII:

(Jornada I, escena VI):

LEONARDA

Después que das en leer,
Inés, en el *Romancero,*
Lo que á aquel pobre Escudero
Te podría suceder.

INÉS

Don Quijote de la Mancha,
Perdone Dios á Cervantes,
Fué de los *extravagantes*
Que la crónica ensancha.

En estos siete lugares no encontramos, á la verdad, en los labios de *Lope* toda la lealtad, toda la expansión que sería de desear; el último, sobre todo, es punzante y equívoco.

Pero veamos también los pasajes en que *Cervantes* habla de *Lope de Vega,* citándole por su nombre.

1.° Prólogo de las ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados. Año 1615. En Madrid, por la Viuda de Alonso Martín:

«Y entró luego el monstruo de la naturaleza, el gran *Lope de Vega,* y alzóse con la monarquía cómica: avasalló y puso debajo de su jurisdicción á todos los farsantes: llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas...»

2.° Entremés de la *Guarda cuidadosa:* Recita el soldado una glosa improvisada sobre el verso:

«Chinelas de mis entrañas.»

y dice el Zapatero:

«A mí poco se me entiende de trovas; pero éstas me han sonado tan bien, que me parecen de *Lope*, como lo son todas las cosas que son ó parecen buenas.»

Prescindo, por no alargar este trabajo mucho más de lo que reclama la índole de la obra, de los otros lugares, tanto del *Quijote* como de las *Novelas*, en que indirectamente censura *Cervantes* los que juzgaba defectos en las comedias de *Lope de Vega*, y de propósito he dejado para el fin el que se toma como elogio en el libro II del *Viaje del Parnaso,* y que, á mi modo de entender, y por la idea que tengo formada del poema, es censura y burla, y muy amarga. Por lo que respecta á la índole general de ese librillo en verso, que bajo el título de *Viaje del Parnaso,* y con el antifaz de imitar el inofensivo de César Caporali, salió á luz de las prensas de Alonso Martín en 1614, no es este el lugar de hablar extensamente. Ya en otro lugar llamamos la atención sobre

la *piara gruñidora* de poetas españoles, convertidos por Venus en *calabaças* y *odres*; pintura cómica de primer orden, y satírica como la que más (1).

Ha de notarse desde luego que *Lope de Vega* no estaba en la lista de los poetas llamados á la defensa y guarda del Parnaso, que Mercurio entregó á *Cervantes*; en aquella reseña no se habla del *Fénix de los Ingenios,* y después, en el canto 2.° le llueve inopinadamente una nube, siendo de notar que, aunque se dice, á manera de elogio:

> Llovió otra nube al gran Lope de Vega
> Poeta insigne á cuyo verso ó prosa
> Ninguno le aventaja ni áun le llega,

es el último poeta de los llovidos, que fueron causa de quë Mercurio cogiese la *criba* y zarandease á los *poetas*, principiando por los de *gramalla*, es decir, por los de traje talar; y *Lope* era clérigo en 1615.

. . . . . .

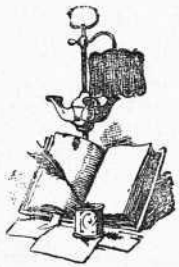
Sospéchome que *Lope de Vega* fué entre los arrojados por la criba, confirmándome en esta idea el ver que después en todo el poema no vuelve á sonar nombre tan famoso.

Prescindiendo de las cuestiones literarias que entre ambos ingenios pudiera causar momentánea frialdad, yo creo que *Cervantes* y *Lope de Vega* nunca fueron verdaderos amigos, nunca pudo haber en-

(1) *El Compás de Sevilla.*—Recuerdos de Cervantes.—Sevilla, Tarascó, 1870.—Tirada de 100 ejemplares.

tera franqueza y cordialidad en su trato. La diferencia quizá estaba en sus mismos caracteres.

Tal vez *Lope* comprendía todo el valor del estropeado novelista, y sentía involuntarios celos de que alguna vez pudieran ser postergadas sus obras á las de *Cervantes*. Quizá éste, aunque generoso y bueno, miraba indignado los aplausos que á *Lope* se tributaban, las ovaciones de que era objeto el *Fénix* por parte de aquellos mismos cortesanos que ni tenían una palabra de alabanza para el escritor pobre é ingenioso, ni le alargaban una mano de protección que aliviase su triste suerte, ni supieron luego depositar una flor sobre su modesta sepultura.



EL CONDE DE LEMOS

PROTECTOR DE CERVANTES

ESTUDIO HISTÓRICO

PARTE PRIMERA

(1576-1609)

I

GRANDE y extraordinaria animación se notaba en el Palacio Real de Madrid, morada á la sazón del Rey D. Felipe III, en una mañana fría y lluviosa de los primeros días del mes de Diciembre de 1599. Los cortesanos entraban y salían presurosos, deteniéndose á veces en la antecámara de las regias habitaciones, donde todos hablaban y cuchicheaban de los acontecimientos del día.

Magnates, guardias y cata-riberas discurrían por el salón en amigable consorcio, y uno de éstos con aire de satisfacción decía:

—Mayor y más lucida Corte tenemos hoy en la otra antesala del Marqués, que usarcedes en ésta.

—No es cosa extraña, replicó uno de los ujieres; van á felicitar al Marqués, porque S. M., Dios le guarde (y al decir esto hizo una profunda reverencia, y con él los demás concurrentes), le ha favorecido en el nombramiento de Duque de Lerma.

—Y nunca he visto al Marqués tan franco, tan comunicable como desde que le hacen Duque. Me dió al verme un golpecito en el hombro, y me ofreció que muy luego saldría proveído.

—Llueven las venturas en casa del ministro. Hace muy pocos días desposó á su hija, la hermosa doña Catalina, con el Marqués de Sarriá, su primo-hermano, y presto habremos de tocar las consecuencias de tal enlace.

—Y monta, que S. M. la Reina (nuevas inclinaciones de cabeza) ha hecho merced á la nueva Duquesa de la carroza con las pías que le dió el Duque de Mantua á S. M. pasando por Italia, la cual es muy rica pieza.

—Ayer, sin ir más lejos, salió en ella la Duquesa con otras señoras.

—Todo se lo merecen, y Dios se lo aumente, dijo el cata-ribera. Yo me voy de aquí á cumplimentar al Marqués y á la hija del nuevo Duque.

—Y yo al igual, dijo otro de los pretendientes. Voy á visitar al de Sarriá con carta de mi deudo D. Juan de Arguijo, que tantos obsequios hizo en Se-

villa á su suegra la Marquesa de Denia en el mes de Octubre pasado.

—Si carta lleváis de Arguijo, gran cosa lleváis, que el Marqués nunca deja á un lado las recomendaciones de sus amados poetas.

II

Poco más de un mes había transcurrido.

Era á mediados de Enero del año 1600, y había grandes novedades en Palacio, que traían preocupados á los cortesanos del Duque de Lerma y del Rey Felipe III. La camarera mayor, Duquesa de Gandía, había salido para Alcalá, privada de su cargo; y se llevó el rigor hasta el punto de preceptuar que ningún caballero la acompañase. De esto y de otras mutaciones se hablaba acaloradamente en los numerosos grupos que ocupaban la antecámara del Rey.

—¡Lástima grande, decía un oficial de la guardia, que nos quiten el Marqués de Camarasa!

—Es un valiente capitán y un cumplido caballero, decía otro de los interlocutores.

—Pero no lo es menos el que S. M. (y al decirlo se inclinó con reverencia el anciano obeso que hablaba, y lo mismo hicieron todos los del corrillo) tiene señalado para sucederle.

—Pues qué ¿lo sabe ya nuestro querido músico?, preguntó el oficial.

—Si me ofrecéis callar y guardar para vosotros el

secreto, os lo confiaré, tal como me lo ha dicho un amigo.

—Hablad, hablad, señor Espinel, y lo tendremos reservado.

—Pues, como sabéis, mi discípulo, que así le llamo y él me dice maestro, Lope Félix, me consulta sus versos.

—Y hace perfectamente, porque oído músico más delicado...

—Ni genio más descontentadizo, dijo entre dientes el oficial...

—Pues Lope, que hace años sirve de secretario al joven Marqués de Sarriá, yerno y sobrino del Duque de Lerma, me dijo que su señor es el designado para mandar la guardia de la Real Persona.

—¡Brava elección sería!

—¡Y tan buena!

—Mozo es, pero *florido en años y en prudencia cano*, según dice en su alabanza mi buen cordobés Don Luis de Góngora. Lo que yo dudo es que el Marqués acepte semejante encargo.

—Yo también tengo para mí que el Duque ha de reservarle para mayores empleos, añadió el oficial.

—¿Y es cierto que el Marqués hace tanta estima de Lope Félix de Vega?

—No solamente le confía todos sus secretos, y lleva todas sus cartas, sino que el año último, antes de la expedición de la Corte á Valencia para recibir á nuestra Soberana, llevó el Marqués su condescendencia y las muestras de su afecto hasta el punto de

encomiar con dos preciadas redondillas el poema castellano de San Isidro.

—Holgaría de leerlas.

—Pues escuchadlas, que es igual; téngolas de memoria, como otras muchas.

«Tan alto alzastes el vuelo
Cantando á *Isidro*, que vos
Hacéis que el santo de Dios
Hoy suba otra vez al Cielo:
Y por haberle subido
Queda, historiador sagrado,
Isidro más estimado,
Y vos á Dios parecido.»

—Poco se me alcanza de poesía; mas, con todo eso, no me parecen mal las redondillas.

—Yo vos las marco por buenas, dijo Espinel retirándose de los guardias, y podéis decir que al leerlas educáis el oído en el buen concepto de las antiguas coplas castellanas.

III

Razón tenían de dudar los guardias del Rey Don Felipe.

A pesar de todas las variaciones que se hicieron en el personal de la servidumbre palaciega, no entró el Marqués de Sarriá en ninguno de los puestos vacantes, aunque todos fueron ocupados por personas afec-

tas al Duque de Lerma. Y es que, en efecto, el favorito de Felipe III reservaba á su yerno para más altos empleos.

En el año de 1601, falleció D. Fernando Ruiz de Castro, sexto Conde de Lemos, sucediéndole en el título y estado su primogénito el Marqués de Sarriá, el protector de Lope de Vega, el amigo de Vicente Espinel.

Al pronto se habló del nuevo Conde para el virreinato de Nápoles; mas, dejándolo en suspenso, se le confirió la Presidencia del Consejo de Indias, cuando apenas contaba veinticinco años.

Personaje de tan altas prendas, que en tan temprana edad era propuesto como digno de los más elevados cargos, y que andando el tiempo fué uno de los pocos que tendieron al gran *Miguel de Cervantes* una mano que le sacaba de la miseria y del abatimiento, haciéndose por estos rasgos de su noble corazón tan simpático á la posteridad, como admirable por sus demás merecimientos, bien tiene el de que nos ocupemos en dar á conocer los sucesos de su vida.

IV

D. Pedro Fernández de Castro nació en Galicia, probablemente en Monforte, pueblo de los estados de su padre, en el año 1576. Fué hijo del ya nombrado Don Fernando y de D.ª Catalina de Sandoval, hermana del Marqués de Denia, que luego fué Duque de Lerma.

Dice Vicente Espinel (1) que «desde niño tierno »descubrió tanta excelencia de ingenio y valor, »acompañado de ingenuas virtudes, que, habiéndolo »puesto su Rey en los más preeminentes oficios y »cargos que provee la Monarquía de España, ha »sacado milagroso fruto á su reputación, siendo muy »grato á su Rey, muy amado de las gentes subordi- »nadas á su gobierno, y muy loado de las naciones »extranjeras.»

La educación que recibió fué proporcionada á sus talentos y á las esperanzas que en él fundaba su noble casa. Cultivadas por buenos estudios sus felices disposiciones, fué dando muestras de clarísima inteligencia y vivo ingenio, al par que de natural noble y generoso.

Como primogénito de la casa de Lemos, usó en sus primeros años el título de Marqués de Sarriá.

Ya por esta época debía de ocuparse D. Pedro en ejercicios poéticos, pues á ellos debe referirse lo que Lope decía en la *Epístola* dirigida al Conde, que insertó en *La Filomena* (Madrid, en casa de la viuda de Alonso Martín, 1621), aunque escrita á lo menos en el de 1608.

«Estilo superior, divina mano,
Pluma sutil de peregrino corte,
Arte divino, contrapunto en llano.

(1) *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón.*— Madrid: Juan de la Cuesta, 1618.—Relación 1.ª—Descanso 23.

Soys del mar de escribir lucido Norte,
Pero direys que son lisonjas éstas,
Como me dan los ayres de la corte.
Aunque si son verdades manifiestas,
Díganlo las *epístolas* divinas
Que os escuché con tal primor compuestas.»

Por desgracia no se conservan, ó á lo menos nunca las hemos visto, esas epístolas tan celebradas, ni otros rasgos poéticos de esta época, fuera de las dos redondillas con que en 1599 concurrió al encomio del *Isidro*, y ya dejamos recogidas.

V

En la primavera de aquel mismo año, por el mes de Abril, se había trasladado la Corte á Valencia para recibir á Doña Margarita de Austria.

Con los demás cortesanos fué el Marqués de Sarriá, acompañado de su secretario, que escribió poética relación del viaje, y formó parte de los treinta y seis nobles que acompañaron al Marqués de Denia á Vinaroz á dar el primer saludo á la Reina. Iban todos vestidos de encarnado y blanco, con pasamanos de oro, y sendos criados con los mismos colores y pasamanos de seda. Venía D.ª Margarita á casarse con Felipe III, y el Rey quiso verla antes de ser conocido; salió secretamente de Valencia con el mismo traje que llevaban los caballeros, y se confundió entre ellos: vió á la Reina, y quedó muy contento de la

hermosura, buena gracia y discreción de Su Majestad, según dice Luis Cabrera de Córdoba (1).

Al volver la Corte á Madrid ocurrieron en el Palacio las novedades que reseñamos al empezar, y se trató de conferir el mando de la Guardia Real al Marqués según dice el mismo cronista.

VI

Sobrino y yerno del gran favorito del Monarca, de aquel omnipotente señor que debió al afecto de Felipe III la conservación de un puesto á que no le destinaron dotes especiales de talento, ilustración ni carácter, menos el afecto de la nación, estaba llamado el Conde de Lemos á representar gran papel en la corte española.

Las simpatías de que gozaba eran generales; su mérito y sus talentos reconocidos por todos; natural era que el Duque de Lerma tratara de utilizar para su propia popularidad las altas prendas de su yerno.

Tratóse de conferirle, como único destino correspondiente á sus méritos, uno de los virreinatos, y se pensó en el de Nueva-España; mas debió de rehusar el de Lemos el abandonar su patria, ó no contentó al de Lerma separarse de su hija;... es lo cierto que fué nombrado para el cargo D. Luis de Velasco, Marqués

(1) *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 á 1614.*

de Salinas; y que, aun cuando en aquellos días se habló en la corte de que al Conde de Lemos se le concedería el virreinato de Nápoles, como todavía no había concluído el Gobierno del Conde de Benavente, tales rumores, si algún fundamento tuvieron, no pasaron por entonces de meras hablillas de palaciegos.

VII

El Conde con su esposa se marchó á Galicia á mediados del año 1607; se estableció en su pueblo de Monforte, y lejos del movimiento cortesano, se entregó de lleno á sus estudios y aficiones.

Allí, al lado de su esposa, en el retiro del hogar, rodeado de las bellezas naturales, y exaltada su imaginación al contemplarlas, debió de escribir muchas poesías; que como dice el autor de quien luego habremos de ocuparnos, «el sosiego, el lugar apacible, »la amenidad de los campos, el murmurar de las »fuentes, la serenidad de los cielos, son grande parte »para que las musas más estériles se muestren fe»cundas.»

Pocas composiciones poéticas del Conde de Lemos se han salvado del olvido, y solamente podremos dar cabida á dos que se conservan en la Biblioteca Nacional, una de ellas publicada, inédita la otra. Unicamente con la indicación de su autor, pero sin epígrafe alguno, en el Códice M.-86, al folio 88 encontramos el siguiente

SONETO DEL CONDE DE LEMOS

Montaña inaccesible, opuesta en vano
al atrevido paso de la gente,
ó nieblas humedezcan tu alta frente,
ó nieve ciña tu cabello cano.

Caystro mayoral, en cuya mano
en lugar de bastón se ve el tridente,
con su consorte amada, Sol luciente
de Rayos negros, Serafín humano;

Tu cerviz dura pisa, y la pastora
yugo te pone de cristal calzada
coturno de oro, arminio en piel vestida;

Huirá la nieve de la nieve agora,
ó ya de sus dos blancos pies vencida,
ó ya de sus dos Soles desatada.

Debemos advertir que en las obras de Don Luis de Góngora, recogidas por D. Gonzalo de Hoces y Córdoba, corre como suyo este *soneto*. De mayor importancia y mucho más agradables son las *décimas* que se encuentran al folio 49 del mismo Códice. Dicen así:

DEL CONDE DE LEMOS

¿Cómo podré prevenirme
contra el mal de mi desdicha,
si con el bien de mi dicha
apenas puedo avenirme?

Dexe ya de combatirme
el esperar y el temer,
que no puedo ya tener
la esperanza que he tenido,
pues sobre haberla perdido
no tengo ya qué perder.

Sin ninguna confianza
vivo ocioso en mi cuidado
pero, en un desesperado,
¿de qué ha de haber esperanza?
¡Ay de mí! que nadie alcanza
aqueste despecho esquivo;
yo sólo soy quien lo escribo,
yo sólo soy quien lo siento;
él me tiene sin aliento,
ni bien muerto, ni bien vivo.

Ninguna cosa procuro,
porque ninguna deseo;
todo lo examino y veo,
y de nada me aseguro.
Ni me quexo ni me apuro;
hállome sin resistencia,
sufriendo hasta mi paciencia;
y en estado tal estoy,
que por doquiera que voy
no soy más que una apariencia.

Pero por no andar conmigo
obro á veces tan acaso,
que ni siento lo que paso
ni consiento lo que digo.

Téngome por enemigo
después que la causa dí;
si con causa me perdí
ora de cuerdo ó de loco,
dáseme de mí tan poco
que ni aun sé parte de mí.

VIII

Tales y tan agradables esparcimientos ocupaban al Conde, cuando al finalizar el mes de Octubre del año 1609 fué enviado á llamar de la Corte con mucha priesa. Entendióse que era para ir en las galeras que habían de regresar á Italia, á servir el cargo de Virrey en Nápoles, para el que estaba proveído.

Y así era en efecto.

PARTE SEGUNDA

(1610-1616)

I

—Pasad adelante, señor Miguel, que aunque estamos por todo extremo atareados descolgando las tapicerías de los aposentos y preparando la ropa para enviar á embarcar para Nápoles, todavía el Conde, mi señor, holgará de veros antes de pasarse á posar en Palacio, en el cuarto del Duque, su tío.

—Bien está, señor Santillana; pero andad más aprisa por vida vuestra, para que lleguemos. Bueno será que mováis más los piés y menos la lengua.

—No lo puedo remediar, señor *Cervantes*; soy locuaz, demasiado charlatán cuando veo personas de las de mi agrado. Y como á vos os vemos tan de tarde en tarde por acá... Desde la enfermedad del Conde, mi señor, hace ahora dos meses no os he vuelto á ver.

—¿Y cómo le va de salud?

—Tal cual; así, así; medianillamente, aunque él no lo confiesa. Pero á mí, que le he criado, no puede engañarme. Aquellos crecimientos que tuvo por Diciembre fueron malignos, y á todos nos pusieron en cuidado por su poca complexión y la debilidad de cabeza.

—Pero de entonces hasta ahora no ha vuelto á resentirse...

—A Dios las gracias. Y cuenta que bien me lo he temido, y también lo temía mi señora la Condesa, que fué golpe inesperado, y que mucho pesar le causó la súbita muerte del secretario Ramírez de Arellano.

—¡Pobre D. Juan! Hombre era de grande estima, y merecía toda la confianza del Conde. Nunca olvidaré que á él debí mi entrada en esta casa...

—Mucho os estimaba, aunque con razón, señor *Cervantes*; pues bien sé que os habíais conocido en vuestras mocedades en las jornadas de Italia, y muchas veces me refirió que erais un buen camarada en

la pelea por vuestro valor, y en el aposento por vuestro genio alegre, que siempre encontrabais modo de hacer llevaderos los trabajos.

—Eso se borre, Santillana, que hace muchos años es pasado; y decidme, ¿cuándo piensa partirse el Conde para su gobierno?

—Todavía no lo ha dicho, y pienso que ha de tardar; porque dicen que no ha de partir hasta dejar sentenciado el pleito que tiene con el Conde de Monterey sobre el estado de Viezma. Y á Dios quedad, que no tardará en venir aquí S. E., y no quiero que me encuentre parlando, parlando y mano sobre mano cuando sobra faena para todos.

II

Triste y meditabundo, apoyado sobre el antepecho de una ventana, permaneció algunos minutos *Miguel de Cervantes,* descansando la frente sobre sus manos. El ruido de una puerta que se abría le sacó de sus cavilaciones, y al levantar la vista se encontró frente á frente con el Conde de Lemos.

—Preciso ha sido para veros que os enviase á llamar, señor *Cervantes*, dijo aquél con acento bondadoso, y como entre grave y chancero, pues, á lo que parece, no hacíais cuenta de volver tan presto.

—Desde el día en que vine á daros la enhorabuena por la merced que S. M. os había hecho, os declarasteis tan franca y resueltamente verdadero señor y bienhechor mío, que he temido ser molesto...

—Eso no se diga, que me enojaréis de veras: jamás cansan los hombres de talento; y si la adversidad los persigue, gracias doy al cielo que ha puesto en mis manos los medios de reparar su mala fortuna. Por otro lado, me habéis prometido continuar sin tregua la *Historia del famoso manchego,* que tantas otras historias lleva ocultas, y las demás obras que hace tiempo os ocupan, y por ello mis beneficios dejan de ser graciosos, desde que dan en interesados.

—Nobleza es, señor, disimular el beneficio; pero esto es inútil hacerlo para un corazón agradecido. Por eso, antes de calzar las espuelas á *D. Quijote* en su tercera salida, y de poner mano en la continuación de *La Galatea,* de quien sé está aficionado V. E., he recogido algunas obras mías de las muchas que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño, con el deseo de mostrar el mucho que tengo de serviros.

—¿Y cuáles son esas obras, señor *Cervantes*?

—Novelas breves son, aunque misterio tienen escondido que las levanta; y tanto, que á no haberse labrado en la oficina de mi entendimiento, presumieran ponerse con las más pintadas.

—Mucho me holgaré de verlas antes de que se dé orden de mi partida; y desde luego acepto la dedicación, y mi Contador os enviará algunos ducados para que crezcan en brazos de la estampa.

—Dispuestas tengo ya algunas, y enmendadas de como mi ingenio las engendró en los pasados años. De Sevilla recibí, no ha muchos días, algunas de las

que allá dejé en poder de varios amigos, y ocúpame de presente el trabajo de repasarlas. Mas de cualquier modo, ellas vendrán y serán leídas en las veladas de V. E. cuando fuere servido.

—Muy luego será. Y antes de pasar adelante, he de deciros, mi buen *Cervantes,* el motivo por qué os llamaba.

—Ya escucho.

—Pues, como sabéis, murió el buen Juan Ramírez cuando menos lo esperábamos, y cuando yo le reservaba el puesto, debido á sus merecimientos, de Secretario de Estado y Guerra del virreinato. Para llenar tan grande falta pensé en Lupercio Leonardo, y aunque temí que no aceptara, le escribí sobre ello, y muy luego debe llegar á Madrid en compañía de su hermano Bartolomé, y trayéndome además á su hijo D. Gabriel, de cuya felicísima memoria debéis estar informado.

—No puede caber duda de que con esos oficiales la Secretaría de Nápoles dará envidia al mismo Parnaso.

—Pues aún pienso confiarles el encargo de que lleven en calidad de agregados el mayor número posible de los buenos poetas de España.

—Yo os aplaudo el pensamiento; que por una parte favorecéis la poesía, que harto desvalida anda en estos tiempos, y por otra lleváis esparcimiento de los grandes cargos de la gobernación de un reino, tan ilustre como corresponde á la alteza de vuestro ingenio.

—Harto me pesa que vuestra edad y vuestros achaques sean impedimento para que me acompañéis, señor *Cervantes*.

—No lo fueran, señor, tales que no los venciera mi deseo de serviros, sin la dura carga que en mis hombros veo, de mujer é hijos, hermana y sobrina, que la fortuna me cargó pesada.

—Mas no creáis que por la ausencia habré de olvidar vuestros cuidados.

—Ni yo he de echar en olvido vuestros beneficios y bondades; y muestra serán de ello las obras que allá he de enviar bajo de vuestro nombre y protección, declarándoos siempre mi verdadero señor y firme amparo.

—Pues á Dios quedad; y festejaremos en amigable academia la llegada de los Leonardos con la lectura de esas obras que me decís os ocupan. ¿Cómo pensáis intitularlas?

—*Novelas Ejemplares;* porque no hay ninguna de que no se pueda sacar algún ejemplo provechoso.

III

El tiempo señalado para la partida del Conde de Lemos estaba muy próximo. Todos los preparativos se habían terminado con la ostentación y pompa correspondientes al rango del personaje y altísimo cargo de que iba investido. El Rey le hizo merced de cuarenta mil ducados para ayuda de costa de la jornada.

Por su parte, el Secretario Lupercio Leonardo y Argensola había cumplido á maravilla el encargo que el Conde le confiara, y se encontraba en Madrid con su esposa Doña María Bárbara de Albión, su hijo y el Rector de Villahermosa, su hermano, todos dispuestos á trasladarse á Nápoles á la primera orden.

Presta se encontraba también la lucida corte de ingenios que había de acompañarlos. La elección había dado motivo á mucho escándalo y movimiento, intrigas y disgustos en el círculo literario de la corte. En las gradas de San Felipe no se habló de otra cosa en muchos meses. El *mentidero de Madrid* abultaba las novedades y aumentaba las noticias.

Entre los elegidos figuraban el Doctor D. Antonio Mira de Amescua, Arcediano de Guadix, su patria, notable poeta dramático alabado por *Cervantes* y por Lope de Vega; Gabriel de Barrionuevo, también poeta y autor de varios entremeses muy agudos y celebrados; Antonio Laredo y Coronel, Francisco de Ortigosa, y algunos otros jóvenes de claro talento, pero de menor nombradía.

Quevedo no quiso ir por entonces. Entre los desdeñados entraron D. Luis de Góngora, Cristóbal de Mesa y *Miguel de Cervantes*. Todos, según decía el *mentidero*, por su condición; según sus amigos, por su edad y sus achaques (*Cervantes* tenía sesenta y tres años, Góngora cincuenta, Mesa cuarenta y seis.) Si hubo otra causa ó razón, no se ha llegado á saber.

Góngora se quejó en un soneto notable, diciendo:

El Conde mi señor se va á Nápoles
y el Duque mi señor se va á Francía,
Príncipes, buen viage, que este día
Pesadumbre daré á unos caracoles.
Como sobran tan doctos españoles
A ninguno ofrecí la Musa mía,
A un pobre albergue sí de Andalucía,
Que ha resistido á Grandes, digo á soles.
Con pocos libros libres (libres digo
De espugnaciones) paso y me paseo,
Ya que el tiempo me pasa como higo.
No espero en mi verdad lo que no creo;
Espero en mi conciencia lo que digo;
Mi salvación es lo que más deseo.

Mesa se quejó también en términos muy claros, dirigiéndose al mismo Conde. *Cervantes* calló por entonces, fiando en las promesas que se le habían hecho; después, en el *Viaje del Parnaso,* se lamentó del olvido de los Argensolas, diciendo:

Que tienen para mí á lo que imagino
La voluntad como la vista corta.

Triunfante asimismo el Conde de Lemos, y muy gozoso por haber obtenido sentencia favorable en el pleito que sostenía con el Conde de Monterey, pues aunque la renta que ganó no pasaba de 4.000 duca-

dos, era hacienda de cualidad en Galicia, pasó á Lerma, donde se encontraban los Reyes, á despedirse de ellos, en los primeros días del mes de Mayo.

IV

A 17 de Mayo de 1610 partieron de Madrid los Condes de Lemos para ir á embarcarse en Vinaroz. Fueron acompañados de toda la nobleza de España, y con grave aparato y demostración de grandeza, como requería el cargo que llevaban.

En Vinaroz los aguardaban las seis galeras de la escuadra de Nápoles, que el Rey les había mandado dar, y con ellas debía volver á España el Conde de Benavente, que cesaba en el cargo de Virrey.

La navegación fué próspera y feliz; y en los primeros días del mes de Junio dieron vista á la capital ilustre que se sienta á la falda del Pausilipo, y tomó el Conde de Lemos posesión del cargo que el Rey le confiaba.

V

Grato recuerdo quedó en el reino de Nápoles de la gobernación del ilustre Conde.

Atento á la buena administración del Estado y á proteger los hombres industriosos, era inexorable y severísimo con los malvados y vagabundos que allí acudían de todas partes por la mucha comodidad y holgura en el vivir. De su justicia se citan ejemplos admirables.

Para la guardia de su persona y debida ostentación del cargo, tenía lucidísima escolta de españoles que vestían calzas enteras, armas doradas, picas con fundas de terciopelo, y penacho en el morrión con bravos cuellos y puños abiertos (1).

Las obras de embellecimiento y utilidad de la corte le merecieron señalada preferencia.

Ahí quedaron como insignes testimonios de su ilustración y amor á las artes el suntuoso palacio de los virreyes, el magnífico edificio de la Universidad, las grandes obras para reducir á campos amenos y salutíferos las lagunas y pantanos pestilenciales, y para conducir desde el Vesubio las aguas que hermosean la ciudad y fertilizan sus deliciosas vegas (2).

Mas á pesar de todos los cuidados no se descuidaban las letras. Había juntado el Conde-Virrey una lucida Academia de la que fueron iniciadores Lupercio Leonardo y Argensola, y el napolitano Juan B. Manzo, Marqués de la Vila. Llamáronla de los *Ociosos;* y en efecto, en ella pasaban los ratos que les dejaban vagar las tareas de la Secretaría todos los poetas que el de Lemos había llevado de España, y los principales de Italia.

Brillaba en aquellas agradables reuniones el joven D. Gabriel Leonardo por su felicísima memoria

---

(1) *Comentarios del Desengaño,* ó sea Vida de D. Diego Duque de Estrada, escrita por él mismo (Ms. de la Biblioteca Nacional.) *Memorial histórico español.*—Tomo XII.—Madrid: Imprenta Nacional; 1860.

(2) Navarrete.—*Vida de Cervantes,* pág. 183.

y festivo ingenio. Y no menos brillaba el insigne Virrey, cuyos elegantes versos excedían á los de Homero y Virgilio, al decir de sus comensales.

Recitábanse todas las noches las poesías que los escritores habían emborronado en la oficina; se aplaudían y corregían lo mismo las buenas que las malas, y se daban temas forzados de extraños asuntos para procurar recreo y variedad. Todos los ingenios que de diversos puntos llegaban á Nápoles, eran admitidos y obsequiados.

En entrando de las puertas adentro ninguno podía hablar, á menos que fuese en verso, so pena de ir pagando nieve y confitura, según el delito; con graciosísimas acusaciones y pleitos.

VI

Representaciones de improvisadas comedias, por todo extremo disparatadas y graciosas, solían amenizar las veladas.

Memoria de una de éstas, que debió de ser harto célebre, nos ha conservado en sus *Comentarios* el mencionado D. Diego Duque de Estrada.

Era la bajada de Orfeo al reino de Plutón en busca de su consorte:

«Que no pudo á peor lugar
Llevarle tan mal deseo,»

según decía Quevedo.

Tocó el papel de Orfeo á cierto capitán Anaya, hombre de ingenio y chispa, que sacó por cítara unas parrillas forradas de pergamino, con que hacía un ruido desapacible. Representó *Proserpina* Bartolomé Leonardo y Argensola, cuya gorda catadura excitaba grandemente la risa del auditorio, y que llegó al extremo cuando le vieron acercarse á Plutón (que lo figuraba el secretario Laredo, sentado sobre un armario que le servía de trono) y decirle con mil dengues y remilgos:

Soy Proserpina; estoy en la morada
Del horrible rabioso cancerbero,
Que me quiere morder por el trasero...

á lo que Plutón contestó gravemente:

Bien hay en qué morder, no importa nada.

La función acabó en tragedia, ó á lo menos tragicomedia; porque al bajar Plutón del armario, cayó éste encima de los otros actores, saliendo todos, cuál más, cuál menos, lastimados.

VII

Entre los muchos viajeros que visitaron al Conde en su capital, no pueden dejar de recordarse tres españoles insignes: D. Francisco de Quevedo Villegas, que fué allá fugitivo á consecuencia del caballe-

resco suceso de la iglesia de San Martín, en la noche del Jueves Santo del año 1611. El Gran Duque de Osuna, Embajador de España en Venecia, y el Conde de Villamediana, célebre en nuestra historia literaria por sus desenfadadas sátiras y por su trágico fin.

VIII

Un desgraciado suceso vino á turbar la alegría de la ilustrada corte del Virrey.

En el mes de Marzo de 1613, falleció inopinadamente y tras brevísima enfermedad el secretario Lupercio Leonardo y Argensola.

El dolor del Conde de Lemos fué grandísimo.

La *Academia de los Ociosos* le consagró suntuosas exequias. Concurrieron los Príncipes y personajes notables de toda Italia; hubo poesías latinas, italianas y españolas; y en el túmulo, de maravilloso artificio, levantado para aquella fúnebre solemnidad, se colocaron inscripciones con grandes alabanzas del finado.

IX

Vacante la plaza de cronista del reino de Aragón, que desempeñaba Lupercio Leonardo, quiso continuar en ella su hermano Bartolomé, para lo cual envió sus memoriales á los Diputados de la Corona; y para facilitar y esforzar sus pretensiones, escribió

también el Conde de Lemos á aquellos señores en los siguientes términos:

«El Secretario Lupercio de Argensola, cronista de »ese Reyno, es muerto, dexándome con el senti- »miento que se debe á la falta de tan gran sugeto, de »cuyo ingenio Aragón y toda España esperaba justa- »mente grandes frutos. Ha conformado su muerte »con la integridad de su vida, con lo qual, y con su »hijo que le sucede, hallo algún consuelo. Al oficio »de cronista que ahora vaca, y V. S. ha de proveer, »á mi juicio, supuesto que en la elección se ha de »atender á los méritos, que la obra y el ministerio »piden, no hay en España quien tenga tanto derecho »como el Doctor Bartholomé Leonardo, hermano del »difunto: pero no inferior ni casi en la edad. Mucho »antes que Lupercio con orden de ese Consistorio »tratase de continuar los Anales de Zurita y de pro- »seguirlos hasta nuestros tiempos, tenía el dicho »Rector hecho aparato y estudio para el mismo efecto. »De su caudal, de su estudio, y lenguaje latín y »español, casi en todos los Reynos de Europa hay »noticias y aprobación. Por lo qual, y por acudir á »mis obligaciones, que son tan sabidas, le suplico »á V. S. se sirva de darle este oficio; pues demás de »la merced que yo recibo, cumplirá ese Consistorio »con su conciencia y con el deseo universal, que sin »duda se endereza á lo mismo. De la importancia del »negocio, de la suficiencia de la persona propuesta, y »como he dicho, de mis obligaciones, se puede infe- »rir que no lo pido por cumplimiento, sino con las

»mayores veras que puedo, y de las mismas causas »infiero que hago lisonja á ese Consistorio y á ese »Reyno con habérselo suplicado.—Nápoles, 18 de »Marzo de 1612 años.—*El Conde de Lemos.*»

A pesar de tan buena recomendación, no obtuvo entonces Bartolomé el empleo de cronista que apetecía.

X

Algunos meses después de este desgraciado acontecimiento, recibió el Virrey, con una carta de *Miguel de Cervantes*, la *Dedicatoria* del libro de *Novelas Ejemplares,* de que le había hablado antes de su salida de España, que venía fechada en 13 de Julio de 1613. Después dirigió *Cervantes* nueva carta al Conde para que admitiese la dirección de las *ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados;* y no se hizo esperar la de la *Segunda parte del Ingenioso caballero D. Quijote de la Mancha*, ya aceptada por el Conde, como la de las *Novelas,* antes de su salida de Madrid.

En todas ellas aparecen las muestras del agradecimiento del escritor á los beneficios que la mano liberal del Conde de Lemos le prodigaba. Y es altamente satisfactorio el considerar que si el ilustrado magnate era el sostén y el amparo del escritor desvalido, éste en los rasgos de su pluma consagraba á la inmortalidad el nombre de su bienhechor.

Más debe el Conde de Lemos la fama de su nom-

bre y la inmortalidad de su fama á los libros que le dedicó *Cervantes*, pobre y obscurecido en Madrid, que al suntuoso palacio que, para mansión de los Virreyes, hizo levantar en Nápoles, y á los otros edificios con que engalanó la ciudad. De aquellos nadie recuerda hoy al autor, y han sido eclipsados por otros más ricos y más modernos. Las obras de *Cervantes* no han sido superadas y eternizan el nombre de sus favorecedores.

Sobre estar enfermo, estaba muy sin dinero el soldado de Lepanto, cuando en el último día del mes de Octubre de 1615 firmaba la *Dedicatoria de la Segunda parte del Quijote;* pero, *en Nápoles tengo*, decía, *al Conde de Lemos que me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto á desear.*

XI

Por muerte de Lupercio Leonardo, había confiado el Conde la Secretaría del virreinato á D. Gabriel Leonardo de Albión, su hijo.

Joven que apenas contaba veintiseis años, era, sin embargo, el D. Gabriel aventajadísimo y diestro en el despacho de los negocios; y de tan feliz memoria, que en una ocasión relató al Conde más de cien memoriales, sin equivocar las pretensiones, con haberlos leído una sola vez.

Otra demostración de su memoria prodigiosa refiere D. Diego Duque de Estrada, en su *Vida* citada antes. Dice que habiendo compuesto en cierta

ocasión diez décimas para recitarlas en la Academia, se las enseñó á D. Gabriel, el cual le dijo que las tenía escritas y las sabía de memoria. «*Enojóme tanto*, dice Duque de Estrada, *que quise »desafiarle, y empuñé la espada, diciéndole que no »era yo hombre que vendía por mío lo que él sabía »de memoria. Rióse de mi cólera diciéndome, pues »escuche: y díxome las diez décimas, sin que fal- »tase un tilde. Yo entré más en cólera, jurando »que había de matar al paje que me había tomado el »original; pero viéndome determinado, me dixo: »fuera cólera, y seamos amigos; que lo mismo hago »con una comedia y con un sermón.*»

Su propio padre, Lupercio Leonardo, escribía desde Aragón á Justo Lipsio, y hablándole de su hijo le decía: «*Filius est mi Gabriel, qui non dum decimun quintum annum aetatis explevit* (la carta está fechada en 9 de Diciembre de 1602, y, por lo tanto, se deduce que había nacido en 1588, que fué el siguiente al del enlace de Lupercio con Doña María Bárbara) *latinae: grecoeque linguae non ignarus; moribus candidissimis, puer meliori aevo, meliore patre dignus.*»

En manos tan expertas ponía el Conde la administración del reino, y á tales hombres confiaba el despacho de los arduos negocios de su gobernación; por eso no es de extrañar que los napolitanos vieran con señaladas muestras de disgusto cómo se iba aproximando el término del sexenio, y que demostraran sus sentimientos de adhesión, de afec-

to al Conde de Lemos cuando llegó el fin de su gobierno.

XII

Cuando el Conde se disponía en Nápoles para emprender su viaje á España, se encontraba en Madrid á las puertas de la muerte, solo, triste, postrado y sin recursos, *Miguel de Cervantes Saavedra.*

El deseo más ardiente del gran escritor era saber la llegada del Conde á los puertos españoles. Con ella esperaba ver mejorar su suerte, aumentar sus recursos, harto escasos y reducidos para tan penosa enfermedad como la hidropesía, que le aquejaba; y tanto era su anhelo, que hasta creía había de prolongarse su existencia para besar las manos de su bienhechor.

No quiso Dios darle tan gran consuelo. Crecen las ansias, las esperanzas menguan; el tiempo es breve, el temor grande... Recibe el escritor ilustre la Extremaunción devotísimamente y con humildad cristiana, el lunes santo 18 de Abril de 1616; y al día siguiente, aprovechando un momento de tranquilidad, escribió al Conde aquella *Dedicatoria* sin igual, digna, como dice uno de sus biógrafos, de que la tuvieran presente todos los grandes y todos los sabios del mundo, para aprender los unos á ser magníficos, y á ser agradecidos los otros.

«*Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo tan celebradas, que comienzan*

Puesto ya el pie en el estribo,

quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta epístola, porque casi con las mismas palabras puedo comenzar diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran Señor, ésta te escribo.»

Tal fué el último recuerdo que *Cervantes* consagró al de Lemos. Al llegar éste á su palacio de Madrid recibió tan interesante *Dedicatoria,* con el pesar que puede imaginarse; y es de creer que por sus cuidados se dieron á la estampa *Los trabajos de Persiles y Segismunda.*

PARTE TERCERA

(1616—1622)

I

Divulgada la noticia del regreso del Conde, trasladáronse á Valencia, donde debía desembarcar, muchos de sus amigos y favorecidos, para recibirle

y abrazarle. Con ellos fué también *Lope de Vega*, que adoleció de una enfermedad bastante grave en aquella ciudad.

Al llegar á la Corte fué recibido el Conde de Lemos con grandes demostraciones; se le confió la presidencia del Consejo de Italia, y se le nombró gentilhombre de Cámara para el cuarto del Príncipe Don Felipe.

Ya en aquel tiempo comenzaba el Duque de Lerma á sentir que su poder é influencia vacilaban. El confesor del Rey, el célebre Fr. Luis de Aliaga, iba minando sorda y disimuladamente el terreno al favorito; y, para mejor logro de sus intentos, buscó y encontró, donde menos pudiera esperarlo, poderosos auxiliares. El hijo mayor del Ministro, Duque de Uceda, y el primer Secretario, Don Rodrigo Calderón, se unieron al Confesor para ayudarle en sus maquinaciones. La ingratitud se coligó con la soberbia; la ambición del mando fué lazo de la unión.

Conocía el de Lerma que un poder extraño y misterioso iba oponiéndose á su valimiento; pero no atinaba de dónde podía venir el golpe. No era fácil sospechar tanta perfidia.

El Duque temió, ó más bien adivinó, que la intriga se fraguaba entre la servidumbre del Príncipe. Entonces encargó al de Lemos se hiciera dueño de la amistad y confianza de aquél, procurando debilitar el influjo de muchos, de quienes, con harta razón, sospechaba. Pero ya fué tarde.

II

Formábase la nube que había de descargar el rayo sobre el omnipotente Ministro. La atmósfera cortesana se iba cargando de intrigas. Pero adelantaban lentamente. El centro principal estaba en el cuarto del Príncipe D. Felipe, donde el gentil-hombre Don Gaspar de Guzmán comenzaba á dar muestras de lo que había de ser luego el Conde-duque de Olivares.

El Conde de Lemos, atento por una parte á cuanto podía traslucirse entre la servidumbre del Príncipe en interés de su tío el Duque de Lerma, empujando por otra el favor de que con aquél gozaba el enemigo, deseoso de derrocarle, no abandonaba por eso el estudio, ni dejaba el trato de sus amigos literarios.

Tuvo lugar entonces, en el mes de Octubre de 1617, la dedicación de la Iglesia Colegial de Lerma, acto que se verificó suntuosa y solemnísimamente. Asistió á las fiestas el Rey Felipe III; y cerca del anochecer del día 16, en la iglesia de San Blas, en un teatro muy adornado, con buena disposición y traza, se representó la comedia titulada *La casa confusa*, que el Conde de Lemos había escrito para aquella ocasión.

Sobremanera agradó al auditorio; y ēso que verosímilmente debió separarse mucho del estilo de las que el público escuchaba en los teatros, cuando la calificaron por la primera cosa más conforme al Arte que se ha tenido en España.

Para la representación estuvieron unidos los comediantes mejores de diferentes compañías, bajo la dirección del famoso Pinedo.

Dió á fábula con nombre de *Confusa*
Límite alegre, en popular estilo;
Escribió Apolo, recitó la musa,
Añudando los labios á Zoílo:
Pluma, pues vuelas torpemente, escusa
Honores del que dellos es asilo;
Dió á la comedia fin, como al deseo,
Honesta Venus, lícito Himeneo.

Esto dice de la comedia el riojano Francisco López de Zárate, en el *Descripción poética de las fiestas de Lerma*.

La obra, sin embargo, á pesar de tan circunstanciadas noticias, y de figurar en los catálogos de Medel y de Huerta, no es conocida.

También *Cervantes* nos dice en *El viaje del Parnaso*, haber escrito una comedia titulada *La confusa*, que pareció en los teatros admirable, pero que tampoco ha podido descubrirse hasta hoy.

III

Era uno de los primeros días del mes de Octubre de 1618.

Unidos se encontraban en la antecámara del Príncipe el Conde de Lemos y su primo el joven D. Fer-

nando de Borja, Comendador Mayor de Montesa, entregados á una grave conversación y de sumo interés, según las apariencias y sigilo con que hablaban, cuando fueron interrumpidos por un portero de Cámara, que entregó al de Montesa un pliego sellado de orden de S. M.

Abrirlo y palidecer, todo fué una misma cosa. Recogiólo el Conde de Lemos, lo leyó con rapidez, y palideció igualmente. Era orden soberana, desabrida y seca en el fondo como en la forma, para mandar á D. Fernando que nunca más volviese á hablar á solas con el Príncipe D. Felipe.

La intriga palaciega había triunfado. La influencia del confesor Aliaga empezaba á manifestarse. El Conde de Lemos hizo en aquel mismo punto la renuncia de sus cargos, conducta que imitó el Comendador de Montesa.

IV

Dos días después fué comunicada al Duque de Lerma la orden que le preceptuaba salir de la Corte.

El Duque de Uceda, su hijo primogénito, le sucedió en la privanza y en el Ministerio. En la servidumbre de Palacio hubo grandes mutaciones. Las sátiras contra los caídos fueron muchas y corrieron por todas partes. ¡Espejo y desengaño fué la caída del Duque de Lerma, que siempre deben tener en la memoria los poderosos!

El Conde de Lemos, disgustado de tantas miserias,

quiso apartarse de los lugares donde tenían cabida, y sin más compañía que la de su esposa, se retiró á su villa de Monforte, y volvió á entregarse por completo á sus placeres favoritos, al estudio y á la poesía, huyendo de todo linaje de intrigas.

Tal vez su amigo Bartolomé Leonardo y Argensola hubo de preguntarle la causa de su voluntaria salida de la Corte:

Que, puesto que el dejarla en coyuntura
Que todos esperaban lo contrario
Les pareció elección de su cordura.
Porque el juicio de la Corte es vario,
Nos dijese la causa verdadera
Que lo redujo al trato solitario.

Y bien creemos que las razones que el mismo Bartolomé pone en boca del Conde, deben de ser, puestas en verso, las mismas que éste le diera para explicar su resolución. Merecen conocerse, y á no ser tan largo el pasaje, de buena gana lo insertaríamos íntegro. Oigámosle:

La ingratitud, que ocupa el poderío
De la Justicia, acrecentó accidentes
Tales, que ocasionaron mi desvío.
. . . . . .
Aquí ni la ambición finge á porfía,
Ni el inocente arado ó ruda azada
Ofrece á la privanza idolatría.

A la privanza, que con ver la espada
Que sobre su cerviz del pecho pende
Al pelo sutilísimo añudada.
Tanto á evitar los émulos atiende,
Que la virtud, que en otros pechos mira,
Sólo por benemérita le ofende.
No ve que si el favor se le retira
Y de las dos fortunas vence aquella
Que la gracia Real convierte en ira:
Luego sus confidentes atropella, etc.

. . . . . .

V

Compartía el Conde los días en la meditación, el estudio y el cultivo de los campos. En la paz del hogar, con la felicidad del cariño de su esposa, transcurrían las largas veladas del invierno, y durante ellas bosquejaba sus obras poéticas, que por desgracia se han perdido; ó bien se entregaba al dulce placer de la correspondencia con sus amigos.

Al recuerdo de sus desengaños en la Corte se debió, sin duda, una de las pocas obras de su ingenio, que han logrado salvarse del olvido, y nunca se ha impreso, que sepamos. Bien es verdad que también algún crítico ha llegado á negarle la paternidad, suponiéndola compuesta por su inmediato sucesor.

Nos referimos á la que se intitula: EL BUHO GALLEGO.

Es una especie de apólogo en prosa, ó más bien

novela satírico-política, en que, bajo la forma de una ingeniosa alegoría, se trata de graves cuestiones. Los personajes son aves que concurren ó asedian al Buho para que abandone el soto de los Manzanares. En *El Buho Gallego*, cuyas heroicas virtudes envidiaban otras aves, fácil es reconocer al buen Conde, á quien los desengaños llevaron á vivir en Galicia, donde había nacido, y de igual manera reconocerían los contemporáneos á los palaciegos y cortesanos pintados en los tordos, en el pavo andaluz, en el sisón manchego, en el cuco aragonés y en todos los demás que allí se diseñan.

Para que no falte en este *Estudio* una muestra del estilo de la desconocida fábula, insertaremos aquí su principio, tomándolo del M. S. que tenemos á la vista.

VI

HISTORIA de *El Buho Gallego con las demás aves de España*, compuesta por el Excelentísimo Sr. Marqués de Sarriá, Conde de Lemos, en este año de 1620.

Erase un día de Abril florido, al tiempo que la estrellada diosa, vencida en la lucha del Aurora, corrida caminaba á los fines del ocaso; entonces los no enseñados Pajarillos, en tonos acordados, cantaban melosa (aunque confusamente) el triunfo de la venzedora; y ella, más penosa de haber dejado el tálamo de su dulce Amante que gloriosa del venzi-

miento presente, sin cesar derramaba tiernas lágrimas, que al mismo tiempo su consorte convertía en perlas y fino aljófar: venía, pues, el apuesto jayán con rostro alegre subiendo el recuesto del Oriente, culpando su tardanza por el lento paso del toro, en que tres días había que andaba caballero, sus dorados raios pregonaban ya por los más altos collados su llegada, y al tiempo que de ellos recibe la corona Guadarrama, el Buho Gallego, cansado de las largas y prolijas centinelas de las lóbregas y espaciosas noches de frío Ibierno; pensando tener algún descanso en tan alegre día, salió al Soto del humilde Manzanares, acaso bien descuidado del ocaso, ya sacudiendo sus alas del húmedo rocío de la noche, pensando reposar y gozar á su salvo de sol hermoso, le vino un penoso hazar, que al mismo punto le descubrieron una manada de tordos, ó sanchitos, que desde lo alto de un álamo cantaban en vascuense: Hora fuese envidiosos de que el Buho hubiese madrugado antes que ellos, ó envidiando otra virtud más heróyca que acaso conozían en él, y no les estaba bien confesarla, ó por lo que ello fuese; ellos se derramaron por el Prado, y convocaron á las demás aves de España á que, con razón ó sin ella, le obligasen á dejar el Prado; las cuales, por el amor que á los tordos tenían, con facilidad contusamente se resolvieron á su opinión; y juntas de tropel le acometieron con furia franzesa, pensando de aquella vez no dejarle cañón.

Nuestro Buho, reportándose lo que pudo, requirió

sus armas, y afirmándose en buena postura, resistió aquel primer ímpetu, y cuando vió que estaban aplacadas y en términos de poder mostrar con razones la poca que habían tenido en quererle ofender, y que no solamente no les había dado causa para ello, pero hécholes siempre mui particulares beneficios, dignos de perpétuos agradezimientos, limpiándoles y guardándoles sus tierras, echándoles de ellas las árabes y africanas aves, en tiempos que se las tenían ocupadas y puestas en extrema necesidad, convencidos con buenas razones á que le escuchasen, y haziéndoles un largo parlamento de las causas que había, para que no solamente no le aborreciesen, pero venerasen y reverenciasen; no sé si viéndose atajadas y corridas de lo hecho, porque el Buho les probó haber en su beneficio hecho bienes tantos que con ninguno le podían remunerar; buscaron caminos, aunque aviesos, para salir de tanta obligazión; y haciendo pleito el caso, sin fundamento de razón de justicia ni razón de derecho, le metieron á vozes, y cada uno de palabra, fué calumniando al Buho, no respetando virtud alguna que en él hubiere, y determinaron que cada una de ellas por sí, y en nombre de su patria, le capitulasen, y que el Buho satisfiziese por escrito.

Este acuerdo al Bubo le estuvo muy á cuento, á lo que mostró en su semblante; y así, olvidadas de las Armas, desterrada toda cólera, se sentaron á la sombra de un chopo frondoso, y rodearon al Buho Gallego un Tordo Vizcaíno, un Cernícalo Navarro, un Cuco Aragonés, un Milano Cathalán, una Mirla Va-

lenciana, una Golondrina de Murcia, un Pavo Andaluz, un Gilguero Portugués, cerraron el corro. El Ganso Castellano y el Sisón Manchego, como dueños del prado en que se hallaban, se sentaron dentro del corro, de manera que estaban en oposición del Buho. *Quien* así las viera *juntas aquel día, le pareciera junta de Córtes,* y á la verdad mucho se le parescía, porque estas aves, como digo, tomarían cada una la voz de su patria para sólo acusar el Buho, por salir de la obligazión que les probó tenerle; el agraviado de esto, deseoso de sacar de las tinieblas la sinrazón que sus émulos tenían para aborrecerle, primero que entrase en disputa particular, á todos en general les dijo, que si había alguna entre ellas que fuese de su bando, ó por lo menos se hallase desapasionada sin legítima causa de aborrezerle. Y aunque á la verdad estaba cierto que ninguna la tenía, hizo esta pregunta el Buho para si alguna de ellas se mostraba desapasionada, hacerla Juez de la causa. Todas ellas, á una voz, unánimes y conformes, respondieron que no= No penséis (dijo el Buho), que poco ufano quedo de esa respuesta, porque me da nuevos bríos de aszender á maior presunción, porque no hay cosa que más pregone y descubra la virtud que la envidia y aborrezimiento, y cuando no se hallara otra cosa ó razón para probaros que á todos os soy superior, sólo esta fuera, fuerza bastante, porque á la verdad nunca son envidiados los súbditos flacos, tímidos humildes, vestidos contrahechos, sino aquellos que ocupan altos y eminentes Lugares, ó tienen por razón de más

nobleza, antigüedad y limpieza, más acción á ocuparlos, y aunque de esta parte los pudiera traer muchas consecuencias, basta la que tenemos entre manos, que no me podéis negar que la nación española de todas es la más aborrecida y odiosa, no pienso que ignoréis la causa, pero de nuevo quiero referirla.

. . . . . .

VII

Ocupado debía estar todavía en la composición y lima de su apólogo el Conde de Lemos, cuando recibió la visita de D. Juan de Espinosa, que se presentó en Monforte, fiando su acogida en una carta de Don Luis de Góngora. Tiempo había que el poeta cordobés no se comunicaba por escrito con sus Mecenas, y aprovechó la partida de Espinosa para solventar su deuda.

La carta decía así:

«*Exmo. Sr.*:

»He hallado mensajero de mi carta, i abogado de »mi culpa, que por tal juzgo la omision que he tenido »en besar a U. Ex. la mano por escrito. I assi me »atrevo ahora a romper el silencio, o por mejor de»cir, el encogimiento, suplicando a U. Ex. quando »no me perdone, no me castigue en su gracia, negán»dome el nombre de Capellan, i criado U. E. de que »yo tanto me honro. Sírvase U. E. de mandarme, »como es justo para que no esté ociosa una voluntad

»tan rendida. Guarde Dios a U. E. largos i felices »años con el acrecentamiento de Estados, que a sus »Capellanes nos importa. Madrid i Octubre 2. de »1620. años.=Exmo. Sr.=Besa los pies de U. Exm.= »Don Luis de Góngora.»

El Conde le contestó desde la Paradela en los siguientes términos:

«En qualquier tiempo que lleguen sus Cartas de »U. M. a esta casa, han de ser bien recibidas; porque »se que le nace del corazón la afición que tiene á las »cosas délla, i que el dejar de escribir a los amigos »no induce olvido, mayormente en quien tiene su in- »tencion tan bien probada, como U. M. Todo lo de- »mas que á este propósito pudiera decir, remito á »D. Juan de Espinosa, que ha hallado, poco ó nada, »en que ejercitar el oficio que U. M. le encargó de su »Abogado, i mucho en que echar de ver el deseo, que »por acá ai de acudir a cuanto se ofreciere del servi- »cio de U. M. como lo haré Yo a todos tiempos. »Guarde Dios, etc. Paradela, 25. de Octubre 1620.»

Tan afectuosa epístola movió á Góngora el deseo de hacer una visita al Conde en su villa de Monforte, y allá se dirigió en la Primavera del año 1621. El recuerdo de su permanencia al lado del ilustre magnate, fué consignado por el poeta en este soneto:

«Llegué á este Monte-fuerte coronado
De torres convecinas á los cielos,
Cuna siempre Real de tus abuelos

Del Reino escudo y silla de tu Estado.
El templo ví á Minerva dedicado,
De cuyos geométricos modelos,
Si todo lo moderno tiene zelos
Tuviera envidia todo lo pasado.
Sacra erección del Príncipe glorioso
Que ya de mejor púrpura vestido
Rayos ciñe de luz, estrellas pisa.
Oh! cuánto deste monte imperioso
Descubro! Un mundo veo! Poco ha sido,
Que seis orbes se ven en tu divisa.»

VIII

Más de un año hacía que el buen Conde no recibía noticia alguna de sus doctos amigos de Aragón, cuando en voluminoso pliego llegó á sus manos una carta del Rector de Villahermosa, y con ella, sometiéndola á la censura y aprobación del ilustre prócer, una elegante cuanto interesantísima epístola en tercetos, que aquél dirigía á D. Fernando de Borja, y en la cual, bajo el disfraz del retirado del *gabancillo verde,* se describía la vida tranquila y feliz del Conde, lejos del bullicio cortesano, y se apuntaban discretamente las causas de su extrañamiento, tomándolas tal vez de cartas escritas por el Conde mismo, cuando él las calificó de *traslado muy puntual de la verdad.*

La *Epístola* es una de las mejores de Bartolomé Leonardo, tal vez porque el asunto prestaba amplísi-

mo campo á la inspiración filosófica del grave poeta. Desde luego se anuncia interesando.

Para ver acosar toros valientes
(fiesta africana un tiempo i después goda
que hoy les irrita las soberbias frentes).
Corre agora la gente al coso, i toda
ó sube á las ventanas i balcones
ó abaxo en rudas tablas se acomoda.
Así miraron Étnicas Naciones
míseros reos en Theatro impío
expuestos al furor de sus Leones.
Que tanto importa ver, Fernando mío,
de nuestra plebe un número liviano
que entra á pie con un toro en desafío:
Que ardiendo en la Canícula el Verano,
ni Edad, ni Sexo en todo el pueblo habita;
que falte al espectáculo inhumano?
Yo no concurriré por mi exquisita
austeridad, aunque el benigno indulto
ver fatigar las fieras me permita.
Y así te escribo, mientras que el tumulto
vulgar nuestro cuartel desembaraza
i en grata soledad me dexa oculto.

Escrito en nuestros días podrá parecer este relato á algunos lectores. Pasa después el Rector á explicar al de Montesa las causas que le mueven á no seguir el consejo que le daban de volver á la Corte,

Donde premia los méritos España;

y poniendo en contraste los excesos cortesanos con la sencillez de la vida campestre, se resuelve á pintar la

Soledad voluntaria de un amigo

que se ajustaba con el modelo,

Del cuerdo labrador que pinta Horacio,

y que no era otro que nuestro Conde de Lemos en su señorío de Monforte.

Censura y aprobación del contenido de esta preciosa epístola, envió el labrador á Bartolomé Leonardo, en fecha 9 de Agosto de 1621, en la siguiente carta:

IX

«*Válgame Dios, Rector de Villapulcra, y qué profundo ha sido nuestro sueño! De aquí saco por cuenta cierta que Vm. y yo, que no somos más que yo y Vm., que quiere decir dos, hemos parecido siete de un año á esta parte. Ya ve dónde voy á parar con mi erudición; pues yo le perdono el silencio pasado, si todo este tiempo se ocupó en lamer el parto de los desiguales: y como quiera que sea le perdono su silencio por lo bien que habla en sus Tercetos. Elegantísima cosa, mi Rector, y un traslado muy puntual de la verdad.* Dæmonium habes, *y sino* quis tibi dixit *que tenemos en Monforte dos raleas de pan, uno que mira á la familia, y otro que miramos yo y mis comensales con mucho gusto, porque es muy blanco y muy sabroso, obra de un ingenio ó artificio*

Portugués, que llaman ruedas alvares, traídas por arte mía, que es como decir arte del diablo, por el estrecho de Magallanes, Danian y todos los demás estrechos que encierran en sí, y con abreviatura, mire qual será un paso qne ha por nombre la cuesta de Velesar. Diferente es el paso de su capítulo, que dice así:

> Quién sufrirá el silencio de una aldea
> desde que el sol su plebe agreste envía
> á sudar en los campos la tarea?
> Queda entonces tan sorda y tan vacía,
> que ni una voz (y á veces ni un ruido)
> suena en las horas útiles del día.

¡Qué plebe agreste, *qué* sudar la tarea, *qué* horas útiles! *Mal haya quien tal dixo, porque no lo dixe yo, ya se entiende que es de las maldiciones que amagan y no dan. Llenísimos vienen estos versos, no ha hecho mejor cosa en su vida, sólo me dá un tantirrico de fastidio aquella palabra,* ni un ruido. *Porque esta palabra está ya tomada en sentido de dependencia, y él la toma en su primitivo significado que es* sonido. *Dirame que también se dice* hacer ruido. *Respondo que como lo uno y lo otro nace del uso, no podemos desquiciarlo, y convinar de nuevo las voces; y si todavía tiene gana de porfiar y defenderse, podrá decir que no trueca estos frenos, ni hace más que restituir* in pristinum *ó al propio la palabra que anda desfigurada por tiranía del uso; y ansí tomó la pala-*

bra ruido *en su primitivo significado, esto es, para significar* sonido, *de lo que hay muchos exemplos en los Poetas Castellanos: y D. Diego de Mendoza dixo:*

Que yo callo aunque importuno,
huyendo de dar escusa;
porque quien la da, se acusa
si no se la pide alguno.

He alli importuno, *que significa, porque* sic voluit usus, *hombre prolixo, aunque en su propiedad quiere decir fuera de tiempo, y D. Diego le restituye á este sentido, que es el propio y primitivo.*

No sé si he dicho algo, ó me he quebrado la cabeza. Si vis enmendari, volo; ego te baptizo; *y digo ansi:*

Queda entonces tan sorda y tan vacía
que ni voz, ni otro objeto del sentido.

Y si no para evitar la afectación ó vulgaridad filosófica:

Que ni una voz, ni aun el menor ruido
suena en las horas útiles del día.

Que aunque se quita ansí aquella palabrita y á veces, *no hace falta, y antes queda más encarecido el silencio de una aldea.* Dixi: *y pásome al Turco.*

Vm. presupone que me ha enviado ya dos veces la dedicatoria de Don Juan Witrian y sus intentos, y yo lo creo ansi, porque es muy honrado presbítero de Cartago, ó Cesaraugusta, que para mi que vivo en Monforte es todo uno; y digo verdad que hasta ahora no había llegado á mis manos nada de esto. Vm. acete la honra que me hace su amigo, y le dé infinitas gracias de mi parte, ofreciendo no sólo estimación de su buen ánimo, pero toda la gratitud que se le debe: tanto más habiéndome escogido por compañero con exclusión de otros, y tales, en esa traducción. Espérola ya con particular alborozo. Vm. le anime y pida en nombre de entrambos que la dé presto á la estampa; que aquí y donde quiera que me hallare, me honraré siempre mucho de verme impreso por mano de un hombre tan docto y tan insigne.

Vuélvome á la descripción del cortesano, y sepa que he gustado mucho del gavancillo verde: lindamente lo dice todo, y muestra como se han de juntar con gentileza virtudes contrarias en un sugeto. Digo que me agrada, no hay que decir. Del resto no se diga: inopem me copia fecit: *y nuestro amigo el Virey puede adivinar harto, pues ha tantos días que traemos conformes dos corazones. Por horas aguardo que mi madre me avise de Madrid; pero yo le prometo que estoy tan á mi placer, que nunca me parece que tarda este aviso. O gran felicidad!* Si non possis quod vis, vellis quod possis. *Lindos ratos me paso con los libros, y encomendarme á Dios. Todo*

es risa, mihi crede, nisi vivere jocunde; etc., severe mori. *Guarde Dios á Vm. como deseo.*

Monforte 9 de Agosto de 1621.

A Gabriel mis encomiendas, y déle Dios lo que merece.

El Conde de Lemos y de Andrade.»

X

Según vemos en el contenido de esta carta, esperaba el de Lemos el poder correr á Madrid al lado de su madre. Quizá le inspiraba aquella confianza la variación ocurrida en el Gobierno al subir al trono Felipe IV. Tal vez no esperaba el rápido encumbramiento del nuevo favorito; ó creía que éste su antiguo compañero en el cuarto del Príncipe, haría justicia á las nobles cualidades de su carácter. Mucho se equivocaba. Conocía muy poco, á pesar de haber vivido siempre en la corte, los estrechos horizontes de la envidia palaciega.

Enfermó de gravedad, en Tordesillas, el desterrado Duque de Lerma. Para asistirle acudió allí su sobrino. Apenas convaleciente el enfermo, recibió aquél orden para que sin pasar á Madrid se tornase á Monforte.

En Agosto del siguiente año de 1622 fué atacada á su vez de gravísima dolencia, que muy luego la condujo al sepulcro, la anciana madre del Conde. Solicitó y obtuvo licencia del Rey para que su hijo pudiera venir á su lado; y acudiendo presuroso tuvo el

Conde de Lemos el consuelo de cerrar los ojos á su cariñosa madre.

A los dos meses no cumplidos murió el Conde, á 19 de Octubre de 1622. Hubo sospechas de que la muerte no había sido natural. A dar peso á esta conjetura concurre el billete que Lope de Vega escribió por aquellos días á su gran amigo el Duque de Sessa, y que se conserva autógrafo en la colección de sus cartas (1). Cada una de las frases del billete merece estudio y especial meditación:

«Duque mi Señor, yo no sabía nada del CONDE, »que Dios tiene; y prometo á V. E. que me ha dado »tal pesadumbre qual en mi vida la he tenido: por »ahora haze un año que sucedió la primera desgra- »cia: para la que es tan grande no hay consuelo, y »más habiendo caydo en ombre tan bien quisto; mu- »cho hay que hablar, y que no es para papel: yo »aguardo á V. E.; á quien me guarde Dios como yo »he menester.

»LOPE.»

XI

Ante tamaña desgracia lloraron todos en la Corte de España; los menos, públicamente; los más, en secreto y con terror.

Contaba el Conde de Lemos cuarenta y seis años

(1) Archivo de la casa de Altamira.—*Cartas de Lope*, tomo XI, número 106 de las contenidas en él.

de edad cuando le alcanzó la muerte. De su matrimonio no había tenido sucesión.

Sobre lo que sucedió en su fallecimiento, dejemos hablar á un docto escritor (1):

«Su entierro fué suntuoso. Acompañaron al ca»dáver desde la casa mortuoria al Convento de las »Descalzas Reales, donde se le depositó, las Comuni»dades religiosas con hachetas encendidas; los señores »y grandes, vestidos de luto; cincuenta pobres y to»dos los criados de la casa. Iba descubierto, vestido »de blanco, manto Capitular de Alcántara, cuello »abierto y espada dorada, en hombros de los caba»lleros de su Orden. Presidían el fúnebre cortejo el »Conde de Castro, D. Francisco, hermano y sucesor »del difunto, el Conde de Benavente, y D. Duarte de »Portugal.»

XII

Fué D. Pedro Fernández Ruiz de Castro y Osorio, Conde de Lemos, de Andrade y Villalba, Marqués de Sarriá, Comendador de la Zarza en la Orden de Alcántara.

Su retrato, grabado por Besanzón para la *Colección* de los *Españoles ilustres* que publicó la calcografía de la Imprenta Real á fines de la anterior centuria, nos le representa de noble y agraciada

(1) El Sr. D. Cayetano A. de la Barrera, en su *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español*, obra premiada por la Biblioteca Nacional en el Concurso de 1860.

fisonomía, frente espaciosa, nariz aguileña, boca simpática y expresiva y apuesto continente. Mucho debe tener de la figura del Conde; pues procede del *Teatro heroico-político del gobierno de los Virreyes de Nápoles*, y allí debieron retratarle buenos artistas, cuando contaba treinta y cuatro años.

No conocemos el epitafio que debió ponerse en la sepultura del Conde. Para llenar esta falta, terminaremos copiando el *Elogio* que le consagró *Lope de Vega*, en el *Laurel de Apolo,* seis años después de haber fallecido:

Galicia nunca fértil de Poetas
Mas sí de casas nobles,
Ilustres Capitanes y Letrados,
Por no dexar sus partes imperfectas
Cual blanca palma entre robustos robles,
Por donde los cabellos coronados
De mirto y de verbena,
El Sil anciano blandamente suena,
Un Príncipe llamaua
De Lemos, y del Monte de Helicona,
Porque juntar pensaua
Al coronel de perlas
Del Árbol de las Musas la Corona,
Y de un círculo solo componerlas,
Que perlas y laureles juntamente,
Adornan bien de un gran señor la frente.
Mas como ya pisaua las Estrellas,
O le besauan ya las plantas ellas,

Con manto militar, insignia verde
El claro y siempre amado señor mío,
Las esperanzas pierde
Y boluiendose Mar, anega el Río,
Que entrándose en el llanto de sí mismo
De Río se hizo Mar, de Mar Abismo
Y todos juntos, Río, Mar y enojos
No pueden igualarse con mis ojos.

NOTICIAS CURIOSAS

PARTICULARIDADES Y ANÉCDOTAS RELATIVAS Á CERVANTES Y AL QUIJOTE

PRIMERA SERIE

En las obras que alcanzan celebridad y en las vidas de los hombres ilustres, todo es interesante y ameno. La posteridad desea tener conocimiento exacto de los menores detalles, de las más pequeñas aventuras, de lo que parece más insignificante, cuando se relaciona con los genios que la ennoblecen, con sus costumbres y caracteres; y nada quiere ignorar de los elementos que pudieron contribuir á sus inspiraciones y entraron á formar parte de sus obras.

Volúmenes enormes podían llenarse con las anécdotas que se han escrito, verdaderas ó supuestas,

con relación á la *Divina Comedia,* á la *Jerusalén libertada,* á la *Iliada* y á *Los Lusiadas;* sobre Virgilio y sobre Camoens, y de los hechos de César, de Cristóbal Colón, de Napoleón el Grande y de *Cervantes.* Pueril y excusado trabajo, además, sería el de querer comprobar esta afirmación acumulando citas que ocurren á cualquiera fácilmente.

Si hemos apuntado la idea, ha sido como disculpa anticipada por la nimiedad de algunos de los rasgos que pueden acudir á nuestra memoria y salir de la pluma al recordar la varia suerte de la inimitable obra de entretenimiento, de la primer novela de todas las literaturas, de *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha;* porque bien se nos alcanza que podrán ser tachados de nimiedades, y aun de menos, si no se tiene el ánimo dispuesto y el paladar acostumbrado, por decirlo así, para saborear tales minucias literarias, ó no despiertan la curiosidad por referirse á tan hermoso libro y á su autor incomparable.

I

NOTICIAS ANTICIPADAS

A la verdad, la obra de *Cervantes* parecía predestinada á gran celebridad. ¿Cómo explicaremos, á no creerlo así, que no habiéndose entregado el *Quijote* á la imprenta hasta el último tercio del año 1604 (el privilegio concedido á *Cervantes* tiene fecha del 26

de Septiembre, y hasta entonces no pudo darse principio á la impresión), ya Lope de Vega se adelantase á manifestar su desagrado en carta fecha en Toledo á 14 de Agosto, en la que escribía: «*De poetas, no digo; buen siglo es este. Muchos están en ¿ierne para el año que viene; pero ninguno hai tan malo como* ZERBANTES, *ni tan necio que alabe á* DON QUIXOTE...?» La carta se conserva escrita de puño y letra de Lope; la mención es por demás extraña, no habiéndose impreso la novela.

Más de un mes antes del privilegio concedido á *Cervantes,* con la fecha de 22 de Agosto de 1604, se había dado licencia á Francisco Ubeda (seudónimo tras el que se ocultaba Fray Andrés Pérez) para imprimir un libro de entretenimiento, titulado *La Pícara Justina,* cuya edición debió ponerse á la venta al empezar el año 1605, pues ya en ese mismo la reimprimió en Barcelona el impresor Sebastián Cormellas. ¿Qué explicación tienen, por tanto, los versos que el autor pone en el capítulo IV del libro II, parte 3.ª, donde dice:

«Soy el Rey- de Picardi-
Más que la rud- conoci-
Más famo- que Doña Oli-
Que Don Quijo- y Lazari-
Que Alfarach- y Celesti-?»

¿Cómo podía ser *famoso* Don Quijote, cuando aun no había salido á luz la historia de sus aventuras?

No podrá tacharse de exageración al cervantista que sostenga que el libro que merece censuras de célebres escritores y se dice famoso antes de que pueda ser conocido, es un libro predestinado.

II

ERRATA NOTABLE

El *Quijote* debió aparecer al público á principios del año 1605. Lo persuade la fecha de la fe de erratas, que demuestra estaba terminada la impresión en 1.° de Diciembre de 1604; lo confirman los hechos, pues en 26 de Febrero y en 25 de Marzo de 1605, ya se dieron licencias en Lisboa á los editores Jorge Rodríguez y Pedro Crasbeeck para que pudieran reimprimirlo.

Estas licencias causaron gran alarma al librero Francisco Robles, que había comprado á *Miguel de Cervantes* el derecho de imprimir *El Ingenioso hidalgo,* y para prevenir la reproducción de ediciones en los reinos que formaban la corona de España, solicitó y obtuvo nuevo privilegio que comprendía á Aragón y Portugal, y puso en circulación inmediatamente nueva edición. Por cierto que insertó en ella el certificado de Portugal, pero no el de Aragón, y la misma falta se nota en la edición de 1608.

Las dos ediciones hechas por Juan de la Cuesta en el año 1605, son del todo diferentes, según se conoce por un simple cotejo. La precipitación con

que se hacía la segunda, se nota desde la página misma de la portada, en la que se dice «*Dedicada*... al Duque de Béjar, *Conde de Barcelona*» (título que solamente correspondía á los reyes de España), y se le pone señor de las villas de Capilla, Curiel y *Burgillos*.

III

PRIMERAS CORRECCIONES

A Lisboa y á otros puntos debieron expedirse muy pronto los ejemplares de la edición primera. Por alguno de ellos se copiaron las ediciones hechas en Lisboa por Jorge Rodríguez, en 4.°, y por Pedro Crasbeek, en 8.°; y la demostración es muy fácil, y ya la hemos hecho á otro propósito.

Llama la atención, que á pesar de lo atropellado y presuroso que anduvo el librero Robles para que saliera la nueva edición, todavía tuvo tiempo para poner manos en la obra de *Cervantes*, haciendo la variación y trueco de unas frases que desde luego debieron parecerle disonantes. En el cap. XXVI, al quedarse solo el buen hidalgo de la Mancha en las asperezas de Sierra Morena, cual otro Amadís de Gaula en las de la Peña Pobre, exclamaba:

«Ea, pues, manos á la obra, venid á mi memoria cosas de Amadís, y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros; mas ya sé que lo más que él hizo fué rezar *y encomendarse á Dios: ¿pero qué haré de rosario que no le tengo? En esto le vino al*

pensamiento cómo lo haría, y fué que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa que andaua colgando, y dióla honze ñudos, el vno más gordo que los demás, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millón de Ave Marías...»

En la segunda edición desapareció una parte de este concepto que, sin duda, pareció atrevido al librero, pues no creo de *Cervantes* las palabras que se sustituyeron. «Ea, pues, manos á la obra, dice la segunda edición, venid á mi memoria cosas de Amadís y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros; mas ya sé que lo más que él hizo fué rezar, *y así lo haré yo. Y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque que ensartó, de que hizo un diez.*»

Es de notar que la Inquisición no puso reparo alguno, ni encontró censurable el concepto variado.

Las dos ediciones de Lisboa imprimieron la frase en su forma primitiva, como puede verse en los pocos ejemplares que de ellas se conservan, pues ambas son rarísimas, mucho más raras que las de Madrid de Juan de la Cuesta (1).

---

(1) El docto Sr. D. Pedro Salvá, ocupándose de la edición de Jorge Rodríguez, al número 1544, tomo II de su *Catálogo*, dice: «Si bajo el punto de vista literario las ediciones de Madrid tal vez sean preferibles á la portuguesa, *ésta las aventaja de mucho en cuanto á rareza;* conozco algunos ejemplares de aquéllas; DE ÉSTA NO HE VISTO OTRO.» He tenido ocasión de ver cuatro ejemplares de la de Rodríguez: el que fué de Salvá, vendido en París en 1892; el que posee D. Leopoldo Rius, en Barcelona; el del marqués de Jerez de los Caballeros, en Sevilla, y el que tengo en mi colección. Salvá no logró adquirir el de Pedro Crasbeeck, sin duda *el más raro de todos*, de que poseo un precioso ejemplar.»

Y á la verdad, ese párrafo hace falta en su lugar, en los términos mismos en que fué escrito por *Cervantes*; porque más adelante, en el cap. XXXV, al penetrar cuantos en la venta se encontraban en aquel camaranchón donde sostenía D. Quijote descomunal batalla con los gigantes cueros de vino tinto, le hallaron en el más extraño traje del mundo. Estaba en camisa, «*la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenía seis dedos menos...*» ¡Como que le faltaba la *gran tira* que el loco le había arrancado antes!

Como en el estudio de la grande obra de *Cervantes* nunca dejan de encontrarse novedades, ha poco tiempo tropezamos con otra corrección hecha en las dos ediciones de Lisboa, que no fué aceptada por ninguna de las castellanas.

En las dos impresas por Juan de la Cuesta y publicadas en 1605, en el cap. XIII, que corresponde á la parte segunda de las cuatro en que entonces se dividía el tomo primero, encontramos el pasaje siguiente: Encaminábanse Don Quijote y los que le acompañaban á aquel punto de la sierra donde debía tener enterramiento el cuerpo del pastor Grisóstomo, y por la conversación del Hidalgo pronto vinieron en conocimiento los caminantes de su falta de juicio: «Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condición, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decían que les faltaba, al llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasión á que pasase más adelante con sus disparates. Y así, le dijo:

Paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las más estrechas profesiones que hay en la tierra; y tengo para mí que aun la de los frayles Cartuxos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podía ser, respondió nuestro Don Quixote, pero tan necesaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque si va á decir verdad, no hace menos el soldado que pone en execución lo que su capitán le manda, que el mesmo capitán que se lo ordena. Quiero decir, que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra: pero los soldados y caualleros ponemos en execución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros braços y filos de nuestras espadas. No debaxo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el Verano y de los erizados yelos del Invierno. Assí que somos ministros de Dios en la tierra y braços por quien se executa en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las á ella tocantes y concernientes no se pueden poner en execución sino sudando, afanando y trabajando, síguese que aquellos que la professan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sossegada paz y reposso están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo dezir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de cauallero andante como el del encerrado religioso, sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que sin duda es más trabajoso y más aporreado, etc.»

Esta comparación entre la vida sosegada del reli-

gioso y la trabajosa del caballero, puesta en boca de un monomaníaco por el autor ilustre, pasó sin tropiezo ante los censores de la obra en Valladolid; pero en Lisboa fueron más escrupulosos y no la miraron con buenos ojos, pues lo mismo en la edición hecha por Jorge Rodríguez que en la de Pedro Crasbeeck falta todo lo que hemos copiado en letra cursiva, enlazándose los conceptos de manera que no pudiera ser muy notable la falta.

Y es de advertir que solamente en las dos ediciones de Lisboa se hizo esa supresión, pues tanto en la tercera de Madrid de Juan de la Cuesta en 1608, después que ya podía ser conocido en España aquel escrúpulo, como en las de Bruselas de 1607 y Milán de 1610, se encuentra el pasaje en la forma que lo escribió *Cervantes*. Aunque también debemos convenir que el concepto es sobrado dudoso y atrevido, escrito por un soldado de Lepanto y de las Terceras, que había observado con disgusto las mezquinas y escasas recompensas otorgadas á los gloriosos defensores de la patria.

Muy poco tiempo después puso mano en el texto del *Quijote* otro corrector desconocido, pero no desacertado.

La primera edición de *El Ingenioso hidalgo* que se hizo fuera de España, es la que estampó en Bruselas Huberto Antonio en el año 1607, tan preciosa como todas las que salieron de sus talleres, y hoy extremadamente rara.

El texto, dice el inteligente cervantista inglés

Mr. Henry Edward Watts, fué revisado por algún lector asaz perito que, espontáneamente (sin autorización de nadie), hizo en él varias correcciones, con acierto tal, que algunas adoptó más tarde la Real Academia Española. La más notable de todas es el intento de poner en orden los pasajes que se refieren al robo del rucio de Sancho Panza, tan trocados en las ediciones de Juan de la Cuesta.

Parece que en Bruselas fué también donde apareció alterado por primera vez el título de la obra. En el año 1662, el editor Juan Mommarte, publicó una edición, que fué la primera que salió adornada con láminas, y la llamó VIDA Y HECHOS *del Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha*, título muy conforme con el gusto de la época, pero muy alejado de lo que pensó *Cervantes*.

IV

¿FALTAN CAPÍTULOS EN EL QUIJOTE?

Hace muchos años, en los primeros del siglo XIX, circuló entre los literatos de toda Europa la estupenda noticia de que existían muy ocultos en una biblioteca pública de Alemania algunos capítulos del *Quijote,* cuya publicación no se había permitido en España en el siglo XVII, y habían quedado inéditos y desde entonces desconocidos.

¡Eran autógrafos de *Cervantes!* ¡Se trataba de un trozo desprendido de *El Ingenioso hidalgo!* Calcule

el menos impresionable de los lectores la sensación que produciría tal anuncio. Y se dió al asunto toda la gravedad, importancia y prosopopeya que convenía. Llegaron los papeles desde la biblioteca de Francfort á manos del ministro plenipotenciario de Prusia en París, pues se quería consultar á los más ilustres literatos y á las Reales Academias, disponiéndose aquél embajador á remitirlos á Madrid con las seguridades convenientes, por mediación de la Estafeta oficial... pero no fué necesario tanto.

Habían pasado algunos años. Era ya á fines de 1823. Los sucesos políticos de España habían producido graves trastornos. La entrada en nuestra patria de los cien mil franceses al mando del duque de Angulema, y la reacción violenta que se inició al salir de Cádiz el rey Fernando VII, hicieron emigrar á cuantos más ó menos directamente habían tomado parte en la jura de la Constitución y en el gobierno liberal desde el año 1820 al de 1823, y se encontraban en París casi todos los hombres ilustres de España en ciencias y en las letras, como en artes y en política.

Tuvo el buen acuerdo el embajador de Prusia de consultar con eminentes literatos españoles, y fué tal y tan decidida la opinión que éstos manifestaron, que para evitar un paso en ridículo se devolvió inmediatamente el manuscrito á la biblioteca de Francfort, de donde nadie ha pensado en ir á sacarlo desde entonces.

Y es de lamentar, á pesar de todo, que no se haya

dado á la prensa ese intento de adición á las aventuras de Don Quijote, sea quien fuere su autor, aunque no lo mereciera por su mérito intrínseco, siquiera á título de curiosidad.

Capítulos de mi Don Quijote de la Mancha, *no podidos publicar en España*

Tal era el epígrafe del manuscrito, según lo escribe D. Diego Clemencín, refiriéndose á un documento que tiene la Real Academia de la Historia, y parece debían ser colocados después del capítulo LXII de la *Parte Segunda;* pues en la visita á la imprenta, que en él se refiere, vió Don Quijote las esquelas de invitación para un baile de máscaras en el palacio del gobernador de Barcelona, y ofreció asistir á él con su escudero; preparándose de este modo la ingerencia de los nuevos.

El primero de estos capítulos trata *de lo que sucedió á Don Quijote en un baile de máscaras.*

Copiamos el extracto que hizo Clemencín:

«Don Quijote se presenta en el baile armado y sin máscara, y Sancho vestido de disciplinante, en compañía de los amigos de Don Antonio. Por sugestión de éste, una dama requiebra á Don Quijote y le pide la saque del cautiverio en que la tiene un viejo tutor, quien para apoderarse de su hacienda trata de casarse con ella. Después Sancho, despeluznado y desenmascarado por los tirones que le habían dado los muchachos y los que no lo eran, dice á su amo que

ha visto los preparativos para la cena, y para disfrutarla desea que se acabe el baile. Al sentarse á la mesa los convidados, la dama quiere ponerse al lado de Don Quijote; el tutor se lo impide, ella llora y se queja al caballero manchego, quien enristrando su lanza arremete al tutor y derriba la mesa, y se concluye la fiesta con una paliza dada á Don Quijote y algunos palos de añadidura á Sancho.»

El segundo capítulo se intitulaba: *Desenlace de la aventura ocurrida en las máscaras.*

«Don Quijote se cura casi repentinamente con su famoso bálsamo. La dama enamorada va á verle, y Sancho, que había oído una cierta conversación entre ella y Don Antonio, se lo avisa á su amo, quien echando la culpa de todo á los encantadores, accede á las instancias de Don Antonio para ir á las galeras que estaban en el puerto, lo que regocija mucho á Sancho, por no haberlas visto nunca en su vida.»

Y entonces llegaba su vez al actual capítulo LXIII, que refiere la visita á las galeras y lo mal que le avino con ellas á Sancho Panza, que debería pasar á ser el LXV.

V

PRIMERA VARIACIÓN

LA DEDICATORIA

La segunda edición de *El Ingenioso hidalgo* que se imprimió fuera de España, novena en orden entre las conocidas hasta hoy con certeza de la *Primera*

parte, es la estampada en Milán *por el heredero de Pedromártir Locarni* y *Iuan Bautista Bidello*, en el año 1610.

Es un precioso volumen en 8.°, hoy también de extremada rareza; y los editores suprimieron la *Dedicatoria* de *Cervantes* al Duque de Béjar, y la sustituyeron con otra suscrita por los mismos, dirigida al Conde Vitaliano Vizconde. Por ser la primera variación que se hizo en el *Quijote*, por los conceptos que en ellas se estampan, y por ser casi desconocida para los que no son muy versados en la literatura cervantina, juzgamos de curiosidad el insertarla.

«*All' illmo. Señor Sig. Conde*
Vitaliano Vizconde.

»Cumple á los grandes como lo es V. S. Illustriss. el entender todo género de lenguas principales con las cuales se han de tractar los mayores negocios, que en el discurso de tiempo se les puedan ofrecer. Y habiendo nosotros sabido que entre los más graves estudios en que V. S. Illustriss. pasa su pueril edad *tiene á las vezes gusto de la lengua castellana, agora hecha muy familiar á los Caballeros de esta ciudad tan noble;* por esta razón nos atrevemos á dedicar á V. S. Illustriss. el libro español del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,* que de nuevo hemos impreso, *sin hazerlo traduzir en lengua toscana, por no le quitar su gracia, que más se muestra en su natural lenguaje que en cualquiera traslado.* Vaya

por toda Italia este libro con el escudo del nombre de V. S. Illustriss., de cuya resplandeciente y antigua nobleza no es menester decir muchas palabras en esta carta, pues con muchas no se acabaría. Bástanos suplicar á V. Sig. Illustriss. se sirva de conservarnos con el libro en su buena gracia. Y guarde Dios siempre y acreciente su Illustriss. persona como puede y nosotros deseamos. De Milán á 24 de Julio de 1610.

»Illustriss. Sig.

»Criados de V. S. Illustriss. que sus manos besan,

»*Los herederos de Pedromártir Socarni*
»*y Juan Bautista Bidello.*»

Nueva prueba ofrece esta *Dedicatoria* de que en los principios del siglo XVII *era muy familiar* á la nobleza italiana la hermosa lengua española; y así se explica que tantos y tantos libros de historia, de literatura, muchos de ciencia y artes y hasta algunos *de caballería,* se estampasen primorosamente en Milán, en Nápoles y en Venecia. Pero no es menos de notar el aprecio en que se tenía el lenguaje de *Cervantes*, cuya obra no se traducía *por no le quitar su gracia, que más se muestra en su natural lenguaje, que en cualquiera traslado;* y á la verdad no diría más en la época presente el más apasionado cervantista.

VI

ALUSIONES EN «EL QUIJOTE»

Indudablemente las primeras alusiones que los contemporáneos de *Cervantes* creyeron ver en su libro, fueron á personajes de la corte; si de algo embozado se le calificó fué de sátira política.

Era apreciación equivocada; pero error nacido de la profundidad misma de la obra en su aparente superficialidad.

Las alusiones á empresas del emperador Carlos V, parecen del todo inverosímiles. *Cervantes* siempre habló con entusiasmo de aquel rayo de la guerra, y nada hay en el tono general de su obra, ni en el carácter de *El Ingenioso hidalgo,* que fundadamente pueda referirse al del gran monarca de la casa de Austria, ni tomarse por parodia de su glorioso reinado. No fueron, sin embargo, del todo gratuítas las sospechas de los lectores, aunque bajo otro concepto, y en algo pudieron encontrar asidero los maliciosos para dar pábulo á las suposiciones.

En el *Epítome de la vida y hechos del invicto Emperador Carlos V*, que escribió D. Juan Antonio de Vera, Figueroa y Zúñiga, conde de la Roca, refiere que: «tal vez le quitaron la espada desnuda de la mano, que, sin poderla sustentar, *aspiraba á esgrimir con las figuras armadas de los tapices;* y otras le cogieron con el instrumento que más á mano halló,

irritando por entre las verjas de una jaula los leones que había en ella, con tan posible peligro, que por asegurarle las cerraron de todo punto.»

Estas y otras semejantes anécdotas de la niñez de Don Carlos, corrían entonces de boca en boca y fueron de todos conocidas; y bien se comprende cuán fácil cosa era que se evocara su recuerdo después de leída *la descomunal batalla que tuvo Don Quijote con unos cueros de vino;* ó de ver al hidalgo esgrimir la espada contra las figuras del retablo de Maese Pedro, que si no eran tapices cerca le andaban, y desafiando la fiereza de los leones sin reparar en el peligro. No es necesario tanto para que en la imaginación del pueblo nazca y se grabe una conseja, se fije un concepto cuyas proporciones vayan creciendo gradualmente y separándose de la verdad primitiva hasta formar una historia completa y destituída absolutamente de fundamento.

Fácil era que *el Caballero de los Leones* recordase al Emperador, más aún si se pararon mientes en el epitafio que el bachiller Sansón Carrasco puso en la sepultura de Don Quijote, expresando que

Tuvo todo el mundo en poco:
Fué el espantajo y el coco
Del mundo, en tal conyuntura,
Que acreditó su ventura
Morir cuerdo y vivir loco.

Sin ser vulgo ni pasarse de maliciosos, vienen á

la memoria, al leer tales conceptos, la vida del vencedor de Pavía y los últimos años del solitario de Yuste.

Cierto parece que en los despachos de Simón Contareni á la Señoría de Venecia, y de algún otro embajador, se indicaba que se había publicado en Madrid un libro con el título de *Don Quijote,* que era sátira embozada contra la privanza y gobierno del Duque de Lerma.

Aún más explícitos, según lo manifestado por sir H. Rawdon Brown, que estuvo encargado por el ministro de Negocios Extranjeros de Inglaterra de examinar los archivos secretos de Venecia, hubieron de ser los embajadores Francisco Priuli y Francisco Morosini, denunciando en primer lugar la insignificante protección que prestó el Duque de Lerma á los planes de Emmanuel Filiberto de Saboya; protección que fué contraproducente, y que, á su decir, parodiaba *Cervantes* en la aventura del muchacho Andrés, vapuleado por el ganadero Haldudo, y *más recientemente después de la protectora intervención del Ingenioso hidalgo;* representando éste al Duque de Lerma, Haldudo á Enrique IV de Francia, y siendo el castigado Andrés el monarca saboyano.

Conforme á lo que de los mismos despachos se desprende, Sancho Panza sería ridícula é intencionada representación de D. Pedro Franqueza, uno de aquellos dos Secretarios, hombres de la mayor confianza, que despachaban todos los negocios al Duque de Lerma, y al cual fueron entregados *tres* de los *cinco* hijos de Emmanuel de Saboya cuando fueron

llamados á España para que aquí vivieran y fueran conocidos, en la previsión de que, por falta de sucesión del rey Felipe III, pudiera recaer la sucesión de la corona en el príncipe Felipe, como hijo de la hermana del Rey, Doña Catalina de Austria.

A esta llegada, de *tres de los cinco* hijos de la Princesa, alude claramente, en sentir de Sir H. Rawdon Brown y de los despachos que registrara, la letra *primera de pollinos*, firmada por Don Quijote en las asperezas de Sierra Morena, mandando á su sobrina entregara á Sancho Panza (D. Pedro Franqueza) *tres de los cinco* que había dejado en casa.

El nacimiento de Felipe IV en 8 de Abril de 1605 dió término á aquellas esperanzas, poniéndolo también á muchas intrigas cortesanas; y á esto sin duda, en consonancia con lo anterior, aludió *Cervantes* al escribir en el romance que incluyó en *La Gitanilla:*

Esta perla que nos diste,
Nácar de Austria, única y sola,
¡Qué de máquinas que rompe!
¡Qué de designios que corta!
¡Qué de esperanzas infunde!
¡Qué de deseos malogra!
¡Qué de temores aumenta!
¡Qué de preñados aborta!

Tanto aquellas como estas alusiones, hijas pueden ser de la malicia de los lectores, rebuscadas por la pasión ó deducidas por la agudeza de ingenio sus-

picaz; pero hay en la parte primera del *Quijote,* al capítulo XIX, una aventura, *que sin artificio alguno verdaderamente lo parecía,* y que es recuerdo indudable de un suceso reciente que ocurrió en el tiempo que *Cervantes* vivió en Andalucía, y de cuyas circunstancias, ó de algunas de ellas á lo menos, pudo ser testigo presencial el gran escritor.

Refiere el P. Fr. Jerónimo de San José en la *Vida* que escribió *del beato P. San Juan de la Cruz* (1), que el sábado 14 de Diciembre del año 1591 falleció en el convento de Ubeda aquel admirable religioso, víctima de fiebres que había tiempo le aquejaban. Fueron muchos los casos milagrosos que acompañaron á su muerte; y movidos de su gran devoción los Sres. D. Luis Mercado y Doña Ana de Peñalosa, fundadores de un convento de Carmelitas en Segovia, sacaron orden del Consejo Real y patente de la religión, según expresa el cronista, para trasladar el cuerpo del venerable desde Ubeda á Segovia.

No pudo tener efecto la traslación la vez primera que la intentaron, á los nueve meses de habérsele dado sepultura, porque el cuerpo se encontraba fresco y flexible, despidiendo una agradable fragancia; y se contentaron por entónces con cortarle para reliquia uno de los tres dedos con que escribía, que estaban lúcidos y transparentes.

---

(1) *Obras espirituales que encaminan á un alma á la más perfecta unión con Dios...*, por el... beato P. San Juan de la Cruz. En Sevilla, por Francisco de Leefdael, 1703; un tomo en folio marquilla.

«Al año siguiente, pasados otros nueve meses (en 1593), volvieron con los mismos despachos: desenterrándolo á deshora, y hallándole entero, aunque más enjuto, un alguacil de corte lo acomodó en una maleta para mayor disimulo. En su ejecución sucedieron algunas maravillas. *La más notable fué que antes de llegar á Martos, por donde iban el alguazil y sus compañeros por desmentir las espías, de repente se les apareció un hombre, que á grande voces les dixo:* ¿Dónde llevays el cuerpo del santo? Dexadle donde estaba. *Aunque causó pavor al alguazil, pasó adelante.*»

Otros escritores añaden que no fué una, sino varias las apariciones misteriosas que intentaron impedir el viaje del alguacil, y una de ellas la de un hombre á caballo que les preguntó qué era lo que allí llevaban. Léase después de tales antecedentes la aventura *del cuerpo muerto* que llevan á enterrar de Baeza á Segovia, y no se dudará de la alusión que encierra, por más que *Cervantes*, con singular ingenio y consumada maestría, la revista de novelescos accidentes para no ofender el sentimiento religioso que inspirara aquel piadoso robo, ni la veneración del santo á quien se refería. Aun así, nos llama la atención que se permitiera estando todavía tan recientes los hechos.

Muchas, muchísimas alusiones debe contener el *Quijote* á personajes y sucesos que el autor pudo observar por sí mismo; lo difícil es conocerlas y señalarlas sin incurrir en error, ni dejarse llevar de la

fantasía á espacios imaginarios, como á más de un escritor ha sucedido. Hace dos siglos y medio podían descifrarse muchas; hoy se hace casi imposible conocerlas.

Terminaremos recordando la discretísima reflexión de D. Martín Fernández Navarrete, que apreciando debidamente la elevación de la crítica cervantina, su universal comprensión y alcance, defiende al autor de la nota de inverosímil con que algunos califican el gobierno de Sancho en la Ínsula, y dice: «Observación práctica hecha por el mismo *Cervantes* y acomodada en esta invención; *la cual es por esto* (añade Manuel Faria y Sousa) *tan verosímil, como cierto haber muchos Sanchos Panzas en tales gobiernos; y de esta manera escriben y piensan y reprenden los grandes hombres.* Otras impugnaciones hay más detenidas, aunque disfrazadas con un velo muy delicado, por ser de tal naturaleza que podían acarrearle persecuciones en descrédito de su religiosidad y patriotismo. Quien lea con atención las aventuras de la cabeza encantada, del mono adivino, la inopinada y silenciosa prisión de Don Quijote y de Sancho por los criados del Duque, el fingido funeral de Altisidora, aventuras que califica del *más raro y nuevo caso* de cuantos se contienen en su historia, comprenderá fácilmente que encierran alusiones misteriosas que no le era lícito desenvolver...»

SEGUNDA SERIE

I

Muy poco tiempo después de haber salido al público, estampada por el conocido impresor Juan de la Cuesta, la *Primera parte de El Ingenioso hidalgo*, era ya grande su celebridad y bien conocido su mérito. Justifican lo primero seis ediciones, cuando menos, hechas en España en el mismo año 1605; la de Bruselas, 1607; la de Madrid, 1608, y las de Milán, 1610, y Bruselas, 1611, pues todas ellas demuestran que se habían agotado las anteriores, y por eso son hoy tan extremadamente raras. Y esto cuando aun no se había dado á luz más que una parte de la historia del héroe, por donde se viene á entender cuan bien informado estaba *Cervantes* al escribir en el capítulo tercero de la *Segunda parte*: «tengo para mí que el »día de hoy están impresos más de doce mil libros de »la tal historia; si no díganlo Portugal, Barcelona y »Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama »que se está imprimiendo en Amberes.»

Lo segundo se acredita por la referencia que hace un escritor contemporáneo, de cuya exactitud y veracidad no puede dudarse, y mucho menos teniendo en cuenta la calidad de las personas de que habla.

Cuenta Baltasar Porreño, en su libro *Dichos y hechos del rey Don Felipe III* (1), que estando aquel monarca asomado á uno de los balcones del antiguo alcázar de Madrid, «espaciando la vista, observó que »un estudiante, junto al río Manzanares, leía un li»bro, i de quando en quando interrumpia la leccion, »i se daba en la frente grandes palmadas, acompa»ñadas de extraordinarios movimientos de plazer i »alegria; i dijo el Rey: *Aquel Estudiante ó está fuera »de sí, ó lee la Historia de Don Quijote:* i luego se »supo que la leía, porque los palaciegos suelen inte»resarse mucho en ganar las albricias de los aciertos »con sus amos en lo que poco importa.»

Con harta razón observan algunos biógrafos de *Cervantes*, haciendo comentario á esta anécdota, que el aprecio en que el rey D. Felipe tenía *El Quijote*, no le movió á ocuparse en proteger á su autor; así como tampoco los cortesanos que corrieron á investigar las causas de la alegría y transportes del estudiante, y supieron pedir albricias al soberano, celebrando su perspicacia, se acordaron de decir que el escritor de la regocijada historia era un veterano inválido y necesitado, siendo obra al par meritoria y patriótica el aliviar su triste situación.

Era esta, por desgracia, harto notoria, tanto en España como en la nación vecina, donde se buscaban con avidez sus escritos, y se multiplicaban las ediciones de *El Ingenioso hidalgo*, que muchos leían en su

(1) Madrid: Sánchez, 1663, en 8.°

lengua original, común entonces á todas las personas instruídas.

Desempeñaba el licenciado Francisco Márquez Torres los cargos de capellán y maestro de pajes del Arzobispo de Toledo Don Bernardo de Sandoval y Rojas, cuando al comenzar el año 1615 llegó á Madrid como embajador de Francia el Duque de Mayenne para apresurar la terminación de los casamientos concertados desde tiempo atrás, y que pasara allá la Infanta Doña Ana de Austria, prometida del Delfín Luis XIII, y futura madre del gran Luis XIV. El Duque traía lucido y numeroso acompañamiento de nobles franceses, caballeros de gran ilustración apasionados de las letras españolas. Visitó el embajador al Cardenal, cumpliendo las leyes de la etiqueta cortesana; y cuando el Príncipe de la Iglesia fué á pagar la visita al Duque, acompañado de sus familiares, se entabló entre éstos, y los que componían el séquito del de Mayenne, un diálogo interesantísimo, que es preciso leer en los términos mismos en que lo escribió el licenciado Márquez Torres, para que no pierda ni un detalle de su veracidad y carácter (1).

«Certifico con verdad, escribe, que en veynte y

(1) Es ciertamente muy de extrañar, que siendo de tan alto interés esta aprobación del licenciado Márquez Torres, se encuentre suprimida en muchas ediciones del *Quijote*, especialmente en las catalanas, sin exceptuar la lujosísima de los Sres. Montaner y Simón (Barcelona, 1880), que dirigió el célebre comentador y entusiasta del *Ingenioso hidalgo*, D. Nicolás Díaz Benjumea.

»cinco de Febrero deste año de seyscientos y quinze, »auiendo ydo el Ilustríssimo señor Don Bernardo de »Sandoval y Rojas, Cardenal Arçobispo de Toledo »mi señor, á pagar la visita que á su Ilustríssima »hizo el Embaxador de Francia, que vino á tratar »cosas tocantes á los casamientos de sus Príncipes y »los de España, muchos Caualleros Franceses, de los »que vinieron acompañando al Embaxador, tan cor- »teses como entendidos y amigos de buenas letras, »se llegaron á mí, y á otros Capellanes del Cardenal »mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio »andauan más validos, y *tocando acaso en este que* »*yo estaua censurando*, apenas oyeron el nombre de »Miguel de Ceruantes, cuando se començaron á ha- »zer lenguas, encareciendo la estimacion, en que assi »en Francia, como en los Reynos sus confinantes, se »tenian sus obras, *La Galatea*, que algunos dellos »tiene casi de memoria, la primera parte desta, y las »Nouelas. Fueron tantos sus encarecimientos, que »me ofrecí lleuarles que viessen el autor dellas, que »estimaron con mil demostraciones de viuos deseos. »Preguntáronme muy por menor su edad, su pro- »fession, calidad y cantidad. Halléme obligado á de- »zir que era viejo, soldado, Hidalgo y pobre, á que »uno respondió estas formales palabras: ¿Pues á tal »hombre no le tiene España muy rico, y sustentado »del erario público? Acudió otro de aquellos caualle- »ros con este pensamiento, y con mucha agudeza y »dixo: Si necesidad le ha de obligar á escriuir, plega »á Dios que nunca tenga abundancia, para que con

»sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el »mundo.»

Preciosa narración, con todos los signos de histórica y verdadera, es la que antecede. Los hechos todos son rigurosamente exactos. La venida del Embajador, la visita del Prelado y las fechas en que el licenciado Márquez Torres tenía en su poder la segunda parte del *Quijote* para su censura. Ninguna razón se alcanza para que el eclesiástico censurante faltase á la verdad y se lanzara á inventar anécdotas. Ni aún puede alegarse como causa el deseo amistoso de llamar la atención del Cardenal sobre la triste situación del escritor. Era de aquél muy conocida, y procuraba aliviarla constantemente. El último escrito de *Cervantes*, un mes escaso antes de su muerte, es para dar gracias al Arzobispo de Toledo por las mercedes que le hacía. Conservaba el original nuestro querido amigo el ilustrado general Marqués de San Román, y siempre se lee con delicia la expresión de la gratitud de aquella noble alma:

Muy ilustre Señor:

Ha pocos dias que recibi la carta de vuestra Señoria Ilustrisima y con ella nuevas mercedes. Si del mal que me aquexa pudiera haver remedio, fuera lo bastante para tenelle con las repetidas muestras de favor y amparo que me dispensa vuestra Ilustre Persona; pero al fin tanto arrecia, que creo acabará conmigo aun cuando no con mi agradecimiento; Dios nuestro Señor le conserve egecutor de tan Santas

obras, para que goze del fruto dellas allá en su santa gloria, como se la desea su humilde criado que sus muy magníficas manos besa. En Madrid, á 20 de Março de 1616 años.

Muy Ilustre Señor.

MIGUEL DE CERBANTES SAAVEDRA.

II

Las dos anécdotas que dejamos referidas pueden ser consideradas rigurosamente auténticas. No era posible que Baltasar Porreño atribuyera hechos ó dichos falsos al rey su señor, ni puede admitirse que el licenciado Márquez Torres faltara á la verdad en un documento de la mayor formalidad, y cuando cumplimentaba una orden de su superior, el Vicario general de Madrid.

Lo que pasamos á contar no se apoya en tan sólido fundamento. Refiérese en la vida de fray Miguel de los Santos, que, siendo novicio y recién llegado de Pamplona á Madrid, hubo de llevarle el Rev. P. fray Juan de la Concepción al beaterio de la calle del Mesón de Paredes, donde habían tomado el hábito la hija natural de *Cervantes*, doña Isabel de Saavedra, y doña Marcela, hija de Lope de Vega. Por acaso estaban juntos en el locutorio ambos ingenios, visitando á sus hijas, cuando llegaron los religiosos; y trabándose animada conversación, recordó *Cervantes* que en tiempo del rey Don Felipe II había sido ahorcado en la Plaza Mayor de Madrid, por cómplice, y

tal vez autor, de la impostura del pastelero Madrigal, que fingía ser el rey Don Sebastián, un religioso agustino, llamado fray Miguel de los Santos, homónimo, por tanto, del novicio que estaba allí presente, y con su habitual gracejo dijo á éste:—Cuidado con imitar á vuestro tocayo en la travesura.—Y Lope de Vega, recogiendo la alusión, añadió con picaresca sonrisa, fijando su mirada en doña Isabel:—Ni á vuestro tocayo Miguel de Cervantes en las suyas.

Muchas dificultades ocurrían para aceptar por verdadera esta anécdota, aunque reviste cierto carácter. La escribió, sin embargo, D. Antonio Capmany y Montpalau en la vida de fray Miguel de los Santos, y la han acogido los señores D. Jerónimo Morán y D. Nicolás Díaz Benjumea en sus novísimas biografías de *Cervantes*.

Dificultades saltaban, desde luego, á la vista; mas hoy son ya escollos insuperables, si hemos de dar entero crédito á documentos que han visto la luz pública últimamente, y de los que aparece que doña Isabel de Saavedra, casada en primeras nupcias con don Diego Sanz, de cuyo consorcio tuvo una hija, y después del fallecimiento de aquél con D. Luis Molina, no pudo ser religiosa en tiempo alguno (1). Mal pudieron, por lo tanto, reunirse en el locutorio *Cervantes* y Lope con los religiosos que menciona el

(1) Véase el interesante librito publicado por el eminente cervantista Sr. D. Manuel Foronda, *Cervantes en la Exposición*.

historiador, ni pronunciar el *Fénix de los ingenios* las palabras que se le atribuyen.

III

Pero la vida de *Cervantes* parece destinada á irse completando cada día con nuevas noticias. Más de un siglo después de su muerte, solamente se conocían con certeza los datos que dejó consignados en sus obras señaladamente, en los prólogos de las *Novelas exemplares* y de las *Ocho comedias y ocho entremeses,* en los tercetos de *El viaje del Parnaso* y en la dedicatoria de la *Galatea,* datos que supo aprovechar discretamente D. Gregorio Mayans para construir la primera vida que se formó del ilustre ingenio.

Luego empezaron las investigaciones pertinaces de los eruditos, coronadas con éxitos sucesivos, satisfactorios cada vez más, trayendo D. Vicente de los Ríos á las *Pruebas* con que ilustró su trabajo, documentos nuevos y noticias de obras en que se habla de *Cervantes,* como la *Historia y Topografía de Argel,* del abad de Frómista fray Diego de Haedo; D. Antonio Pellicer aumentó el caudal de los hechos relativos á la vida del escritor ilustre, con el hallazgo de la causa formada en Valladolid por la muerte violenta de D. Gaspar Ezpeleta, y en el trabajo imponderable de D. Martín Fernández Navarrete quedaron aclaradas de una manera completísima las circunstancias del cautiverio en Argel, y muchas de

las comisiones que desempeñó en Andalucía entre los años 1588 á 1600, con los documentos encontrados en el Archivo en Indias.

Parecía que en existencia, ya de sí tan accidentada, no habría de poderse añadir ningún acontecimiento notable y ruidoso. Sin embargo, en un documento publicado por D. Jerónimo Morán, parece que se descubre la causa que obligó á *Cervantes* á salir de España en su primera juventud, si es que á él se refiere la indicada cédula, y en el poder que ante notario otorgó en Sevilla á favor de Fernando de Silva en Febrero de 1588, consta de un modo indudable que fué excomulgado por el Vicario de la ciudad de Écija (1).

Estudiante y camarero de un cardenal, soldado y cautivo, comisionista y poeta, cómico, alcabalero y escritor; excomulgado aquí, preso acá, procesado acullá; perseguido por envidiosos, protegido por muy pocos, censurado por muchos, elevado á la cumbre de la gloria por la posteridad... ¿pueden darse más peripecias reunidas en la vida de un solo hombre?

---

(1) Es circunstancia digna de consignar, que siendo absolutamente ignorada antes del año 1738 la vida de *Cervantes*, hasta el punto de no saberse el lugar de su nacimiento, pueda hoy decirse que no hay ninguna otra de español ilustre cuyos hechos principales se justifiquen con tanto número de documentos. Recientemente han venido á aumentar estos comprobantes, los coleccionados por el estudioso y modesto literato Sr. D. Cristóbal Pérez Pastor, que se elevan á 54, enteramente desconocidos y que esclarecen muchos puntos que hasta ahora son objeto de cuestión entre los cervantistas.

Pues aun restaba algo por saber. Hace muy poco tiempo, un célebre marino de Francia, el almirante Jurien de la Gravière, examinando los archivos de la Municipalidad de Nápoles, para sacar documentos con que enriquecer su obra titulada *La guerra de Chipre y la batalla de Lepanto*, que se imprimió en París en el año 1888, encontró un nuevo y curiosísimo dato para la vida de nuestro *Miguel de Cervantes*.

Conocido es de todos el heroísmo del soldado español en aquel día memorable, en que combatió con tanto denuedo á pesar de encontrarse enfermo con calenturas; y también recordamos con entusiasmo, como él las recordó siempre con noble orgullo, las gloriosas heridas que en el combate recibiera. Desembarcado luego en Mesina, visitado en el hospital de sangre por el hijo del rayo de la guerra, por D. Juan de Austria, generalísimo de las armadas coligadas, que alabó su valor y le concedió ventajas en sus haberes, allí permaneció hasta que sanó completamente de sus heridas.

Más de un año, dice en el *Viaje del Parnaso*, que permaneció en aquella ciudad; pero lo que no sabíamos y ha descubierto Mr. Jurien de la Gravière, eran sus ocupaciones en aquel período de tiempo. En efecto, en las nóminas de pagos del Consejo Real de Nápoles, correspondientes á los meses desde Enero á Junio del año 1572, se encuentra la orden de abono de dos ducados al mes á *Miguel de Cervantes, portatore di mazza* (1).

---

(1) Se insertan copias de varias órdenes de pago en la obra titulada *I Napolitani a Lepanto*, que escribió y publicó Luis Conforti.

Macero del Consejo de Nápoles, fué, pues, también el autor del *Quijote;* aunque puede sospecharse que nunca ejerciera el cargo, sino que fuese el tal asiento para justificar el pago de aquella pequeña suma dada como socorro á los soldados heridos en la batalla naval.

IV

Mas dejemos ya en paz á *Cervantes* y recojamos alguna anécdota poco sabida, demostrativa de la celebridad de *El Ingenioso hidalgo,* en época en que aun no se había desbordado el torrente del cervantismo, ó sea la pasión por la lectura, estudio é interpretación de la obra inmortal.

Sir Arturo Wellesley, duque de Wellington, jefe de las tropas inglesas que auxiliaban á las españolas á rechazar las huestes del gran capitán del siglo, cubierto de laureles y de gloria, hizo su entrada en Sevilla en 11 de Enero de 1813. El entusiasmo meridional se manifestó en toda su exageración para recibir al héroe de Arapiles; cubrieron tropas la carrera desde la puerta de San Fernando hasta las casas de D. Mateo de Ureta, en la calle de la Laguna, donde habían preparado alojamiento al Duque; acompañaron al carruaje toda la carrera con teas, luminarias y músicas; salvas y repiques aumentaban el estrépito producido por el vocerío y las canciones de la multitud, y al llegar no se cansaban de aplaudirle y aclamarle, haciendo se presentara en el balcón repetidas veces.

Quiso el Ayuntamiento consagrar al insigne caudillo un recuerdo de Sevilla, que trajese siempre á su memoria aquellos momentos de entusiasmo, y nada encontró más propio y más español, que enviarle en una magnífica bandeja de plata la espléndida edición de *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, hecha por la Real Academia Española en 1780, lujosamente encuadernada. El duque de Wellington agradeció extraordinariamente el delicado y expresivo obsequio, ofreciendo en sentidas frases á la representación de Sevilla conservar siempre aquel recuerdo de su patriotismo.

Viajaba por España el conocido literato francés Mr. Paul Laffitte, y entre sus apuntes conservaba el del hecho siguiente, que insertó después en un artículo titulado *Cervantes y su Don Quijote.*

«Un día, durante nuestra permanencia en Madrid, estábamos parados ante la estatua de *Cervantes*, en cuyo pedestal hay un relieve que representa á Don Quijote y á Sancho saliendo en busca de aventuras. Acercóse por acaso una familia de gente acomodada, que caminaban muy despacio mirando á un lado y otro, como provincianos ó extranjeros á los que todo llama la atención. Cuando el padre hubo visto el aludido relieve, gritó:—¡Eh!, Juanito, ven acá; ahí tienes á Don Quijote!—Juanito acudió á la llamada, y exclamó palmoteando:—¡Cierto, vean ustedes al caballero, y vean ustedes á su escudero!—Pronto llegaron los demás individuos de la familia; todos reían, todos hablaban á un tiempo. ¿Conocían, por ventu-

ra, el nombre de *Miguel de Cervantes Saavedra*? No podemos asegurarlo; pero conocían á Don Quijote y á Sancho Panza; eran para ellos amigos antiguos que se complacían en volver á ver.

»Tal es, en efecto, el carácter de esta obra excepcional, que en ella se confunden la ficción y la verdad hasta tal punto, que nos interesamos por el caballero andante y por su fiel escudero como si hubieran existido, nos unimos á ellos y los amamos. El niño á quien se relata la historia de los molinos de viento, ó la de la jaula de los leones, cree fácilmente que Don Quijote existió; y quizá encontraremos todavía en algún lugar de la Mancha más de un mozo de cuadra y de criada de mesón que participen de igual creencia. No habrán leído la obra de *Cervantes*; pero han visto muchas estampas, buenas y malas, que representan sus principales escenas. Quizá ningún escritor del mundo ha sido tan popular como lo es *Cervantes*, en el buen sentido de la palabra; ninguno ha tenido en tan alto grado el don de agradar igualmente á los grandes y á los pequeños, al ignorante como al literato.»

V

Nació *Miguel de Cervantes*, el más célebre escritor que ha producido España, en la villa de Alcalá de Henares, y fué bautizado en la iglesia parroquial de

Santa María en 9 de Octubre de 1547 (1). Es conjetura muy verosímil que viera la luz el 29 de Septiembre anterior, recibiendo por eso el nombre de Miguel, santo del día en que había nacido; costumbre muy general en los pueblos de ambas Castillas, que continúa observándose en nuestros tiempos, como se practicaba en los antiguos.—Hay un ejemplo curioso.

Lope de Vega nació en 25 de Noviembre de 1552, día en que la Iglesia celebra á San Lope, obispo, y no fué llevado á recibir las aguas regeneradoras hasta el 6 de Diciembre siguiente, conservándole, sin embargo, el nombre del santo en cuyo día había venido al mundo.

Lo propio debió suceder con *Cervantes;* y sería coincidencia notable y peregrina que los dos mayores ingenios de aquella época, cuya celebridad es tan universal, vivieran el término igual de once días antes de ingresar en el seno de la Iglesia.

VI

En los primeros meses del año 1585, debió ponerse á la venta en Madrid y en Alcalá de Henares el libro

(1) Los que por un espíritu de amor local, con bastante propiedad llamado hoy *de campanario,* se obstinan en sostener que *Cervantes* nació en Alcázar de San Juan, no han fijado la atención en la circunstancia de que en el libro de bautismos de Alcalá de Henares están además de la partida de Miguel, las de sus hermanas Andrea y Luisa, y las de su hermano Rodrigo, hijos todos de los mismos padres, lo que no se encuentra ni puede encontrarse en Alcázar.

titulado *Primera parte de la Galatea dividida en seys libros, compuesta por Miguel de Cervantes.*—La corrección de erratas lleva la fecha de postrero de Febrero, y la *Tassa* la del 13 de Marzo.—En el prólogo á los lectores, y para prevenir objeciones, se advierte *que muchos de los disfrazados pastores lo eran sólo en el hábito.*—El libro se imprimió en Alcalá, por Juan Gracián, y es de la más extremada rareza.

Dos años completos no habían transcurrido, cuando en la misma ciudad, en la propia imprenta, salió á luz la *Primera parte de las Ninfas y Pastores de Henares, dividida en seys libros, compuesta por Bernardo González de Bobadilla.*

Sin hacer alardes de suspicacia, ni extremar la sutileza, y llevado solamente por la perfecta igualdad de ambos títulos, puede cualquier lector sospechar enlace entre una y otra obra, y buscar relación entre ambas novelas pastoriles, creyendo que también la hubo entre sus autores, y aún que quizá la una dió ocasión á la otra, bien por la significación de sus *disfrazados pastores*, bien por las circunstancias embozadas en la narración de aquellas galantes aventuras.

De *Cervantes* no hay que hablar. Han juzgado célebres críticos que la heroína de la *Galatea* es Doña Catalina de Salazar, entonces pretendida, y después mujer del escritor, cuyo nombre, con ligera alteración, es el de la fábula. En los pastores y pastoras se cree están recordados, sin duda alguna, personajes muy conocidos en la república de las letras y en las riberas del Henares.

González de Bobadilla era natural de las islas Canarias; estudió en Salamanca, y, según él mismo asegura, jamás vieron sus ojos las propiedades y términos de la tierra de Alcalá. ¿Qué le movió, pues, á hablar de sus ninfas y pastores? ¿Cuál fué la causa de que pintara riberas que no conocía? Solamente le impulsó á escribir, el haber oído á un su compañero en las aulas salmanticenses, *natural de la famosa Compluto, tantos loores de su río, tan maravillosos cuentos de la tierra y tantas alabanzas de la hermosura de sus damas.* Pero esto no es explicación satisfactoria.

Ahora bien: ese compañero, *de la famosa Compluto* natural, ¿pudiera ser *Miguel de Cervantes*? ¿Podría alegarse esta referencia de González Bobadilla como prueba de los estudios de *Cervantes* en Salamanca donde fueron *compañeros* ambos escritores? ¿Se encontrará en la *Galatea* algún suceso verdadero, más ó menos *disfrazado,* que pudo lastimar al mismo Bobadilla ó á alguna dama ó caballero de su intimidad? Y en este caso, suponiendo que entre los numerosísimos interlocutores que aparecen en las *Ninfas y Pastores de Henares* debe encontrarse *Cervantes,* que dió motivo á la obra, ¿cuál de aquellos puede referirse al autor de la *Galatea*?

Dificilísima, ó por mejor dicho, imposible tarea sería la de querer descifrar hoy alusiones, trescientos años después de escrito el libro, careciendo de una clave, de un indicio siquiera que pudiera guiarnos; pero si en las *Ninfas y Pastores* no se propuso el autor vin-

dicar á algunos ó algunas que se estimasen agraviados ó preteridos en la *Galatea;* si aquella fábula pastoril no se escribió para complemento de ésta, es lo cierto que, por causas desconocidas, la buena amistad de los autores se interrumpió y perturbó años adelante.

En las obras de *Cervantes* encontramos las pruebas, por el desdén y la manera misteriosa con que trata de González Bobadilla en dos ocasiones diferentes.

Ya al terminar el *donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron de la librería de Don Quijote,* y después de haber dejado aparte tan gracioso y disparatado libro como *Las fortunas de amor*, de Antonio de Lofrasso;—«el barbero prosi»guió diciendo: estos que se siguen son el *Pastor de* »*Iberia, Ninfas de Henares* y *Desengaño de celos.* »Pues no hay más que hacer, dijo el cura, sino en»tregarlos al brazo seglar del ama; *y no se me pre»gunte el por qué,* que sería nunca acabar.» Aquí la causa quedó oculta.

Muchos años más tarde, en el *Viaje del Parnaso* (cap. IV), uno de los del número hambriento increpa á *Cervantes* por el poco tino con que había llamado á los poetas á la defensa de Apolo, y llenado á unos de alabanzas, á otros de vituperios.

Has alzado á los cielos la fortuna
De muchos, que en el centro del olvido
Sin ver la luz del sol, ni de la luna
Yacían...

Y luego, sin rodeos ni disimulo, añade:

Fuiste *envidioso*, descuidado y tardo,
y á las *Ninfas de Henares y Pastores*
Como á enemigos les tiraste un dardo;
Y tienes tú poetas *tan peores*
Que éstos en tu rebaño...

No tenemos más datos, pero los recogidos dicen bastante para no dudar de la relación existente entre las dos novelas. A *Cervantes* le acusaban de ser *envidioso* de las *Ninfas* y *Pastores de Henares,* y de tenerlos *como enemigos,* cuando *en su rebaño,* es decir, en su novela pastoril los había mucho peores. ¡Curioso sería que se descubrieran unas y otras alusiones!

VII

Entre los *hijos señalados de Sevilla,* coloca el erudito escritor D. Justino Matute y Gaviria á *Gonzalo Cervantes Saavedra,* celebrado por el autor de la *Galatea* en el *Canto de Caliope.* Con el propósito de conocer la personalidad de este escritor, que llevaba los mismos apellidos que el inmortal Miguel, el docto bibliógrafo D. Cayetano Alberto de la Barrera, en sus *Notas* al canto de Caliope, pasó revista á varios del mismo nombre. Habla de *Fray Gonzalo Cervantes,* que escribió y publicó en Sevilla dos obras en los años 1614 y 1618; recuerda á *Gonzalo Gómez de*

Cervantes, corregidor de Tlascala, que en 1599 dedicó una obra á Eugenio de Salazar, y se fija, por último, en *Gonzalo Saavedra, natural de Córdoba,* que escribió la novela titulada *Los Pastores del Betis*, impresa en Italia en el año 1634, creyendo que á éste puede referirse el elogio de la *Galatea.*

La noticia de que *Gonzalo Cervantes Saavedra* había nacido en las orillas del Betis y de que era militar y poeta, se debe al mismo *Miguel de Cervantes*, y ella debe ser guía segura, que no se pierda de vista al hacer la investigación.

> Ciña el verde laurel, la verde yedra,
> y aun la robusta encina aquella frente
> de Gonzalo Cervantes Saavedra,
> pues la deben ceñir tan justamente;
> por él la ciencia mas de Apolo medra,
> en él Marte nos muestra el brío ardiente
> de su furor con tal razón medido
> que por él es amado y es temido.

Laurel, yedra y encina, tejen la corona que debe ceñir Gonzalo de Cervantes, y para mayor claridad se dice que tenía la ciencia de Apolo y los bríos de Marte. Partiendo de este supuesto, he juzgado poco acertada la conjetura de la Barrera, creyendo que no es posible designara *Cervantes* al ingenio *cordobés* que no llevó su primer apellido, y que probablemente era un niño en 1583 cuando se escribió la *Galatea.* En mi sentir el aludido y ensalzado es

el que luego ocupó el puesto de Corregidor de Tlascala.

Pruebas: El poeta celebrado en el *Canto de Caliope* era sevillano, y no podía, por lo tanto, ser el autor de los *Pastores del Betis*.—La patria, á más de los datos expuestos, la expresa categóricamente Rodrigo Méndez de Silva, cuando al decir que la familia de los *Cervantes* estaba desde muy antiguo establecida en Sevilla, cita á Gonzalo Cervantes, famoso soldado y poeta. Lo confirmó Pellicer, añadiendo que éste y el otro, Fray Gonzalo, ambos fueron sevillanos.

La época del elogio también se relaciona mejor con el Corregidor que con el autor del libro de los *Pastores*. El que en 1583 era ya bastante famoso en armas y en letras para merecer corona de laurel y encina, no era fácil publicase novelas pastoriles cincuenta años después, en 1634; y es mucho más probable que en premio de sus servicios militares fuera nombrado en 1599 corregidor en Nueva España. Más aún: si ya en 1583 era celebrado y merecía las coronas de Apolo y Marte, Gonzalo Cervantes, ¿no tendría siquiera veinticinco años? Luego en 1634 tendría sus setenta y seis; edad que más es para pensar en otra vida que para hacer novillos y escribir novelitas en ésta.

Todo induce á creer que el Gonzalo Cervantes celebrado en el *Canto de Caliope* fué el valeroso soldado que en premio de sus servicios obtuvo el corregimiento de Tlascala, y que por sus dotes y aficiones de

poeta cultivó la amistad del escritor Eugenio Salazar, que por aquel tiempo, en que el primero pasó á Méjico, era oidor en la Audiencia de la capital.

TERCERA SERIE

I

Muchos años han pasado, tal vez una veintena de ellos, que en su carrera se deslizan con desesperante velocidad, desde un día en que muchos amigos aficionados á las letras y más apasionados á *Cervantes* y de las obras de su ingenio prodigioso, hacían cábalas y comentarios con cierta amarga ironía sobre una extraña resolución del célebre escritor Doctor Thebussem, que por entonces acababa de hacerse pública. El estimadísimo autor que con su natural agudeza había hecho creer á más de cuatro en la existencia de aquel Doctor alemán, tan de *Embuste* como su castillo de *Mentir* y su muy completa colección cervantina; que por el largo espacio de ocho años vino dando alimento sabroso á la curiosidad de los literatos con sus *Cartas Droapianas,* recibiendo aplausos de todas partes, anunciaba en alta voz, ó para hablar con más propiedad, en letras gordas, *que se cortaba la coleta*, que abandonaba el culto de *Cervantes* y el estudio del *Quijote.*

Unánimes estuvieron las opiniones en deplorar y

aun censurar aquella retirada. Tan sólo uno de los concurrentes se aventuró á sostener que el Doctor Thebussem no dejaba entonces, ni dejaría en cuantos años el cuerpo le hiciera sombra, de ser cervantista activo, trabajador, entusiasta; y que aquello de *cortarse la coleta* y descuidar á *Cervantes* por la philatelia, por el correo, por la cocina ó por la tauromaquia, tenía tanto de verdad... como otras cosas suyas.

Varias pruebas pudieran ofrecerse que así lo demostrarían á las claras en el tiempo transcurrido; pero he pescado recientemente algunas más graves, que voy á presentar como decisivas, vivitas y coleando.

El excelente artista toledano D. Federico de Latorre, trasladó hace muy poco en una valiente pintura la imagen del gran *Alonso Quijano*, perfecta y detenidamente estudiada; y hubimos de departir por muy larga manera, el pintor y otros amigos, sobre la propiedad con que aquél había representado al personaje, adornando su rostro con largos bigotes.

Terció discretamente el Doctor en la polémica, asegurado que el retrato *le parecía magnífico, superior y admirable;* y añadió que *la carencia de accesorios del cuadro le encantaba, como le encantaba también la supresión de las barbas.* Y como demostración agregaba que el Hidalgo manchego debe representarse *solamente con bigotes,* con arreglo á la clara y categórica descripción del capítulo XIV de la Parte II, en donde el Caballero del Bosque dice: «pe-

»leé con Don Quixote, y le vencí y rendí, y es un »hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y »avellanado de miembros, entrecano, la nariz agui- »leña y algo corva, *de bigotes grandes, negros* y »*caídos*.»

Hubo alguno que se atrevió á replicar, que si bien el texto alegado era fiel y legal, no lo era menos aquel otro del mismo *Cervantes* en donosísimo pasaje del capítulo XXXII, cuando terminada la comida en casa de los Duques «y en levantando los manteles, »llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de »plata, y la otra con un aguamanil, asimismo de pla- »ta, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas »toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los bra- »zos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin »duda eran blancas) una redonda pella de jabón na- »politano. Llegó la de la fuente y con gentil donaire »y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba »de Don Quixote, el cual, sin hablar palabra, admi- »rado de semejante ceremonia, creyendo que debía »ser usanza de aquella tierra en lugar de las manos »lavar *las barbas*, y así tendió la suya todo cuanto »pudo, y al mismo punto comenzó á llover el agua- »manil, y la doncella del jabón le manoseó *las bar- »bas* con mucha priesa, levantando copos de nieve, »que no eran menos blancas las jabonaduras, no sólo »por *las barbas,* mas por todo el rostro y por los ojos »del obediente Caballero, tanto, que se los hicieron »cerrar por fuerza. El Duque y la Duquesa, que de »nada desto eran sabidores, estaban esperando en

»qué había de parar tan extraordinario lavatorio. »La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo »de jabonadura, fingió que se le había acabado el agua, »y mandó á la del aguamanil fuese por ella, que el »señor Don Quixote esperaría. Hízolo así, y quedó »Don Quixote con la más extraña figura y más para »hacer reir que se pudiera imaginar. Mirábanle to- »dos los que presentes estaban, que eran muchos, y »como le veían con media vara de cuello más que »medianamente moreno, los ojos cerrados y *las bar- »bas llenas de jabón*, fué gran maravilla y mucha »discreción poder disimular la risa.»

Contradicción tan evidente y trascendental era capaz de producir un cisma, si un tercero no hubiera acudido á poner paz con el antiguo adagio jurídico: *distingue témpora et concordabis jura.* Es decir, que el Bachiller Sansón Carrasco pintaba á Don Quijote tal cual le había visto y tratado en su casa, durante los meses de su forzosa inacción, limpio, aseado, afeitándose con frecuencia y dejando crecer únicamente *los bigotes grandes, negros y caídos.*

Al llegar al castillo de los Duques, después de un mes ó más de correr sus aventuras, caminando al sol, durmiendo al raso, comiendo mal los más de los días, corriendo por montes y valles, no debía llevar muy en un punto el cuidado de su persona; *las barbas* habrían crecido, acompañando irregularmente á *los grandes bigotes* que sacara de su aldea, y estuvo en su lugar la jabonadura, procediendo *Cervantes,* como siempre, cual fiel y escrupuloso cronista.

II

¡Cervantes for ever!

En confirmación del persistente cervantismo del Doctor Thebussem, puede leerse en el número de *La Ilustración Española* y *Americana,* correspondiente al 8 de Septiembre de este mismo año, un artículo suyo sobre *El Colofón*, en el cual adviértese «que la primera edición del *Quijote* ofrece las menu»das particularidades siguientes:

»No lleva colofón:

»Ni aprobación:

»En la portada llama al señor *Ingenioso Hidalgo*, »y en la tabla *valeroso caballero:*

»Y, por último, pone *finis,* cosa creo que no vista »en libros castellanos. El tal *finis* no debe ser hijo »de los impresores, y sí del autor, que al terminar su »obra escribía en latín ó italiano

»Hoc scripserunt:

»In laudem Dulcineæ... y

»Forsi altro... Y entiendo que se le corrió la plu»ma, é inconscientemente puso *finis* en vez de *fin.*»

El que con tanto amor y sutileza estudia los menores detalles de la edición príncipe de *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, ¿podrá decir con razón que no ha sido, es y será siempre entusiasta cervantista?

Una sola observación al discretísimo artículo.

Esos reparos encontrados en la edición príncipe, son igualmente aplicables á las otras dos que imprimió el propio Juan de la Cuesta en 1605 y en 1608.

III

Son tantas y tan originales las reminiscencias que en obras muy celebradas se encuentran de los escritos de *Cervantes,* que nunca se acabará de recogerlas. Viene muy á cuento la opinión del docto literato francés Mr. Emile Chasles, que juzga el breve *Prefacio* que puso Moliére á su comedia *Las Preciosas ridículas,* como abreviación francesa del *Prólogo* escrito por *Cervantes* al frente de la Primera Parte del Quijote (1). ¡Moliére inspirado por *Cervantes!*

«*Cervantes* respondió alegremente á sus detracto»res—escribe Chasles—que admiraba su pedantismo, »sus libros atiborrados de citas, sus prontuarios; los »elogios que se prodigaban en griego, su erudición, »sus comentarios, sus notas marginales, su cualidad »de Doctores; pero que él era perezoso por naturale»za y no iría á buscar en los autores lo que él podía »expresar sin ellos; y, por último, que para decir una »tontería lo mismo puede decirse en español que en »latín.»

«Moliére había leído estas burlas cuando escribió »su Prefacio.»

---

(1) *Michel de Cervantes, sa vie, son temps.*—Par Emile Chasles —Paris.—Didier.—1866, pág. 27.

Nótase, en efecto, cierta analogía en el tono general y muy particular, en ciertos conceptos, como cuando escribe *Cervantes*: «También ha de carecer »mi libro de sonetos al principio, á lo menos de so- »netos cuyos autores sean Duques, Marqueses, Con- »des, Obispos, damas ó poetas celebérrimos; aunque »si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé »que me los darían, y tales, que no les igualasen los »de aquellos que tienen más nombre en nuestra Es- »paña.»

A semejanza dice Moliére: «J'aurais parlé aussi »à mes amis, qui pour la recomandation de ma piece, »ne m'auraient pas refusé ou des vers français ou des »vers latins. J'en ai meme qui m'auraient loué en »grec; et on n'ignore pas qu'une louange en grec est »d'une merveilleuse efficace a la tête d'un livre.»

IV

Tiene gracia la anécdota quijotesca que refiere Don Julio Enciso en las *Memorias* del celebrado tenor Julián Gayarre (1).

«El libro favorito de Julián Gayarre—dice—era »el *Quijote*. Tan entusiasta se hizo de él, que era »muy raro el día en que no sacase á relucir, en el »curso de sus conversaciones, alguna de las famosas »aventuras del andante caballero ó alguna de las fra- »ses del socarrón Sancho. Mediaba la circunstancia,

(1) *Memorias de Julián Gayarre*.—Madrid.—1891.

»además, de ser el primer libro que había leído en »su vida, y por cierto que lo adquirió de bien extra»ño modo.

»Siendo oficial de herrero en Pamplona, tuvo que »ir á una casa á hacer el arreglo ó compostura de »algunas cerrajas. (Contaría entonces el que luego »fué tenor eminente y celebrado en toda Europa, de »diez y seis á diez y ocho años.) En una de las ha»bitaciones había en el suelo un montón de libros »cubiertos de polvo y arrinconados como cosa »vieja.

»Gayarre, que siempre tuvo gran afición á la lec»tura, cogió uno de ellos y bonitamente se lo guardó »bajo la blusa. Cuando volvió á su casa se encontró »con que el tal libro era la vida del ingenioso hidalgo *Don Quijote de la Mancha*.

»Aquel fué, decimos, el primer libro que leyó, y »tanta gracia le hizo y tan grabado se le quedó en la »memoria, que jamás pudo olvidarlo.

»Verdad es—contaba—que como no tenía otro y »tanto me divertía, lo leí más de treinta veces.»

V

Uno de los puntos que con mayor atención y cuidado han estudiado los biógrafos de *Cervantes*, es el de sus relaciones con Lope de Vega, en diferentes épocas de su vida, investigando minuciosamente para ello, y como los indicios más vehementes, las menciones que en sus respectivas obras dejaron con-

signadas el uno del otro cada cual de aquellos grandes ingenios.

Por parte de *Miguel de Cervantes* es fácil la labor. Sus obras son muy conocidas, y en todas ellas, desde el *Canto de Caliope*, en *La Galatea*, hasta el *Prólogo de la Segunda Parte del Quijote*, el elogio es franco, espontáneo, natural, sin reticencia alguna.

No puede decirse lo mismo por parte de Lope de Vega. Recorriendo el historiador de nuestra literatura Mr. W. Ticknor el inmenso cúmulo de sus obras, solamente encontró cinco ocasiones en que se hace mención de *Miguel de Cervantes;* pero tienen carácter tan diferente, tan variado esas citaciones hechas por el *Fénix de los ingenios*, que merecen se llame nuevamente la atención sobre ellas, haciendo notar sus circunstancias.

Es de advertir, que además de las cinco menciones recogidas por Mr. Ticknor, hay otros varios lugares en que Lope nombra á *Cervantes*, y todas voy á referirlas; siendo más de interés la advertencia, cuanto que la primera que he de citar no ha sido utilizada hasta ahora por los cervantistas, aunque se encuentra en una notable comedia de Lope y es de las más francas y expresivas alabanzas.

1.ª—En *La Viuda Valenciana*, comedia que ya tenía escrita Lope de Vega, cuando en el año 1604 dió á la estampa en Sevilla el libro que tituló *El Peregrino en su patria*, en la escena XV del acto

primero, el galán *Otón*, para acercarse á *Leonarda*, se finge vendedor de libros; y al escucharle, dice:

Leonarda. ¿Sois librero ó sois galán?
Otón. Aqueste es *La Galatea*
Que si buen libro desea
No tiene más que pedir.
Fué su autor *Miguel Cervantes*
Que allá en la naval perdió
Una mano...

2.ª—*El Premio del bien hablar*. También es bastante expresivo, y de comedia antigua, pues ésta figuró en la segunda lista de *El Peregrino*, en su adición de 1618.

Acto primero.—Escena X.

Don Juan. ¿No es Leonarda discreta? ¿No es hermosa?
Martín. ¿Cómo discreta? Cicerón, CERVANTES,
Ni Juan de Mena, ni otro después ni antes
No fueron tan discretos ni entendidos.

3.ª—*La Dorotea*.—Acción en prosa.—1632.—Dos veces recuerda en ella Lope á *Cervantes*. Y como es sabido, y el mismo Lope lo dice, aunque impresa en aquel año era obra de su juventud, y al publicarse la *corrigió de la lozanía* con que había nacido.

Acto segundo.—Escena II.

Dorotea. ¿Qué mejor riqueza para una mujer que verse eternizada? Porque la hermosura se acaba y

nadie que la mira sin ella cree que la tuvo, y los versos de su alabanza son eternos testigos que viven con su nombre. *La Diana* de Montemayor fué una dama natural de Valencia de Don Juan, junto á León, y Esla su río y ella serán eternos por su pluma. Así la *Filida* de Montalvo, la *Galatea de* CERVANTES, la *Camila* de Garcilaso, la *Violante* de *Camoes*.....

4.ª—*La Dorotea.*—Acto cuarto.—Escena II.

César. Graves poetas son los de esta edad; pero más querrán ellos imprimir sus obras que ilustrar las ajenas. Diego de Mendoza, Vicente Espinel... *Miguel de Cervantes,* el Jurado Rufo... Don Alonso de Ercilla.

Ludovico. ¿Qué han impreso hasta ahora?

César. Austriadas, Araucanas, *Galateas*...

5.ª—*La Arcadia.*—1599.

Libro Quinto.—Visitando el Palacio de las ciencias y las artes, descorren una cortina, y en el salón ven colocados *para tiempos futuros* los retratos de famosos poetas y entre ellos *Miguel de Cervantes.*

6.ª—Carta de Lope, fecha en Toledo, 14 de Agosto 1604, dirigida á un médico cuyo nombre no se sabe.

Forma singular contraste con los elogios antes copiados. Las relaciones habían cambiado de carácter, y tal variación se advierte la vez primera que se menciona el *Quijote.*

«De poetas no digo: buen siglo es este. Muchos »están en zierne para el año que viene; pero *ningu-* »*no hay tan malo como Zervantes, ni tan nezio que* »*alabe* á Don Quijote...

»No más por no imitar á Garcilaso en aquella »figura correctiones cuando dijo:

A sátira me voy mi paso á paso:

»cosa para mí más odiosa que mis librillos á Almen- »darez y *mis comedias á Zervantes.*»

7.ª—Carta de Lope al Duque de Sessa, fecha en Madrid á 2 de Marzo de 1612.

«Las Academias están furiosas: en la pasada se »tiraron los bonetes dos lizenziados: yo leí unos ver- »sos con unos antojos de ZERVANTES que parecían »huevos estrellados mal hechos.»

8.ª—*La Filomena.*—1621.

Pág. 59.—Las fortunas de Diana.—Novela.

A la señora Marcia Leonarda.

«Fueron en esto los Españoles ingeniosísimos... »También hay libros de Novelas, dellas traducidas »de italianos y dellas propias, en que no le faltó gra- »cia y estilo á MIGUEL DE CERVANTES.»

Siempre ha llamado la atención el tono de vanidad protectora en que está escrito este mezquino elogio. La superioridad de las *Novelas ejemplares* sobre las que compuso Lope, fué tan reconocida desde luego, que tal vez ella sería la causa de otros desahogos de éste.

9.ª—*La dama boba.*—Acto tercero.—Escena II.

Octavio. Ayer sus librillos ví,
Papeles y escritos varios;
Pensé que devocionarios,
Y desta suerte leí:
Historia de dos amantes,
Sacada de lengua griega;
Rimas de Lope de Vega,
Galatea de Cervantes.

. . . . . .

con mucho disgusto
Los de Nise considero.
Temo, y en razón lo fundo
Si en esto da, que ha de haber
Un *Don Quijote muger*
Que dé que reir al mundo.

10.ª—*Laurel de Apolo.*—1630.—Silva octava.

—En la batalla, donde el rayo Austrino
Hijo inmortal del Aguila famosa
Ganó las hojas del laurel divino
Al rey del Asia en la campaña undosa,
La fortuna envidiosa
Hirió la mano de *Miguel Cervantes,*
Pero su ingenio en versos de diamantes
Los del plomo volvió, con tanta gloria
Que por dulces, sonoros y elegantes
Dieron eternidad á su memoria;

Porque se diga que una mano herida
Pudo dar á su dueño eterna vida.

Este elogio tan hiperbólico cuanto mal fundado, dirigido á los versos, llama la atención, cuando el *Quijote* corría por el mundo hacía veinte años con aplauso, y contaba ya catorce ediciones en España y otras tantas en el extranjero, y no lo recuerda Lope ni remotamente. Verdad, que ninguna de sus obras había alcanzado entonces ni de lejos tal número de ediciones.

11.ª—*El desprecio agradecido.*—Acto primero.—Escena I.

Sancho. ¿Y á mí por si no me duermo,
Que me dáis?
Inés. A *Don Quijote*
Porque vos y vuestro dueño
Imitáis sus aventuras.
D. Bernardo. Dice verdad.
Sancho. Y aún sospecho
Que habemos de ser más locos
Si Dios no nos guarda el seso.

12.ª—*El desprecio agradecido.*—Acto primero.—Escena VI.

Leonarda. Después que das en leer,
Inés, en el Romancero,
Lo que á aquel pobre escudero
Te podría suceder.

Inés. *Don Quijote de la Mancha,*
Perdone Dios á *Cervantes,*
Fué de los extravagantes
Que la corónica ensancha.

Estas referencias, que quizá no serán las únicas que puedan encontrarse, demuestran que Lope de Vega tenía muy presente á *Miguel de Cervantes* y recordaba siempre y no con mucha satisfacción sus obras, como si vislumbrase en ellas una gloria igual ó superior á la suya; y pueden servir de guía de buen origen para apreciar sin error el estado de las relaciones de los dos grandes ingenios en diferentes épocas de su vida.

Recuerdos de Cervantes

EL COMPÁS DE SEVILLA

I

ATURAL de Sevilla creyeron á *Miguel de Cervantes Saavedra* muchos de sus contemporáneos. Por sevillano le tuvieron también el célebre analista Ortíz de Zúñiga y el diligentísimo Don Nicolás Antonio; y nada tiene de extraño ese error si se recuerda el largo tiempo que en Sevilla vivió el autor de *El Ingenioso hidalgo*, el amor con que siempre habló de esta ciudad que era «amparo de pobres y refugio de desechados, en cuya grandeza no sólo cabían los pequeños, pero no se echaban de ver los grandes.»

Sabemos hoy que no vió la luz en este suelo. Pero no por eso dejamos de admirar en sus obras el cua-

dro más completo de las costumbres andaluzas al terminar el siglo XVI.

El fondo está trazado de mano maestra: las figuras se mueven y se agitan ante nuestros ojos como si realmente las viéramos, escuchando de sus labios las ideas y el lenguaje que á cada uno corresponde. Desde los esportilleros y gente ociosa, que jugaban *á presa y á pinta*, *en pie en las barbacanas* (1), hasta el padre jesuíta que con amor se atraía el cariño de los jóvenes al tiempo mismo que los instruía; «que »los reñía con suavidad, los castigaba con misericor»dia, los animaba con ejemplos, los incitaba con »premios y los sobrellevaba con cordura» (2); desde el Sr. Arzobispo que gustaba de leer historias amenas para distraer las calurosas siestas del verano (3) hasta los pícaros graduados en todos los sitios célebres de España, sin excluir el *Potro* de Córdoba ni la *almadraba* de Zahara, ¡qué galería de figuras tan variadas y tan exactas! ¡Qué bien conocía *Cervantes* las costumbres de los rufianes y gentes de mal vivir! ¡Cómo había penetrado en sus aposentos y en los teatros de sus hazañas!

Ora pintaba sus personajes dándoles por fondo la plaza del Salvador con sus adyacentes de las Carnicerías (hoy Mendizábal) y del Pan (4); ora trazaba

---

(1) *La ilustre fregona.*

(2) *Coloquio de los perros.*

(3) *La Española Inglesa.*

(4) *Rinconete y Cortadillo.*—En estas plazas y en las calles contiguas estaba entonces establecido el abasto de la población, no

los perfiles en el matadero, ó en las casas de camas, donde acudían á dormir, y no solos, los muchos forasteros que en Sevilla posaban (1); ora, en fin, movía á sus personajes *desde la Puerta de Jerez hasta los marmolillos del colegio de Maese Rodrigo, que hay más de cien pasos* (2).

Todo lo notaba, todo lo observaba y de todo hacía oportuno uso; lamentándose en la ocasión de cuan descuidada justicia había en aquella famosa ciudad

---

existiendo una plaza á donde pudieran concurrir todos los vendedores.

Dos siglos han transcurrido y todavía conservan sus nombres las plazas citadas, y las calles de la *Caza*, de *Herbolarios* y otras, y aun la posada *de la Fruta* en la calle de Lineros.

(1) *Coloquio de los perros.*

(2) *Idem, idem.*—Ni la puerta de Jerez ni los antiguos marmolillos existen ya. El ornato público ha exigido que desaparezcan ambas antiguallas, y la piqueta niveladora cayó sobre ellas, sin acordarse para nada de *Miguel de Cervantes*. Pocas, muy pocas personas se apercibieron en Sevilla de aquella destrucción; pero la notó al regresar á ella un ilustre y sabio extranjero, el Sr. D. Antonio de Latour, y le consagró una sentida poesía, en la que, recordando más nuestra buena amistad que mis merecimientos, exclamaba:

Que faisait Asensio, lorsque de *Cervantes*
Un barbare brisa cette relique chére?
Qui faisait, dans sa tour, Fernan le solitaire? (*)

Es la única vez que el nombre del que estos renglones escribe se ha atrevido á entrar en verso sin romper la armonía. Pero son versos franceses y el nombre convertido en agudo, por la índole de la lengua, se hace algo más eufónico. Por lo demás, tal milagro se debe al talento del poeta.

(*) *A mes amis de tous Pays.*—París, 1867, pág. 15.

de Sevilla (1), y cuanto trabajaban las autoridades celosas del bien público para corregir los abusos (2). Y todo pasa ante nuestra vista con tal viveza y animación retratado, que ocupa el lugar de la verdad misma. Más aprendemos de la vida íntima de los ciudadanos de Sevilla con la lectura de una novela de *Cervantes*, que con la de todo el libro de los preciosos *Anales* de Don Diego Ortiz de Zúñiga. ¡Poder inmenso del genio! Un solo rasgo, dos palabras bastan para describir por entero un lugar famoso, para presentar de relieve y con carácter la más difícil ó insignificante figura.

II

Cervantes conocía al dedillo la ciudad de Sevilla, y no descuidaba de dar á cada sitio su carácter, su calificación propia. Sabía que el Rey tenía tres cosas por conquistar, la calle de la Caza, la Costanilla y el Matadero (3): sabía que no se puede reducir á número la gente que concurría al común regocijo desde la Puerta de Jerez al campo de Tablada en el día de san Sebastián, si le hace claro (4): conocía el gran corral

---

(1) *Rinconete y Cortadillo.*

(2) *Coloquio de los perros.*—El Doctor Juan de Salinas, florido ingenio sevillano de quien tendremos ocasión de hablar á otro propósito, satirizó en un valiente diálogo la indolencia del Asistente conde de la Puebla, en cuyo tiempo aumentaron mucho los ladrones en Sevilla.

(3) *Coloquio de los perros.*

(4) *La Española Inglesa.*

de los Olmos do está la jacarandina (1), le admiraba la grandeza y suntuosidad de la Iglesia Mayor, el gran concurso de gente que acudía al río en tiempo de cargazón de flota (2); y, por último, no se escapaban á su observación la feria de todos los jueves del año, ni el mal baratillo que se hace fuera de la puerta del Arenal (3). Consignada dejó también en *El Ingenioso hidalgo* su opinión de que Sevilla era «lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada esquina se ofrecen más que en otro alguno» (4).

Pero había entonces en la ciudad un sitio muy señalado donde los hechos escandalosos se sucedían con harta frecuencia y que hirió vivamente la imaginación del gran escritor. Cuatro veces á lo menos, hace mención en sus obras del *Compás famoso,* donde se reunían pícaros y gente de mal vivir. Allí había buscado aventuras el ventero socarrón que armó caballero al Hidalgo Manchego (5). ¡Brava pieza debe ser también aquel

. . . . . Barrabás,
Andaluz, mozo de mulas,
Canónigo del Compás,

á quien sacó á bailar Carriazo en la Posada del Sevillano!

---

(1) *El rufián dichoso.*—Jor. 1.ª
(2) *Rinconete y Cortadillo.*
(3) *Idem idem.*
(4) *Don Quijote.*—Parte 1.ª, cap. XIV.
(5) *Idem,* cap. III.

Era el *Compás* la entrada á la mancebía, el ingreso de la casa llana y venta común, mesón del Infierno donde estaban los bagajes del ejército de Satanás, según decía el pobre Tomás Rodaja.

Sitio tan famoso y del cual tan apenas resta memoria, bien merece que le dediquemos algunos renglones, siquiera por el lugar que ocupa en los recuerdos de *Cervantes*.

Estuvo situada la mancebía de Sevilla en un punto que entonces era extremo de la ciudad, adosada al muro antiguo que corría desde la puerta vieja de Triana á la del Arenal, y separada de la ciudad por una tapia que tenía una sola puerta en el sitio que se llamó luego arquillo de Atocha. El espacio que se extendía delante de la puerta de la casa pública era llamada el *Compás*, nombre que ha conservado hasta hace muy pocos años. Tenía, además, un postigo en la muralla para comunicar al campo, pero se ignora su situación. El *Compás* era muy extenso, pues no existían por aquel lado habitaciones á causa de la gran laguna de aguas y lodazales que, por estar muy baja toda esa parte de la ciudad, se conservaban casi todo el año (1). Desde la muralla al río no había edi-

(1) Esta laguna que hasta hoy da nombre á la calle que ocupó, así como la que existió en la Alameda de Hércules, provenían de la desigualdad de aquellos terrenos, por los que en tiempos muy remotos corría un brazo del Guadalquivir, al decir de los anticuarios. Rodrigo Caro lo describe así: «Es cosa casi evidente, que dividido el río en dos partes, el mayor brazo de su corriente entraba por donde ahora están hechos los grandes reparos y terrap'enos de la Almenilla de Septentrión de la ciudad, porque allí viene derecha la antigua

ficio alguno; el terreno que ahora ocupan los arrabales de la Cestería y Carretería, era un extendido campo, lleno en su mayor parte de eneas y juncos, que iba declinando hacia el río y que servía de abrigo y refugio á gentes de mala vida y desertores de cárceles y galeras; bosque de difícil exploración, mencionado con triste celebridad en antiguas memorias y acuerdos capitulares de Sevilla pertenecientes al siglo XVI.

Desde estos lodazales, desde ese bosque penetraban los pícaros en la mancebía, por un trozo de la cerca que estaba arruinado, y maltrataban á las mujeres, y las robaban, hasta que la ciudad dispuso en 1592 la recomposición de la muralla.

Dentro del recinto cercado en que moraban las mujeres y que era llamado *El Compás*, había muchas casillas miserables, propiedad ¡cosa rara! de Iglesias, de Conventos, de Capellanías, de Hospitales y de sujetos particulares (1). Eran algunas también fabrica-

---

madre del río, y bate con toda su furia (como detenido violentamente y contra su natural curso) que á lo que parece, entraba derecho por allí, é iba por la Alameda y calle del Puerco hasta el barrio del Duque; y de allí por la calle de las Sierpes, hasta la plaza de San Francisco, y puerta del Arenal ó por allí cerca, donde se juntaba con el otro brazo más occidental, dejando toda aquella parte, que hoy es Ciudad, hecha Isla. Esto se manifiesta más, porque en muchas partes, abriendo zanjas en lo muy profundo, hallan arena lavada, que es señal de la antigua corriente del río. (*Antigüedades y Principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla, folio* 26.)

(1) La mancebía de la ciudad Medina-Sidonia, por ejemplo, era propiedad del Duque del expresado título. Durante la segunda mitad del siglo XV y en todo el XVI, se subastaba su arriendo por las justicias

das por la Corporación Municipal, y de todas ellas sacaban los propietarios pingüe renta alquilándolas á las mujeres que llaman *del partido* (1). Aquel lugar tenía sus reglamentos especiales. Desde Don Alonso XI, cuando menos, hay *Ordenanzas* para su régimen interior, las cuales fueron incluídas en las de Sevilla que aprobaron los Reyes Católicos en Toledo á 17 de Junio de 1502, y luego se reformaron al comenzar el siglo XVII. Por ellas sabemos que aquel lugar estaba á cargo de unos hombres llamados *Padres de la Mancebía*, que debían tener título y nombramiento del Cabildo, y habían de prestar juramento de guardar las ordenanzas. Prohibido les estaba alquilar ropa y prestar dinero sobre sus cuerpos á las mujeres públicas, bajo pena de perder lo prestado y mil ducados de multa por la vez primera, y doble pena y destierro por cuatro años en la segunda. Sabemos también, que las mujeres necesitaban licencia de la ciudad, y reconocimiento del cirujano para ser admitidas en la Casa llana; que habían de llevar

---

á la par de las dehesas, tierras de pan, almotacenazgo, almoxarifazgo y demás propiedades y derechos exclusivos del Señorío del mencionado pueblo.

Martín Sánchez Nieto, soldado de la hueste del Duque de Medina-Sidonia y lisiado en la conquista de Granada, recibió en 1493 el arriendo de la mancebía en muy bajo precio, como remuneración de sus servicios militares.

(1) Entre las más señaladas costumbres, estaba la de que cada mujer había de poner una tablilla con su nombre sobre la puerta de la casa, donde habitaba, sin duda para evitar equivocaciones á los hombres.

cierto distintivo en el traje (1), y que había días y horas en que no les era permitido usar de su torpe oficio.

La prohibición de que hubiese tabernas y casas de comidas dentro del recinto de la mancebía hizo que los alrededores se llenasen de tiendas y figones (2), que fueron el paradero de toda la gente perdida, rufianes, murcios, bravos y avispones que allí se cita-

---

(1) Los ordenamientos antiguos de D. Alfonso XI, mandaban que las rameras no pudieran salir por la ciudad sin llevar una *toca azafranada* por la cabeza y así se vino practicando largos años. Pero luego ¡capricho de la moda y mayor capricho de las mujeres honradas! dieron éstas en usar para mejor parecer aquella toca que era por la ley padrón de ignominia y señal de la mujer pública. La moda hizo fortuna; todas andaban iguales y confundidas; la ley consignó aquella confusión y tuvo que acudir á otro distintivo. En las *ordenanzas de Sevilla,* confirmadas, como hemos dicho, por los Reyes Católicos en 1502, se dispuso «que las mujeres mundarias trayan un prendedero de oropel en la cabeza encima de las tocas en manera que parezca porque sean conocidas.» Pero todavía la ley quedó burlada; las honradas dueñas siguieron, según parece, el uso de la gente vitanda, tal vez porque ésta parecía bien á los hombres con aquellos adornos que por distintivos se les ponían y en las nuevas ordenanzas de las mancebías de Sevilla, se mandó que de allí adelante cuando anduvieren por la ciudad hubieran de traer mantos negros doblados con que se cubriesen.

Los aficionados á estos estudios hallarán curiosas noticias en la notabilísima obra de Pierre Dufour, *Histoire de la prostitution, chez tous les peuples du monde, etc.*—París, 1851.

(2) Restos de tan originales costumbres los muchos puestos de pescado frito, tabernas y casas de camas que todavía se conservan en las calles de Tintores y Atocha, y en las afueras de la que fué puerta del Arenal. En este último punto había establecido su tienda Inés García, ramera de la mancebía, que pasó á las Arrepentidas y la casaron con un mancebo, y para ayudarse puso un puesto de frutas en frente de la Puerta del Arenal en la parte de fuera junto al muro; según un Memorial de la misma que existe en el Archivo Municipal.

ban para tratar sus asuntos y esperar á las mujeres que salían de las casillas al *Compás*.

El sitio no podía ser más célebre ni estar mejor habitado. Los sucesos escandalosos debían tener allí su natural asiento.

III

Durante los años de la residencia de *Cervantes* en Sevilla, *el Compás* y la mancebía fueron teatro de ruidosas escenas que debió presenciar el escritor. Por eso nos movemos á indicarlas.

Corría el año de 1592. Más de cinco llevaba de residencia en Sevilla el Príncipe de los Ingenios, habitando en las collaciones de la Santa Iglesia y de San Isidoro aunque se ignora en que casas (1), y debía conocer ya bien las costumbres de la ciudad, cuando por la parte derribada del muro de la mancebía entraron varias noches algunos hombres de mal vivir apaleando á las mujeres, llevándoles lo que podían y robando hasta las puertas, rejas y materiales de las casillas que estaban desalquiladas, próximas á aquel derribo y que eran propiedad del Municipio.

En queja de estos excesos acudió el padre de la mancebía á la Corporación (2).

---

(1) Véanse la *Vida de Cervantes*, escrita por D. Jerónimo Morán.—Madrid.—Imprenta Nacional:—1863.—Y los *Nuevos Documentos para ilustrar la Vida de Cervantes*, publicados por el autor de este artículo.—Sevilla.—Geofrin:—1864.

(2) Reproducimos íntegro el Memorial que es curioso y se encuentra en el tomo 2.° de las Escribanías de Cabildo del siglo XVI, marcado con

Pasemos al año de 1595. Estaba mandado en las Ordenanzas que las mujeres de la casa pública, no pudieran usar de sus cuerpos en días y horas determinadas (1), y que los sacerdotes y monjes que con piadoso anhelo quisieran predicarles para apartarlas de su mal vivir, no pudieran hacerlo sino en el tiempo en que aquellas mujeres no podían recibir visitas de hombres. Sucedía alguna vez que movidos de su celo religioso acudían los predicadores y otros congregados en los días y á las horas del trabajo, y saliendo de sus casas las meretrices con los hombres

---

el núm. 63.—Dice así:—«Sevilla 21 del mes de Mayo de mil quinientos é noventa é un años.—Diego Felipe padre de la casa pública é Mancebía desta ciudad: digo: que V. S. mandó dar comisión al Sr. Veintecuatro Juan Antonio del Alcázar para que mandara cerrar el portillo de la cerca que está caída por la banda de la Laguna, y aunque han pasado más de tres meses después que se cayó y se le dió la dicha comisión no se ha cerrado, de donde se han seguido muchos daños, ansi de malos tratamientos que se han hecho y hacen por el dicho portillo á las mugeres por hombres de mala vida, como de destruicion de las casas de la ciudad que están junto al dicho portillo que todas están robadas las puertas y arruinadas paredes y tejados y demás de aquesto por el dicho portillo se hecha mucha inmundicia dentro de la dicha Mancebía que todo podrá ser causa de males y enfermedades.—Pido y suplico á V. S. pues este reparo es de tanta importancia, mande que luego se cierre el dicho portillo y se repare la demás cerca que está á punto de sé caer sobre otras casas que también son de la ciudad.»

(1) Minucioso es en esto el capítulo XV de las ordenanzas de la casa pública. Manda que las mujeres no usen de su torpe oficio en las nueve fiestas de Nuestra Señora, ni en los primeros días de las Pascuas, ni el día de Corpus ni el de la Trinidad, ni desde el día de la Magdalena hasta la Pascua de Resurrección; y en los domingos y demás fiestas de todo el año no habían de ganar hasta después del medio día, en cuyo tiempo había de estar cerrada la puerta y postigo, pena de dos mil maravedís al padre que mandase abrir contraviniendo á la Ordenanza.

que las acompañaban, tenían lugar escenas poco edificantes, en las cuales si respetaban al sacerdote, solían no salir bien librados los cofrades legos. Tal ocurrió en el citado año, y algo grave fué el escándalo cuando el Presbítero Agustín de Figueroa acudió también en queja al Cabildo, pidiendo se alzase el muro hundido por donde se entraba la gente (1).

Para conocer el teatro de los sucesos y los personajes que ordinariamente tomaban parte en ellos, creemos basta con lo apuntado.

Cervantes conocía muy bien aquel apartado lugar; su observación había comprendido lo que era y siempre que puede lo señala á la descuidada justicia de la gran Sevilla.

IV

Había llegado, sin embargo, el tiempo de que el foco de corrupción se extinguiera. Dos personajes ilustres, el uno por su posición, el otro por su talento é influencia, le dieron rudos ataques antes de que por el gobierno se preceptuara su extinción.

Don Aloso Fajardo, obispo de Esquilache, se propuso lanzar del *Compás* á las mujeres públicas y de sus alrededores á la gente perdida que las acompañaba, pues ya los sitios cercanos á la Laguna

(1) El Memorial se encuentra en el Archivo Municipal, siglo XVIII, sección especial 1.ª, tomo 7.º, número 20.

iban mejorando algún tanto con la proximidad de las nuevas casas del Cabildo secular, donde se reunía el Ayuntamiento desde 1556, y era oportuno trasladar aquel *comercio* á lugar más apartado y recóndito.

Al efecto, presentó instancia en 1575, cuyo original hemos visto (1), en la que pedía el Cabildo el área que ocupaba la mancebía, para fundar con sus propios recursos un convento de Agustinos bajo la advocación de las santas Justa y Rufina.

La Comisión Capitular y el Asistente accedieron, y se propuso indemnizar á los dueños de las fincas de la mancebía y que ésta se trasladase al muro de la puerta Real. Pero el Cabildo de Jurados opuso varias razones al pensamiento, y aun cuando se atendió á lo pedido por el señor Obispo, no por eso perdió su sitio la mancebía, pues la fundación se hizo á la parte de fuera de la muralla alzándose al fin el suntuoso convento del Pópulo, hoy cárcel nacional.

Esta primera tentativa no tuvo el resultado de trasladar la casa pública. En el año 1615, la combatió con mejor éxito el celebrado poeta sevillano Dr. Juan de Salinas. Incansable en promover cuantas mejoras estaban á su alcance en la ciudad que le vió nacer, y más incansable en buscar recursos para mejorar la suerte de los pobres enfermos que acudían al hospital de San Cosme y San Damián (vulgo de las Bubas) de que fué administrador desde 1601 hasta su

(1) Archivo Municipal, Escribanías siglo XVI, tomo II, núm 1.º

muerte ocurrida en 1643, acudió al Cabildo con una petición, de la que se dió cuenta en 10 de Junio de 1615 (1). Exponía las necesidades del hospital en ropas, agua y reparos «*y buscando arbitrios,* decía, *para remediarlas ha hallado unos sitios en la Laguna llenos de muladares que se pueden vender para labrar casas.*» Por voto unánime se dijo: «que no »tiene ningún inconveniente el Cabildo en lo que se »pide; antes, será de mucho provecho para el adorno »y policía de la ciudad y conservación de la salud de »los vecinos de aquel barrio.» Sabía el Dr. Salinas por demás, que la diligencia es madre de la buena ventura, y negoció tan activamente en Madrid, que en 10 de Julio se expidió la Real cédula, mandando al Asistente y Cabildo y Ayuntamiento de Sevilla, hicieran: «*traer al pregón los solares que quedan en la Laguna.*»

Con las nuevas edificaciones recibió la mancebía golpe mortal. El sitio cambió de aspecto, la población se aumentó en aquel extremo de la ciudad, *el Compás* fué quedando en abandono, y hubiera concluído indudablemente la mancebía por la fuerza de las circunstancias; pero el Rey se anticipó. Por pragmática de 10 de Febrero de 1623 (2), prohibió Felipe IV las mancebías y casas públicas en todo el Reino.

---

(1) Debo esta noticia, como otras de las insertas en este artículo, al Sr. D. Antonio Fernando García, excelente amigo, y docto como pocos en la antigüedad de Sevilla.

(2) Ley 7.ª, tít. 26, lib. XII.—Novísima Recopilación.

V

Tal es en abreviado compendio la historia del aquel *Compás famoso* que tantas veces recordó *Cervantes* en sus escritos.

De allí fué *padre*, ó alcaide, que así define el vocablo del mismo escritor, por los años de 1534, aquel Carrascosa que introduce en la comedia titulada *El Rufián dichoso* y que da cuenta de su persona, diciendo:

> Soy de los Carrascosas de Antequera (1)
> y tengo oficio honrado en la República;
> y há-se-me de tratar de otra manera.
> . . . . . .
> Si á un personaje como yo, se lleva
> de aqueste modo, que harán á un mal hombre?

Esta es la vez primera que *Cervantes* se ocupó de la casa llana de Sevilla. Y la colocamos en primer lugar, porque estimamos *El Rufián dichoso* como una de las más antiguas cosas que escribió el inmortal autor, sobre una tradición que debió recoger en Sevilla á su llegada.—La Jornada primera de esta comedia es pariente muy cercana de *Rinconete y Cortadillo,* y en mi sentir, ambas producciones de-

(1) De la dicha ciudad era también *Doña Molinera*, la que calzó la espuela á D. Quijote cuando se armó caballero.

bieron escribirse en una misma época. Así define *Cervantes* en ella la mancebía.

Tello.—Decidme, de qué orden es.
Ant...—De los de la *Casa llana.*
Es *Alcayde,* con perdón,
señor, de la mancebía
á quien llaman *padre* hoy día
las de nuestra profesión.
Su tenencia es *casa llana*
porque se allanan en ella
cuantas viven dentro della.
Tello.—Bien el nombre se profana
en esso de Alcayde y padre,
nombres honrados y buenos.

Como las comedias de *Cervantes* apenas son leídas hoy, pocos deben conocer el gran cuadro de costumbres que describe esa Jornada.

Nunca olvidaba *Cervantes* aquellos lugares que dejamos descritos. En el capítulo 3.° de su obra inmortal *Don Quijote* se fija en la idea de ser armado caballero con todo el ritual de la Edad media; trabaja en ello y se acalora su fantasía, y postrado de hinojos ante el ventero, castellano de aquel castillo donde moraba, le pide la gracia de que le dé la pezcozada. «El ventero (que como está dicho, advierte »*Cervantes*, era un poco socarrón...) le dijo... que él »ansí mesmo en los años de su mocedad se habia »dado á aquel honroso exercicio, andando por diver-

»sas partes del mundo buscando sus aventuras, sin »que hubiese dexado los Percheles de Málaga, Islas »de Riaran, *Compás de Sevilla*, Azoguejo de Sego- »via, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, »playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y ventillas de »Toledo... dándose á conocer por quantas Audien- »cias y tribunales hay casi en toda España.»

A un *canónigo del Compás*, andaluz y mozo de mulas, hace Carriazo bailar con la hermosa Argüello, *moza una vez no más*, en aquella animada reunión de la posada del Sevillano.—¡Buenas costumbres debía tener el que por su continua permanencia en el *Compás*, mereció ser llamado *canónigo* de semejante templo! ¡Expresión felicísima y gráfica, maliciosa y picaresca que sólo á un *Cervantes* ó á un *Quevedo* pudo ocurrirse!

Última mención, y no menos digna de estudio que las anteriores, es la que encontrará el curioso en el capítulo V del *Viaje del Parnaso*.

Como yo entiendo, contra la opinión de algunos amigos, cervantistas insignes, que ese poemita, imitación del que escribió César Caporali, es de índole esencialmente satírica, en todas sus partes me parece encontrar el rasgo epigramático envuelto ora en la hiperbólica é inmerecida alabanza, ó ya en los epítetos al parecer vulgares, inocentes ó confusos, que á las veces acompañan á los nombres de los poetas allí citados.

Para mí el *Viaje del Parnaso*, donde tan libre campea el ingenio de *Cervantes*, donde tantas noti-

cias curiosas se contienen, es muy digno de profundo examen, tanto más profundo, cuanto que, como he dicho, por todos lados asoma su dardo sutil la más amarga ironía.

Esto podrán negarlo los que juran que nunca voló la cervantina pluma por la región satírica; pero ni los más puristas negarán que es cáustico, satírico hasta el último extremo el lance referido en el capítulo V del *Viaje*. Allí Neptuno hace volcar la nave que conducía los *poetas memos,* y da con ellos en el mar amenazando anegarlos. Venus Acidalia, movida á compasión, quiere salvarlos, y vista la enemiga del Dios del húmido tridente, no encuentra medio mejor que convertirlos en *calabaẓas* y en *hinchados odres* y valientes; sopla Boreas y lleva

. . . . . á la piara gruñidora
En calabazas y odres convertida
A los Reynos contrarios del aurora.

Con ellas y por ellas se hace notar España, y tanto que luego sucede á *Cervantes* una extraña fantasía. Oigámosle:

Después desta mudanza que hizo el cielo
. . . . . .

No veo calabaza luenga ó corta,
Que no imagine que es *algún poeta*
Que allí se estrecha, encubre, encoge, acorta.

¿Pues qué cuando veo un cuero? ¡O mal discreta
Y vana fantasía, así engañada,
Que á tanta liviandad estás sujeta!

Pienso que el piezgo de la boca atada
Es *la faz de un poeta,* transformado
En aquella figura mal hinchada.

¿Podrá mostrársenos escrita en castellano caricatura más completa y significativa? ¿Imaginaron el Bosco, Goya mismo, nada tan intencionado y ridículo? Si esto no es sátira, deseamos se nos diga qué nombre puede dársele.

Pero viniendo á nuestro propósito, cuando en mayor embarazo se encuentra la canalla poética bregando entre las olas, y procurando ganar la amada orilla, exclama *Cervantes:*

Y sé yo bien, que la fatal cuadrilla
Antes que allí, holgara de hallarse
En el *Compás famoso de Sevilla.*

El rasgo no es nada benigno. Aquellos poetas, más bien que escalando el Parnaso, apetecerían estar entre las mujeres de la *Casa llana.*

Como el *Viaje del Parnaso* se escribió en 1614, la alusión demuestra que *Cervantes* nunca olvidó las escenas que en el *Compás* había presenciado, y antojósele convidarlo con fama universal y eterna. Y si en la región meridional de España, y á corta distan-

cia de la metrópoli andaluza, los edificios y lápidas de Castilleja y de la Rábida nos recuerdan el valor de Cortés y la ciencia de Colón, el famoso

COMPÁS DE SEVILLA,

borrado ya del suelo de la ciudad, pero vivo, potente y galano de los escritos del *Soldado de Lepanto*, nos muestra el estado del vicio, que sin máscara ni disfraz se ostentaba repugnante en las edades pasadas, y el talento del *Gran Escritor* enderezando su poderosa sátira contra males y abusos que conocía, pero que no estaba en su mano el extirpar.

¿ESTUDIÓ CERVANTES

EN SALAMANCA?

En el año 1819, D. Martín Fernández de Navarrete dió publicidad en su *Vida de Cervantes* á la noticia que le comunicó D. Tomás González, catedrático de retórica que fué de Salamanca, relativa á haber visto entre los apuntamientos de sus antiguas matrículas el asiento de *Miguel de Cervantes* para el curso de Filosofía, durante dos años consecutivos, con expresión de que vivía en la calle de Moros (pág. 272).

Desde entonces hasta hoy, gran número de cervantistas y de literatos españoles y extranjeros han examinado los libros y apuntes de la Universidad salmantina, sin haber podido encontrar rastro de

semejantes matrículas; y salió á luz en el año 1849 una reseña histórica de la misma escrita por los señores D. Manuel Dávila, D. Salustiano Ruiz y don Santiago D. Madrazo, catedráticos de aquella escuela y muy amantes de sus glorias, en la cual insertaron un extenso catálogo de españoles ilustres que en ella hicieron sus estudios, sin que aparezca entre los mismos el nombre de *Cervantes*. La noticia, por tanto, no goza de gran crédito. Para mí es mucho menos que incierta: la tengo por inexacta.

Pero si queremos aceptarla por un momento y buscar en la vida del escritor *un claro* dónde podamos colocar esos dos cursos de Filosofía, ciertamente, no hemos de ir á los años 1581 á 1583, como pretende la distinguida poetisa señora doña Blanca de los Ríos. Tal fecha es, á mi parecer, inadmisible á todas luces.

Nacido en 1547, contaba *Cervantes* treinta y cinco años en el de 1582; había corrido varia y desgraciada fortuna siendo soldado y cautivo, y, después de arrostrar gravísimos peligros, volvía á su patria estropeado de una mano, cubierto de heridas y falto de recursos.

No parece natural que en tales condiciones le ocurriera el pensamiento de ir á matricularse en la Universidad de Salamanca, lejos de su familia, para emprender una carrera á la que no le llamaban ya sus circunstancias. Años antes, en 1575, cuando desde Italia regresaba á España, traía expresivas recomendaciones, no menos que de Don Juan de Austria

y del Duque de Sessa, para que el Rey le concediera el mando de una compañía. Al cabo de cinco años de soportar las penalidades de la durísima suerte del esclavo en Argel, que con tan admirables rasgos dejó escritas en varias de sus obras, á los treinta y cinco de edad, y con sus gloriosas cicatrices, no es posible figurarse que fuera á abrazar la alegre vida del estudiante, y á alternar en Salamanca con aquella juventud bulliciosa, más amiga *del baldeo y rodancho que de Bartulo y Baldo.*

Todos los datos conocidos concurren á indicar que á su regreso á España pensó *Cervantes,* desde luego, en mejorar su fortuna, y se dedicó á las comisiones y negocios en que después se le encuentra ocupado, y que llenaron muchos años de su existencia.

Vienen directamente á confirmar esta creencia las cartas dirigidas al Secretario Mateo Vázquez de Leca por el Licdo. Santoyo de Molina en el mes de Abril de 1584, en que, informándole sobre las propuestas de varios sujetos para puestos vacantes, menciona á *Cervantes* y dice:—*El Cervantes es muy benemérito, y sirvió ya en el partido de Montanchez muy bien* (1); por donde se comprende que en tiempo anterior ya se había ocupado *Cervantes* en comisiones del Consejo.

Igual significación puede darse á la carta de pago otorgada el 30 de Diciembre de 1585 á favor de la

(1) *Cervantes en Valladolid, ó sea descripción de un MS. inédito portugués,* por D. Pascual de Gayangos.—Madrid, F. Fernández, 1884.

casa banca Baltasar Gómez del Águila y Compañía, pues en ella aparece que *Cervantes* había entregado en Sevilla, en los primeros días del mismo mes, á los comerciantes Diego de Alburquerque y Miguel Angel Sambias ciento ochenta y siete mil maravedís, recogiendo libranza para hacerlos efectivos en Madrid, según consta por el documento original publicado por el docto presbítero D. Cristóbal Pérez Pastor (1); debiendo suponerse que aquella cantidad fuese producto de negociaciones más antiguas, y muy probable, como dice el mismo colector, «que »esta carta de pago sea el último documento de al»guna comisión que para Sevilla se confiara á *Cer»vantes.*»

Si abandonando esa conjetura se desea buscar *un claro* en la vida del escritor inmortal donde puedan tener cabida esos dudosos años de Filosofía cursados en Salamanca, lógico y natural sería fijarse entre los de 1559 y 1569, cuando *Cervantes* tenía entre doce y veintidós años de edad, período el más apropiado para cursar las aulas, para cultivar la inteligencia, adquiriendo conocimientos con más facilidad que en otras épocas de la vida; que entonces la atención se detiene con mayor fuerza en el estudio, se fija más que cuando se ha entrado de lleno en los azares de la existencia y la distraen otros cuidados, los negocios y las pasiones.

---

(1) *Documentos cervantinos.*—Madrid, Fortanet, 1897. Doc. núm. 26.

Y no sería obstáculo para tal inducción el que el maestro Juan López de Hoyos, en libro publicado en el año 1568, llamara á *Miguel de Cervantes mi caro y amado discípulo* al insertar algunas de sus primeras poesías. Esa frase no significa de modo alguno que la presencia de *Cervantes* fuera actual en el estudio del maestro en aquella época, según quiere interpretarse. No podemos figurarnos á un joven de inteligencia superior, de comprensión pronta, estudiando los rudimentos de la gramática á los veintiún años; siendo bastante que en otros anteriores hubiera recibido sus lecciones para que con afecto de maestro le recordase como *discípulo;* y de tal pudo calificarle en todo tiempo, aunque ambos hubieran alcanzado largos años de vida, pues siempre pensarían con satisfacción en aquellos días de la juventud, y el maestro López de Hoyos en el honor de haber contribuído á la educación del célebre escritor.

Para terminar, no puede ponerse en olvido la circunstancia de que *Cervantes* había nacido y se había criado en Alcalá de Henares, donde se encontraba una Universidad también famosa, fundación del gran Cardenal Cisneros, pues ella hace más improbable que en ningún tiempo fuera á cursar Filosofía en Salamanca.

DOCUMENTO

PARA ILUSTRAR LA

BIOGRAFÍA DE CERVANTES

Han salvado de la destrucción los actuales encargados de la custodia del Archivo municipal de Sevilla (1) un curiosísimo expediente, en que declaró como testigo, en 2 de Mayo del año de 1600, *Miguel de Cervantes Saavedra.*

El 18 de Marzo del dicho año, Agustín de Cetina, pagador de las provisiones para las galeras de España, presentó instancia al Ayuntamiento pidiendo se le incluyera en el padrón de los vecinos de la ciudad,

(1) Éranlo á la sazón D. Luis Escudero y Perosso, actual archivero, y D. Felipe Pérez González.

y acompañó interrogatorio, por el cual debían ser examinados los testigos de que intentaba valerse, con el fin de acreditar reunía las condiciones necesarias para que se accediese á su petición.

El primer testigo examinado lo fué Luis de Castro, cuya declaración comienza así: *En la ciudad de Sevilla á 2 días del mes de mayo de* 1600 *años...*

Después de esta declaración, se encuentra la siguiente:

«E luego in cotiᵉ el dho dia mes é año el dho agustin de Zetina para este negº presento por tº á Miguel de Cerbantes vecino desta cibdad en la Collacion de San Niculás del que fué tomado y recebido juramento por Dios en forma de drº y prometió decir verdad y siendo pregᵈº por las preguntas del interogº dixo lo siguiente:

1. A la primerª pregunª dixo que conoce á las partes litigantes y al dho agustin de Zetina desde que vino á esta Cibdad á esta parte que podrá aber doze aˢ y que tiene noticia deste negᵛ y esto respᵉ . . .

Fué pregᵈº por las prgˢ gs de la ley dixo que es de edad de mas de quarenta... y que no es pariente de ningª de las partes ny le tocan las demás gˢ de la ley que le fueron fhas . . . . . .

2. A la segunda pregª dixo que sabe lo conthenido en la pregunta segun y como en ella se contiene; lo que sabe, este tº por la entera noticia que... y por que... el dho tpo atenido este tº con el dho agustin de Zetina muchas qüentas y le ha tratado y co-

munica... y de hordi° el dho tpo y le ha visto bibir... en esta cibdad... todo el dicho tienpo con casa poblada á parte y de por si con... muger gente y familia.... en la coll^a... san Pedro y... sto sabe y resp^e á la preg^a. . . . . .

3. A la 3.ª preg^a dixo que lo que... dho es la verdad y publico y notorio cargo del dho juramento que Resc... y lo firma de su n^e...

MIGUEL DE CERBANTES.

(Tiene su rúbrica.)

Mateo de V...
escriu°»

Agustín de Cetina era, hacía muchos años, pagador de provisiones. En sus libros de pagaduría, que se guardan en el archivo de Simancas, consta que *Cervantes* cobró ya el salario de ciento doce días en el año de 1587, por comisión que desempeñaba en Sevilla, de donde se deduce que se trasladó á esta ciudad en el verano de aquel año, cuando menos.

En Marzo, Abril y Mayo de 1600 vivía *Cervantes* en Sevilla, y era vecino de la ciudad en la collación de S. Nicolás.

Este dato incontestable viene á favorecer la opinión de que el *Quijote* empezó á escribirse en Sevilla. Tradición antigua había en esta ciudad de que en los primeros años del siglo XVII tenía *Cervantes* por costumbre pasear por bajo de los portales de la Plaza de San Francisco en actitud meditabunda, y

que de tiempo en tiempo se detenía dando grandes risotadas.—Los que han sostenido la tradición de la prisión en Argamasilla, y que en la cueva de la casa llamada de Medrano se escribió el libro inmortal, tienen que partir de la hipótesis sentada por Don Martín Fernández Navarrete, que dice: «*Desde fines de 1598 nos han faltado documentos para saber los sucesos de Cervantes en los cuatro años inmediatos, y en ellos pudieron tal vez tener lugar las ocurrencias de la Mancha...*» &c. El Sr. D. Jerónimo Morán dice: «que de Sevilla *desapareció Cervantes á principios del año 1599, desde cuya fecha viene á quedar su historia sumergida en las mayores tinieblas...*» &c.

Bajo este concepto, es de la mayor importancia la declaración que hoy publicamos. Demuestra que en el mes Mayo de 1600 vivía *Cervantes* en Sevilla; más aún: que era vecino de la ciudad, y quita más de un año al tiempo en que hipotéticamente se suponían ocurridos los sucesos de la Mancha.

Si estos son ciertos, debieron suceder en algunos de los años en que *Cervantes* estuvo avecindado en Sevilla. A su paso para Madrid, ó yendo exprofeso á la Mancha con especiales comisiones, conoció á Don Rodrigo Pacheco y á los demás personajes que le sirvieron de tipo para caracterizar los suyos, y de vuelta á su domicilio, *sin querer acordarse del nombre de aquel lugar de la Mancha,* donde tal vez no le dispensaron benévola acogida, empezó á bosquejar su inmortal epopeya, y casi puede decirse con evidencia

que lo haría en la forzada inacción á que se vió condenado, detenido en la Cárcel Real de Sevilla, en el año de 1597, como lo sostiene con su vasta erudición y elevadas razones mi amigo el señor D. Aureliano Fernández Guerra, cuyo solo nombre basta para dar peso á esta opinión.

Diciembre, 1874.

Un Cervantista Portugués

DEL SIGLO XVIII

QUEMADO POR EL SANTO OFICIO DE LA INQUISICIÓN

PARTE PRIMERA

I

Con grandísima concurrencia de público de todas las clases sociales, y con extraordinaria animación, se representaba en el teatro *do Bairro alto* de Lisboa, en la tarde del día 14 de Octubre del año 1733, una comedia titulada *Vida do grande Don Quixote é do gordo Sancho Panza.*

La *platea*, que hoy llamamos patio, no podía contener el inmenso número de espectadores que en ella se apiñaban; los *aposentos* estaban llenos de damas y señores de la primera nobleza de la corte; y hasta en los llamados *camarotes dos frades* se notaban, á través de las espesas celosías que los disimulaban, las

venerables cabezas de los más graves, caracterizados y reverendos padres de todas las órdenes religiosas, sin exceptuar á los señores inquisidores, que muy de propósito y en gran número concurrían siempre á las primeras representaciones, y llenaban el aposento que á ellos estaba reservado.

Importa á los lectores españoles conocer los pormenores de aquella fiesta escénica, porque la obra era tributo de admiración al mayor ingenio de España, al desventurado é inmortal autor de *El Ingenioso hidalgo;* y también porque la vida del desdichado poeta de aquella obra dramática es verdaderamente interesante, y además casi desconocida en nuestra historia literaria.

Representaba una compañía que había recibido lecciones y ejemplo del célebre español Antonio Rodríguez, que de Madrid pasó á Lisboa, donde colmado de aplausos vió correr los últimos años de su dilatada existencia, dejando muchos y buenos discípulos.

La comedia estaba discretamente escrita en lo general, graciosa y ligeramente dialogada, y sostenía el interés de los espectadores, tanto por la variedad incesante de las escenas, que conservaban mucha de la gracia del original, como por los chistes de que estaba salpicada la obra, y que, sin ser áticos ni mucho menos, llenaban las medidas del gusto del auditorio, acostumbrado á obras muy escasas de mérito y de gracia.

En los bancos primeros, cercanos al proscenio, se

veía á casi todos los poetas portugueses de aquel tiempo; medianos algunos, malos, detestables en su mayor número, que acudían á escuchar la nueva producción dramática de un rival favorecido, con disposiciones de ánimo poco benévolas en verdad.

Los aplausos despertaron la emulación de aquellos escritores; el entusiasmo del público la convirtió en envidia; un suceso, puramente casual, vino á trocar aquellas malas pasiones en abierta enemistad y malquerencia.

Después de una escena originalísima, en la que Don Quijote imagina que los encantadores que le persiguen han mudado á su Dulcinea, transformándola en la figura de Sancho Panza, y que fué calurosamente aplaudida, apesar de su equívoca moralidad y subido color (1), *Caliope,* descendiendo de una

---

(1) Imposible parece que el célebre Bocage formase tan alta idea de esta escena, que hasta le causara extrañeza no se le hubiera ocurrido á *Cervantes.*

«Yendo una vez á visitarlo, durante su última enfermedad (dice »José M.ª de Costa y Silva en su *Diccionario Bibliográfico*), lo en»contré echado de bruces sobre la cama, con un libro en la mano y »riendo como un bobo.—¿Qué libro es ese, le pregunté, que así pro»voca tu hilaridad?—Son las óperas del judío, me contestó, y hallé »aquí en la *Vida de Don Quixote* una idea tan bufa, tan extravagan»te, que me admiro de que se le escapara á *Cervantes.* Y después de »nuevas carcajadas leyó lo siguiente:» (La escena que dejamos indicada en el texto, que es la XVIII de la ópera.) «Concluída la lectura, »muchas veces interrumpida por la risa, prosiguió Bocage: — Vamos, »¿qué te parece? ¿No es éste un remedio del original muy gracioso y »muy propio? ¿Y el judío no supo sacar de él un gran partido produ»ciendo una escena muy cómica? ¡Oh! Esta idea debió ocurrírsele á »*Miguel de Cervantes.*»

nube, arrebató en ella á Don Quijote y á Sancho para llevarlos en socorro del Númen Délfico. Se mudó el teatro en el Monte-Parnaso, y apareció el Dios Apolo rodeado de un enjambre de malos poetas, con los que reñía porfiada batalla. Allí fué Troya.

. . . . . .

—Esperad, bastardos hijos, exclamaba Apolo, que presto vendrá quien sepa vengarme de vuestras injurias.

—Ya no te reconocemos por Dios de la poesía, señor Apolo, gritaban á su vez los poetillas memos; pues cualquiera de nosotros es un Apolo, y cada idea nuestra una nueva Musa.

Apolo.—¿Así os atrevéis á profanar el decoro que se debe á mis apolíneos rayos?

Poetas.—Toquemos á embestir el Parnaso. (*Caen de una nube Don Quijote, Sancho y Caliope.)*

Apolo.—En hora buena vengas, valiente Don Quijote, que sólo tu espada puede asegurarme en el trono y conservar mis laureles. Ven, ven á vengarme de estos poetastros, que sin más armas que su presunción, quieren, no tan sólo emular mi plectro, sino despojarme del Parnaso; y como son las armas y las letras tan fidelísimas compañeras, quiero valerme de tus armas para restauración de mi ciencia; y como esta violencia que se me hace no desdice de las empresas de tus caballerías, te ruego y llamo para que me acorras.

Don Quijote.—Señor Apolo, yo tomo sobre mí su desagravio, y ya desde ahora puede sentarse

tranquilo en su trono, que nadie será osado á tocarle.

Sancho.—Señor Don Quijote, yo cuido que estoy soñando. Que entre Vm. en el Parnaso no es extraño, porque es algo loco y locos aquí vienen; pero que yo siendo un ignorante esté también á su lado, es lo que me admira; y de ello vengo á concluir que no hay bolonio que no se cuele hoy día en el Parnaso.

Don Quijote.—Y dígame por su vida, señor Apolo, ¿cómo se llaman esos poetas que de tal manera os persiguen?

Apolo.—Pues esa es la desgracia, amigo Don Quijote, que los poetas que me afligen no son de nombre, y con todo cada uno se cree que tiene más que yo mismo.

Don Quijote.—Decidme, poetas de aguachirle; decidme, ranas que graznáis en el charco de Catalina; decidme, cisnes contrahechos, que os zambullís en el lodo de Hipocrene, ¿con qué méritos contáis para competir con el Dios de la Poesía...?

. . . . . .

Ya desde el principio de la escena los aplausos intencionados se habían repetido con mucha frecuencia, y más de un chusco dirigía sus miradas á los bancos ocupados por los poetas; pero al llegar á este punto, al apostrofar Don Quijote á los *poetas de aguachirle*, los aplausos fueron generales, las risas continuas, y todos se volvían á mirar á los escritorzuelos, que sufrieron avergonzados una rechifla estrepitosa.

La ira que aquellos poetastros no podían entonces desahogar sobrë el público maligno, descargó sobre el inocente autor de la comedia.

—¡Es un bufón!—decían.

—Es un judío, y obra como tal;—añadían otros.

—Bien se descubre el rabo de sus malas creencias al través de sus intencionados chistes...

—Y después de todo, esto no es más que una mala copia de un célebre escritor español;—decía un tercero en voz alta y campanuda para que llegase á los oídos de la multitud, que se apiñaba á las puertas de la botillería durante el entreacto.

Bajaban de sus *aposentos* los señores inquisidores, y un escritor mal intencionado, llamado Lobo Correa, se atrevió á decir:

—En efecto, asoma el rabo del judío en muchos lugares de la comedia; y es que se va olvidando el autor de que existen en Portugal vigilantes centinelas de la fe, que ya en otra ocasión le obligaron á la abjuración *de levi,* por haberse burlado de doctrinas sustentadas por autores católicos!!

No lo dijo á sordos. Al día siguiente estaban sobre la mesa del Calificador del Santo Oficio todos los escritos del poeta dramático autor de la comedia *Do Grande Don Quixote é do gordo Sancho Panza*, y se comenzaba una información secreta de su vida y costumbres, que andando el tiempo produjo funestos resultados.

Veamos lo que averiguó la Inquisición.

II

Antonio José de Silva, que en aquella sazón ejercía ya con crédito la profesión de abogado en la ciudad de Lisboa, era hijo de otro notable jurisconsulto, Juan Méndez de Silva, y de su legítima esposa Lorenza Coutinho.

Había nacido en Río Janeiro en el año 1705, y allí corrieron tranquilos los primeros años de su existencia, dando singulares muestras de felicísimo ingenio y disposiciones nada comunes para todo género de estudios.

Trasladada á Lisboa la familia, ya en el año 1726, era Antonio José bachiller en leyes por la Universidad de Coimbra, donde en la temprana edad de veinte años había llamado la atención por su claro entendimiento, su aplicación extraordinaria, y más que nada por su carácter franco, alegre, jovial y decidor, que le había granjeado muchos y buenos amigos. Estas mismas condiciones de carácter le trajeron muy luego un grave disgusto.

Ejerciendo la abogacía con asiduidad al lado de su padre, iba adquiriendo buen concepto como jurisconsulto entre los más principales señores de la nobleza, y graves y doctos magistrados; al paso que por sus aficiones literarias y la oportunidad de sus composiciones poéticas, era recibido con especial agrado en todas las reuniones de la capital.

Entre los nobles que con mayor amistad le distin-

guían y más se gozaban en su ameno trato, figuraba el cuarto Conde de Ericeira, don Francisco Javier de Meneses. Refiere uno de los más apasionados biógrafos de Silva *(Camilo de Castello-branco)*, que entrando éste un día en la biblioteca del Conde, que era una de las más escogidas y preciosas de Lisboa, encontró en ella á un cierto Bartolomé Lobo Correa, literato de escasa valía, y antipático además por las condiciones especiales de su carácter. Entre los libros del Conde tropezó Silva con uno, titulado *Centinela contra judíos, puesta en la torre de la Iglesia de Dios* (1), traducida del español al portugués por el padre del Lobo Correa; y tomándolo en las manos se propuso mortificar á aquél, haciendo reir á su costa al P. Luis Alvarez y á Francisco Javier Oliveira, que se hallaban presentes, sacando á plaza algunas de las muchas necedades que el libro contenía.

El mentado biógrafo del poeta describe con sin igual donaire, con gran fuerza cómica, la escena de la biblioteca, origen de todas las desgracias de aquél. Oigámosle.

---

(1) Este libro, publicado por vez primera en 1674, tuvo cuando menos la fortuna de ser doce veces impreso hasta el de 1736, fecha de la edición que tenemos presente, hecha en Madrid por Pedro Josef Alonso y Padilla. Se titula: *Centinela contra judíos puesta en la torre de la Iglesia de Dios con el trabajo, caudal y desvelo del P. Fr. Francisco de Torrejoncillo, Predicador jubilado de la Santa Provincia de San Gabriel, de Descalzos de la Regular Observancia de nuestro Seráphico Padre San Francisco.*

Salvá cita una edición de Barcelona, 1731, y otra de Pamplona, 1671.

—¡Oh, Francisco Javier,—dijo Antonio José de Silva,—ya encontré un libro que es alhaja, traducido aquí por el padre del Sr. Bartolomé!» *¡Centínela contra judíos...!*

—¡Oh! ¡Oh...!—exclamó riendo el P. Luis Alvarez;—esa es una obra que hace cosquillas en los piés á cuantos la lean.

—¿Y por qué razón...?—preguntó algo avispado y sospechoso el hijo del difunto traductor.

—¿Por qué?,—repuso el Padre;—porque es obra llena de sandeces, inmoralmente puerca y torpe.

. . . . . .

Silva abrió el libro al acaso, leyó en voz baja algunos renglones, y dijo:

—Díganme vuesas mercedes si la inmortalidad no les parece mezquina y pequeña recompensa para un libro donde se leen estas cosas; ¡atención!:—«*Si los hombres pusieron cuidado en señalar á los judíos para que fuesen conocidos por sus traiciones, no menos cuidó Dios de señalarlos, para confusión suya y castigo de lo que merecieron sus antepasados. En algunos no son muy patentes las señales que por su maldad pone en ellos la naturaleza; pero en otros se ven claras y evidentes sin que pueda su cuidado celarlas y ocultarlas á las gentes. Digo, pues, que hay muchos señalados por la mano de Dios después que crucificaron á su Divina Majestad; unos...*»—¡Fíjense en esto! —exclamó Antonio José, interrumpiendo la lectura. —¡Fíjense en esto para aumento de la Historia Na-

tural, y en honra del Lobo muerto y del Lobo vivo! —Y prosiguió leyendo:

«*Unos tienen unas colillas ó rabillos que le salen en su cuerpo de el remate del espinazo; otros echan y derraman sangre...*» (1).

—¡Alto ahí!—interrumpió el P. Alvarez.—Hay señoras en la habitación inmediata: el que quiera leer el resto de esa inmundicia hágalo en secreto...

—Yo lo he leído ya,—dijo Oliveira, llevándose la mano á la nariz,—y eso exhala vapores de cloaca.

—Y según esto,—repuso Silva,—¿está vuesa merced persuadido, Sr. Lobo, de que algunos judíos tienen rabos que les nacen del remate del espinazo?

—Lo estoy; sí, señor.

—¿Y vióIo tal vez con sus propios ojos, tan vivos y penetrantes? Ahora veo yo también que no es mentiroso el refrán que dice que los sabios meten la nariz en todo. ¡Cuánta investigación por lugares tan poco frecuentados ha hecho su nariz de usted, sabio Don Bartolomé! . . . . . .

. . . . . .

—¿Qué libro lee nuestro moderno Gil Vicente?—dijo entrando el Conde de Ericeira.—¡Ah!... *Centinela contra judíos*... Ese es un libro notable, que prueba el adelanto de la Historia Natural en España. Habla ahí de unos rabinos...

---

(1) En la edición española se encuentra este pasaje á la página 168.—En la traducción de Lobo Correa, edición de 1684, está en la pág. 171.

—Con eso nos entreteníamos,—añadió el Prior de San Jorge.

—¿Y vieron—repuso el Conde—el por qué tienen rabo los israelitas? La explicación está dos hojas adelante.

—Aquí está,—dijo Silva. Y leyó:

«*Los judíos de las colillas ó rabillos en el fin del espinazo son descendientes por línea recta de aquellos que eran maestros entre ellos, á quien llamaban Rabíes, y acá llamamos Rabinos; éstos se sentaban á juzgar, y hoy se sientan á enseñar su ley, como maestros y jueces; y para pena suya, y que no puedan estar sentados sin trabajo y penalidad, les sale aquel rabillo en las asentaderas.*»

Me parece que el Sr. Bartolomé está con mala sombra...—dijo el Conde.—Pero observe nuestro amigo que su padre no incurre en nuestra crítica. A un traductor solamente se le exige fidelidad en la versión...

—Mi padre, Sr. Conde,—dijo Bartolomé,—no pide disculpa por haber hecho un servicio á la Religión. *Á los judíos* fué á los que no hizo favor, traduciendo este religioso libro, de que estos señores se están zumbando.

Y al proferir Bartolomé las palabras *á los judíos*, clavó los ojos con marcada intención en Antonio José de Silva.

. . . . . .

Quince días después, el 6 de Agosto de 1726, fué detenido el poeta por los familiares del Santo Oficio, y encerrado en las cárceles de la Inquisición.

Como el Prior de San Jorge fué reducido á prisión en el mismo día, conocieron bien todos los amigos de ambos de dónde procedía la denuncia. El Conde de Ericeira, Juan Méndez de Silva, el anciano contador Diego Barros y otras muchas personas de cuenta comenzaron inmediatamente á influir con los inquisidores en favor del calumniado joven, haciendo llegar á sus oídos la causa del rencor de Lobo Correa.

Mucho sirvieron al acusado las informaciones de tan poderosos amigos, y las muestras de simpatía y afecto de que era objeto Silva en todas partes pusieron muy en su favor á los inquisidores.

Mas por desgracia, la madre del poeta, Lorenza Coutinho, era de raza judía; se sospechaba que pudiera mantener en su familia recuerdos de la antigua creencia; y aunque nada se justificó que indicase falta de ortodoxia, ni de prácticas contrarias al cristianismo en la casa de aquélla, creyeron de necesidad los señores del tribunal de la Fe depurar el hecho, y sometieron á cuestión de tormento al procesado, que conservó para todo el resto de su vida las señales del tornillo en sus desfigurados pulgares.

Fué absuelto el desventurado Silva; abjuró *de levi,* y con expresiva recomendación de los inquisidores para que se dedicara al estudio de la doctrina cristiana, volvió triste y meditabundo al seno de su atribulada familia.

Recobrando poco á poco la salud y la tranquilidad de ánimo, se dedicó el escritor á sus negocios del foro, guardando la más rigurosa observancia de las

prácticas religiosas, y sin que su conducta ofreciera nada digno de censura, hasta la época en que el Calificador del Santo Oficio recogió estos informes secretos.

La denuncia de Lobo Correa no tuvo por entonces otros resultados; pero por ella Antonio José de Silva fué sometido á tormento, y el P. Luis Alvarez, prior de San Jorge, salió desterrado de Lisboa.

En los libros de la Inquisición quedó Silva apuntado desde entonces como sospechoso de judaísmo.

PARTE SEGUNDA

I

Muchos meses después de haber vuelto á su casa, apenas salía de ella Antonio José de Silva. Fuera por la vergüenza de haber salido al auto de fe, fuera por temor de dar pábulo á nuevas sospechas, ó por acceso de misantropía, nada extraño en hombre de su imaginación y de su carácter después de la prisión y el tormento, es lo cierto que huía el trato de sus antiguos compañeros, nunca se presentaba en público, y aun dentro de su misma casa pasaba varias horas encerrado en su habitación, sin más compañía que sus libros, reducidos á pocos volúmenes de poesía y muchos de devoción, de obras ascéticas, vida de santos y expositores bíblicos.

Este retraimiento voluntario, influyó muy directamente en su carrera literaria. Al paso que iba recobrando la tranquilidad de su espíritu, buscó esparcimiento y solaz en su afición á la poesía, escribiendo del todo ó formulando los planes de muchas obras dramáticas, que, representadas en los años siguientes, contribuyeron á extender su fama de poeta por una parte, siendo por otra causantes de su total ruina y lastimosa tragedia, al decir de muchos historiadores; aunque otros sólo atribuyen su desgracia al judaísmo, antiguo en su familia y que en ella se perpetuó por el enlace de que ahora debemos dar noticia.

En su voluntaria reclusión, viviendo aislado con su familia, Antonio José estrechó relaciones con la del anciano contador Luis de Barros, y de ellas nacieron sus amores con la nieta del mismo, llamada Leonor, joven de singular hermosura é ingenio. Consagróle el poeta sus mejores y más sentidas composiciones; y tal vez estimulado también por aquel afecto, empezó á dar término á sus comedias para representarlas en el teatro.

Uno de los asuntos que más agradaban al escritor y causaban efecto en su familia, eran las aventuras de *Don Quijote de la Mancha*, relatadas por la inimitable pluma de *Miguel de Cervantes*. Tanto se prendaba Silva de la gracia y de la *fuerza cómica* del autor español, que sin cuidarse de que el personaje de *Don Quijote* había sido presentado ya en la escena lusitana por Nuño Sutil, se decidió á trasladar-

lo al teatro, y su primera obra cómica, seis años después de haber salido á la abjuración, fué la que tituló *Vida do grande Don Quixote de la Mancha é do gordo Sancho Panza.*

El éxito que alcanzó la obra despertó la saña de los envidiosos, según intentamos describir al principio de esta biografía; volvió á ponerse en tela de juicio la sospecha de judaísmo de Antonio José, pero su conducta en aquellos últimos años había sido ejemplar, sus costumbres muy religiosas, y la envidia tuvo que devorar en silencio la pena que le causaban los aplausos que se prodigaban al autor y su creciente fama.

II

Al año siguiente de este triunfo escénico, en el de 1734, vió Antonio José de Silva colmados los deseos de su corazón, contrayendo matrimonio con Leonor de Moura, hija de Jorge, y nieta de Luis Pereira de Barros, según antes dijimos.

Las familias habían vivido siempre en la mayor intimidad; desde aquel punto, puede decirse que se confundieron en una sola.

Mas, por desgraciada coincidencia, como ya indicábamos, Jorge Barros estaba casado con una joven huérfana, á la que había dado asilo el anciano Contador Mayor de Alfonso VI, movido á compasión al verla sola en el mundo. Los padres de aquella infeliz niña habían sido quemados por judaizantes; el

Contador la recogió en la temprana edad de cinco á seis años, la hizo bautizar, y le puso en su regeneración el nombre de María, en lugar del de Sara con que la llamaron sus padres.

Poco tiempo después del casamiento del poeta, en el mes de Mayo de 1735, se representó con gran éxito la *Medea;* pero la alegría que produjo este nuevo triunfo fué de corta duración, pues se sintió indispuesto el anciano Juan Méndez de Silva, y murió en breves días al comenzar el mes de Junio siguiente.

Desde entonces faltan datos para escribir con circunstancias y detalles la vida de Silva. Sucesivamente, y desde el mes de Mayo de 1736 en que se representó el *Amphitrión,* dió al teatro la mayor parte de sus obras dramáticas, siempre favorecidas por los aplausos de la multitud, sucediéndose sin interrupción la *Esopaida*, ó vida de Esopo, las *Variedades de Proteo,* y las *Guerras do alecrim é manjerona* (1) (el alhelí y la mejorana), mostrando el poeta sus felices disposiciones y agudo ingenio, su gracia natural y sus estudios en el teatro nacional y en el extranjero antiguo y contemporáneo. En este breve período se compendia toda la historia literaria de Antonio José de Silva. Desde fines del año 1726 en que salió absuelto de las prisiones de la Inquisición, hasta el mes de Octubre de 1737 en que volvió nuevamente á ellas, como veremos en seguida, dió al teatro casi todas

(1) *Historia do Theatro Portuguez,* por Theophilo Braga. Porto, 1871.

sus producciones, se hizo aplaudir y admirar del público, y gozó de la mayor tranquilidad en su azarosa existencia.

Mas, ora sea por los antecedentes de su familia, ora porque la envidia, no encontrando medio mejor de mortificar al aplaudido autor, hiciera recaer sobre él nuevas sospechas de judaísmo, es lo cierto que en todas sus frases, en todas sus palabras, en los argumentos y escenas de sus dramitas se buscaba intención oculta, se creía descubrir sentido heterodoxo; y tantas circunstancias fueron acumulándose, que, preparado el terreno, la primera chispa fué suficiente á producir una tremenda catástrofe.

III

Al salir de Río Janeiro para establecerse en Europa, había traído consigo Lorenza Coutinho una muchacha negra, que constantemente vivió con la familia en Lisboa, sin dar nunca sospechas de tener mala voluntad á sus señores, ni dar muestras de natural vengativo, disimulado carácter, ni genio descontentadizo.

Se ignoran en absoluto los motivos que pudieran inducirla para variar de conducta y abrigar odio en su corazón. En algún autor hemos visto indicada la noticia de que fué castigada hacia este tiempo por una pequeña falta (1); otros aseguran que fué ganada

(1) Inocencio de Silva: *Diccionario Bibliográphico*, tomo I.

por dinero y promesas de libertad por los enemigos del poeta; es lo cierto que la esclava negra, cuyo nombre parece era Francisca ó Feliciana, delató á Antonio José de Silva y á su madre y su mujer, por judíos impenitentes, y que conservaban en su casa todas las ceremonias y prácticas del rito mosaico.

En uno de los primeros días del mes de Octubre del dicho año 1737 se presentaron de improviso dos familiares del Santo Oficio y condujeron á las cárceles secretas á Lorenza Coutinho, Leonor Moura y Antonio José de Silva, apoderándose de todos los papeles que á éste pertenecían, sellando sus habitaciones y dejando vigilada la casa, para tener detalladas noticias de cuanto en ella pudiera suceder y de las personas que pudieran llegar á interesarse en la suerte del acusado.

Conocidos los procedimientos del Santo Oficio, y su manera de sentenciar las causas, á nadie extrañará que no se volviera á saber de la persona de Antonio José de Silva durante dos años, hasta que se le vió salir al auto de fe de 18 de Octubre de 1739.

Celebróse en la iglesia de Santo Domingo, ante el inquisidor general, el cardenal D. Nuño de Acuña. Fué un acto imponente al decir de una relación contemporánea; y el numeroso público aplaudió la condenación al fuego de las estatuas de tres herejes fugitivos, y de los huesos de otros que habían muerto en la prisión ó en el tormento; y escuchó las sentencias de muerte de otros varios que se hallaban presentes vestidos con sambenitos pintados de llamas.

de diablos, de animales inmundos, según el delito de cada uno. Por *judaizante convicto, negativo* y *relapso* fué relajado Antonio José de Silva y entregado al brazo seglar.

Pero el poeta había muerto moralmente muchos días antes. Desde el punto en que escuchó la lectura de la sentencia, viéndose perdido, y sin sombra de esperanza, cayó en un abatimiento del que no volvió á salir. La postración de sus fuerzas era tan extremada, que tuvieron que llevarle casi en hombros á la iglesia de Santo Domingo. Permaneció insensible durante la ceremonia, y ni aún dió muestras de haber reconocido á su madre y á su esposa, que con él salieron al auto, condenadas á prisión perpetua.

En aquel estado de insensibilidad fué conducido al prado del Rocío donde se le decapitó y se entregó su cadáver á las llamas.

. . . . . .

El proceso de Antonio José de Silva fué desconocido hasta que, en el año 1821, pasó con otros muchos papeles de la Inquisición á uno de los archivos públicos de Lisboa. Examinado entonces, pudo conocerse que la sentencia había sido á todas luces injusta é infundada. La delación se refería á la vida del poeta en su casa y entre su familia; la esclava delatora murió arrepentida pocos días después, y las pruebas se obtuvieron por declaraciones de los carceleros. Con leves indicios se impuso la última pena; razón habrá, pues, para que concluyamos este ligero en-

sayo con las elocuentes frases de un ilustre amigo nuestro:

«Venga á cerrar este capítulo, dice (1), la ensan»grentada sombra del poeta brasileño Antonio José »de Silva, condenado inicuamente, según parece, por »la Inquisición de Lisboa.»

PARTE TERCERA

JUICIO CRÍTICO.—BIBLIOGRAFÍA

Como conocimiento literario, importante después de la interesante biografía del poeta, resta dar á entender el lugar que Antonio José de Silva ocupa en el Parnaso lusitano, y la suerte de sus obras después de la desgracia del autor.

Juzgado en absoluto, no es un poeta dramático de los que forman escuela ni de los que se hacen notar por su originalidad y carácter propio el desdichado judío. Su mérito es relativo; para apreciarlo debidamente, es necesario trazar el cuadro literario del tiempo en que floreció, y ver la distancia que le se-

---

(1) *Historia de los Heterodoxos Españoles*, por D. Marcelino Menéndez Pelayo, tomo III, pág. 106.—Y más adelante añade el celebrado autor: «Condenósele (si hemos de atenernos á los extractos »hasta ahora publicados del proceso) por leves indicios, por declara»ciones de compañeros de cárcel... Que era judaizante relapso no hay »duda: que esto se probara en términos judiciales no consta, y por »eso repito que la sentencia fué inicua.»

para de los demás autores que entonces abastecían la escena portuguesa con informes comedias escritas en bajo y vulgar estilo. Silva estaba dotado de verdadero instinto dramático, tenía gracia natural, soltura y oportunidad en la dicción poética, y sabía dar á sus cuadros movimiento y á los diálogos ligereza, color, chiste y naturalidad. Ninguna de estas condiciones brillaba en grado superior; suplía la *vis cómica* con gracias un tanto bajas, á veces chocarreras; pero con todo eso, sus obras, si no recomendables en el conjunto, se hacían aplaudir en los detalles; y como acudía para buscar argumentos al teatro francés y al español, tomando en lo general los asuntos de la Mitología, formaba una mezcla de propio y ajeno caudal muy superior á cuanto entonces se escribía en el teatro portugués.

Colocándolo en su época, es un autor digno de estudio. Sin embargo, su nombre era casi desconocido hasta hace muy poco tiempo aún en su misma patria, y sus obras, que algunas veces eran representadas, se llamaban por el pueblo *Operas do iudeu*.

Para la mayor parte de ellas buscaba Silva los argumentos y la distribución y gracia en los autores que conocía y estudiaba, franceses, españoles é italianos, encontrando á veces escenas que revelan su talento. Reducía los asuntos á proporciones muy diferentes, y no solía aprovechar los diálogos, para los cuales tenía disposición y aptitud especial.

Alguna de sus comedias es un verdadero ensayo de costumbres, por la pintura animada, ligera y grá-

fica de las galanterías de sus contemporáneos. En la titulada *Guerras del alheli* y *de la mejorana* (Guerras do alecrim é mangerona) describe con gracia y viveza aquellos abusivos chichisveos, de que también se encuentran vivas censuras en los poetas españoles del siglo anterior.

Este era el género cómico á que indudablemente hubiera debido dedicarse Antonio José, y en el que hubiera sobresalido en mejores tiempos para las Letras. No tuvo fuerzas bastantes para hacer una reforma en el Teatro de su tiempo, elevando las miras y creando una comedia de costumbres característica y señalada, que fijase la personalidad del poeta; pero en los moldes corrientes entonces, en las formas admitidas y usuales de su tiempo, son sus comedias lo más recomendable del Teatro portugués en la primera mitad del pasado siglo.

Ya hemos dicho que el nombre de Antonio José de Silva se obscureció del todo á su muerte.

No hemos logrado ver las ediciones primeras de sus comedias sueltas, que parece natural se hicieran al tiempo de la representación de cada una de ellas: y aunque es casi seguro que se repitieron muchas después de su fallecimiento, ciertamente no llevarían el nombre del *autor condenado*, y se han hecho todas tan escasas, que son artículo raro de bibliografía entre los aficionados al Teatro lusitano.

Para escribir este artículo, únicamente hemos

podido tener á la vista algunas de las comedias de Silva, en un precioso librito titulado:

«THEATRO COMICO PORTUGUEZ, *ou collecçaô das operas portuguezas, que se representaraô na Casa do Theatro publico do Bairro Alto de Lisboa.—Offerècidas á muito nobre senhora Pecunia argentina.*— Por ***.—Quarta impressaô.—Tomo primeiro.

Contem:
- *Vida de D. Quixote de la Mancha.*
- *Esopaida, ou vida de Esopo.*
- *Os encantos de Medea.*
- *Amphitryaô, ou Jupiter, é Alcmena.*

Lisboa, na officina Patr. de Franc. Luiz Ameno. —MDCCLIX.—Com as licenças necessarias, é Privilegio Real.»

Este libro—del cual debo ejemplar á la generosa amistad del Excmo. Sr. D. Luis Bretón y Vedra, distinguido literato, y Cónsul de los Estados Unidos de Méjico en Lisboa—no tiene nombre de autor en la portada (como han podido ver los lectores), pero en el verso de la tercera hoja pusieron los editores unas décimas acrósticas en cuyas primeras letras va el nombre de ANTONIO JOSEPH DA SILVA, en la forma siguiente:

DÉCIMAS

Amigo Leitor, prudente,
Naô crítico rigoroso
Te desejo, mais piedoso
Os meus defeitos consente:

Nome naô busco excellente
Insigne entre os Escritores;
Os applausos inferiores
Iulgo a meu plectro bastantes,
Os encomios relevantes
Saô para engenhos mayores.

Esta Comica harmonía,
Passatempo he douto, e grave;
Honesta, alegre, e suave,
Divertida â melodía:
Apollo, que illustra ô día,
Soberano me reparte
Ideas, facundia, e arte,
Leitor, para divertirte,
Vontade para servirte,
Affecto para agradarte.

Y como complemento á esta breve noticia, y para que sirva de demostración de lo desconocidas que eran hasta entre nuestros más eruditos autores las obras del desventurado judío, copiaremos la nota que de su vida y escritos incluyó el señor D. Cayetano A. de la Barrera en su laureado *Catálogo Bibliográfico y Biográfico del Teatro Español,* premiado por la Biblioteca Nacional en el concurso de 1860:

SILVA (Antonio José de).—Nació en Río Janeiro, año de 1705, hijo de Juan Méndez de Silva y de Lorenza Coutiño. Estudió Jurisprudencia en Coimbra, y la ejer-

ció en Lisboa. Barbosa guarda absoluto silencio sobre su persecución, prisión y castigo por el Santo Oficio, así como sobre la publicación de sus obras, con título de *Teatro Cómico,* en Lisboa, 1744; *libro que no he logrado ver.* Fué poeta dramático muy estimable. Los títulos de sus comedias, citados por Barbosa, son:

Labirinto de Creta.—Lisboa, 1736.—8.°

Guerras de Alecrim é Mangerona.—Lisboa, 1737.—8.°

As variedades de Protheo.—Lisboa, 1737.—8.°

El prodigio de Amarante, San Gonzalo.

Amor vencido de amor.—Zarzuela epitalámica en las bodas de los Príncipes del Brasil.

Os amantes de escabeche. (Burlesca.)

Amphitryaô. (Manuscrita.)

Don Quixote. (Manuscrita.)

Phaetonte. (Manuscrita.)

Sería de desear de nuestros vecinos hicieran una buena edición ilustrada de las obras de Antonio José de Silva.

ALONSO FERNÁNDEZ

DE AVELLANEDA

LA OBRA.—EL AUTOR

ENCONTRADOS pareceres he llegado á escuchar de labios de personas muy doctas sobre el trabajo de mi querido amigo D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en averiguación del autor verdadero de la *Quinta Parte del Quijote*, que salió á luz en Tarragona el año 1614, bajo el nombre de *Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas* (1).

Celebran unos con entusiasmo las relevantes condiciones que lo avaloran; exigentes otros hasta el extremo, claman bajo el supuesto de que nada con-

(1) *El Imparcial.*—Lunes 15 de Febrero de 1897.

cluyente ofrece el bien discurrido artículo; y en realidad no dirigen éstos su censura al escritor por lo que ha dicho, sino por lo que ellos deseaban que dijera, por lo que ha dejado de decir; pues muchos esperaban, sin duda alguna, de la pasmosa erudición, del talento tan conocido y admirado de Menéndez Pelayo, que había de descorrer el velo que oculta hace cerca de tres siglos la faz del encubierto personaje, haciéndoles sabedores de todas las circunstancias de su vida, de su conducta con *Cervantes*, de las causas de su enemistad y de todos los pormenores de la composición del falso *Quijote*, con más las alusiones que puede encerrar y significación de sus aventuras.

La esperanza era legítima, fundada; pero si el resultado no ha respondido á ella, cúlpense á sí propios esos censurantes que pidieron lo que el escritor no había prometido, lo que no había podido ofrecer. La mejor y más pronta respuesta á los cargos que á Menéndez Pelayo se dirigen, es decir á los descontentos que lean el epígrafe de su artículo. Se trata de *una nueva conjetura* en esa cuestión literaria; ni se ofrece una resolución, ni hay fundamento para exigirla. En ella se encuentra todo cuanto había derecho á esperar del ilustre nombre de su autor. Completa exposición de antecedentes, preciosas noticias histórico-literarias, apreciaciones atinadas... y un nuevo sujeto de controversia. ¿Es éste, por acaso, más fundado, más digno de atención que las hipótesis que anteriormente se formulaban? ¿Contará desde ahora *Alfonso*

Lamberto con mejores títulos que Blanco de Paz ó Fr. Luis de Aliaga, por ejemplo, para que se le adjudique la composición del *Quijote* espúreo? Tales son las preguntas á que quisiera ver respuesta categórica por autoridades en la materia, y á las que yo, sin tenerla, procuro dar contestación.

Y haré notar previamente como dato necesario que cuando los pseudónimos no son aclarados en algún modo por los autores que usan de ellos, ó no se encuentran indicaciones precisas en escritores contemporáneos, se convierten andando el tiempo en misterios difíciles de aclarar.

Todavía no han dejado de trabajar en Inglaterra y de exponer conjeturas sobre el autor de las famosas *Cartas de Junius*, atribuyéndolas á multitud de escritores, sin haber podido fijar la verdad (1). Y se trata de un escrito que cuenta poco más de un siglo (1769-72) (2), y que por su carácter político parece debía señalar las huellas de su autor.

I

Pero antes de seguir por este camino, paréceme conveniente exponer algunas consideraciones acerca del mérito de la obra de *Avellaneda*. No creo han de estar de sobra para discutir sobre el autor. Mucho dista mi opinión acerca de ella de las que han emi-

(1) *A Critical Enquirin regarding the real author of the Letters of Junius...*, by Georges Coventry.—London, 1835.

(2) *Junius's letters.*—Londres, 1797.

tido escritores muy competentes y de reconocida autoridad en la república de las letras.

El *Quijote falso* no se reimprimió en España, que yo sepa, en ciento diez y ocho años, desde el de 1614, fecha de su aparición, hasta el de 1732. Parece, por tanto, que no despertó interés su lectura. Pasan de cuarenta las ediciones que en el mismo período de tiempo se hicieron de la obra de *Cervantes*.

Transcurridos ciento diez y ocho años de la primera, un escritor de cierta erudición, pero de gusto muy dudoso, en cuyas manos hubo de caer la llamada traducción que Renato Lesage hizo del *Quijote de Avellaneda* y se imprimió en París el año 1704, Don Blas Nasarre, quedó sorprendido al leer los elogios que se hacían de la continuación apócrifa, y que vió confirmados, á su parecer, en un artículo del *Journal des Savants* destinado á la propaganda de la obra de Lesage; buscó la novela española, que encontró con trabajo, la leyó con prevención favorable y sin notar que aquello no era lo que había impreso el escritor francés, que hizo grandes mutilaciones y adiciones, se decidió á dar nuevamente á la imprenta el olvidado original español, haciéndose eco de las alabanzas que había visto tributadas á la llamada traducción francesa.

Tampoco entraron en codicia los lectores, ni se estimuló el deseo de poseer la novela espúrea, á pesar de los elogios de su editor segundo. Desde el año 1732 no se volvió á imprimir el *Quijote de Avellaneda* hasta el de 1805 en que salió de nuevo á luz con

importantes supresiones. En más de setenta años no hubo necesidad de proporcionar ejemplares de una obra que el público no pedía.

Durante ese período de tiempo se habían repetido otras treinta ó cuarenta ediciones del *Quijote de Cervantes;* alguna de tanto mérito y con lujo tipográfico tan notable, que sin duda por ellas se despertó el pensamiento de hacer nueva impresión del libro de su antagonista.

Profesando gran respeto á todas las opiniones, y más aún á los gustos diversos, sobre los que, como dice el adagio, no cabe disputa, he tenido siempre la obra del supuesto *Avellaneda* por insufrible y detestable.

Allá por los años de 1873 ó 74, en amistosa correspondencia con el malogrado é ilustradísimo valenciano D. Pascual Dasi Puigmoltó, Vizconde de Bétera, tuve ocasión de exponerle mis opiniones, bastante diferentes de las suyas; y como síntesis de mi juicio, le dije en pocos renglones: Nunca he podido distraerme con la lectura del *Quijote* de Avellaneda. Me parece servil y soso en las descripciones, frío en la narración, pueril en el plan; y en una palabra, falto por completo de condiciones literarias. No es que le perjudique, como alguno ha dicho en venir después de la *Primera Parte de El Ingenioso hidalgo* de *Cervantes,* tan admirablemente conducida, tan espontánea y agraciadamente escrita, tan gráfica en caracteres, lugares y sucesos... No; es que sola y acompañada, la obra del supuesto *Avellaneda* es, á mi juicio, mala en todos sentidos.

Largos años han transcurrido desde entonces sin que haya encontrado motivo de variar de opinión, sino que, por el contrario, leyéndolo nuevamente, me he afirmado en la de que el *Quijote* apócrifo es moral y literariamente insoportable y digno de la mayor censura.

Júzguese, pues, el efecto que me produciría el ver que Menéndez Pelayo, con su alta inteligencia, con su juicio severo, con su depurado buen gusto, estampaba bajo su firma, en el artículo que motiva este trabajo, las frases siguientes: «todavía encuentro en »la *ingeniosa fábula* de Avellaneda *condiciones muy* »*estimables* que la dan un buen lugar entre las no- »velas de segundo orden que en tan gran copia pro- »dujo el siglo XVII.»—Mi asombro fué grande, pero de corta duración. A renglón seguido asienta el doctísimo polígrafo que *Avellaneda* no tiene comparación con D. Gonzalo de Céspedes y Meneses, con Alonso de Salas Barbadillo ni con Alonso del Castillo Solórzano; y puesto ya en buen camino dice que es un escritor continuamente sucio y á veces torpe y libidinoso, y luego hace verdadera crítica del autor encubierto en un párrafo que es necesario copiar íntegro para no desvirtuarlo, y para que los lectores puedan saborear sus bellezas y quilatar su mérito.

«...*El chiste es grosero*, pero abundantísimo y »espontáneo; *la fuerza cómica brutal*, pero innegable; »el diálogo, *aunque atestado de suciedades que levan-* »*tan el estómago* en cada página, es propio y ade- »cuado á los figurones rabelesianos que el novelista

»pone en escena. Lo que decididamente rebaja tal li-
»bro á una categoría inferior, no sólo respecto á la
»obra de genio que Avellaneda toscamente profana-
»ba, sino respecto de otras muchas de aquel tiempo
»que no pasan de ingeniosas y amenas, es *el bajo y*
»*miserable concepto* que su autor muestra de la vida,
»*la vulgaridad de su pensamiento*, *la ausencia de*
»*todo ideal* y de toda elevación estética, *el feo* y *he-*
»*diondo naturalismo* en que con delectación se revuel-
»ca, la atención predominante que concede á los
»aspectos más torpes, á las funciones más ínfimas y
»repugnantes del organismo animal. No es un escritor
»pornográfico, porque no lo toleraban ni su tiempo
»ni el temple de su raza, pero es *escritor escatológico*
»*y de los peor olientes que pueden encontrarse*.»

El párrafo es hermosísimo, de alta crítica y verdad severa. No tiene desperdicio; y al terminar su lectura se ve con satisfacción que Menéndez Pelayo estima en definitiva el *Quijote de Avellaneda* en el mismo ínfimo concepto que antes he manifestado por mi cuenta. Porque no hay manera de concordar ese párrafo con lo de encontrar *en la ingeniosa fábula* de Avellaneda *condiciones muy estimables*.

II

De mucho sirve, para la cuestión que resta por tratar, la apreciación clara del mérito de la obra; y no pueden olvidarse los calificativos que ha merecido al ocuparse de conjeturar su autor.

¡Lope de Vega! ¡Tirso de Molina! ¡D. Juan Ruiz de Alarcón! ¡Bartolomé Leonardo y Argensola! No cabe en lo posible, dentro de nuestra república literaria, buscar padres de más alta alcurnia á ese hijo abandonado que anda por el mundo hace dos siglos y medio sin haber encontrado quien quiera reconocerle, ni á quien poder atribuirlo con alguna probabilidad. La misma diversidad de las opiniones manifiesta su inseguridad y poco fundamento; más que sustentar tesis probables, convicciones arraigadas, parece que ha guiado á los mantenedores de tan incalificables juicios el deseo de notoriedad, el afán de ostentar erudición y de hacer ruido.

Sin embargo, y para que desde luego se rechacen y pongan en olvido esos cuatro escritores de primer orden, á quienes se ha querido atribuir la mala obra de tan ruin concepción con mengua de su fama, creo que basta con lo que hasta aquí va expuesto. No pueden aplicarse, ni aun remotamente, á Lope, ni á Ruiz de Alarcón, á Tirso ni á Argensola, los calificativos que con tanta justicia aplica Menéndez Pelayo al autor del falso *Quijote*. Sin entrar en el molesto é inútil examen de las débiles pruebas é imperceptibles analogías que se aducen, basta y sobra con saber que aquel libro *carece de todo ideal, que su autor se revuelca en feo y hediondo naturalismo*, para poder asegurar sin temor de equivocarse que no ha de ser de ninguno de aquellos preclaros ingenios.

Bajo ningún concepto se encontrará fundado motivo para atribuir á los tres colosos de nuestro teatro,

ni al pulcro Rector de Villahermosa, la obra que procede de un escritor *escatológico* y *de los peor olientes*. Al pronunciar cualquiera de aquellos nombres ilustres, se recordarán escenas interesantes, amores novelescos, cuentos amenos, regocijados y aún episodios picarescos y hasta un tanto libres; pero nada que toque en repulsivo, en deshonesto, en obsceno, como el capítulo en que describe Avellaneda la entrada del soldado flamenco en el aposento de la señora enferma, al fin de la novela de *El rico desesperado* (1), ó de aquellos diálogos en que Bárbara manifiesta á Sancho sus malos deseos, solicitándolo en términos que no serían tolerables ni aún en los más miserables tugurios (2).

Las conjeturas referentes á esos cuatro ingenios no resisten el análisis, ni tienen fundamento alguno.

Al examinar por vez primera D. Juan A. Ceán Bermúdez los documentos del Archivo de Indias de Sevilla, en que constan detalladamente los sucesos de *Cervantes* en Argel, concibió la sospecha de que Juan Blanco de Paz, que se decía fraile dominico y comisario del Santo Oficio, sin ser quizá ni una cosa ni otra, así como había sido enemigo de *Cervantes* en su cautiverio, tomando aquellos títulos para perjudicarle más á mansalva, hubiera continuado siéndolo en España y hubiera escrito el *Quijote* falso, dándolo á luz con nombre supuesto. La sospecha no pareció

(1) Quinta parte... Cap. XV.
(2) Idem.—Cap. XXVI y XXVIII.

fundada por entonces; pero la acogió después D. Nicolás Díaz de Benjumea tratando de robustecerla con otras inducciones, aunque muy luego la abandonó también, dando como nueva conjetura la de que fuera el encubierto Avellaneda el dominico Fray Andrés Pérez, designado por *Cervantes* en el *Viaje del Parnaso* como

> el autor de *La Pícara Justina,*
> capellán lego del contrario bando,

que también publicó esta novela ocultando su nombre tras el de *Francisco López de Ubeda*, que tiene cierta desinencia parecida con *Alfonso Fernández de Avellaneda*. Mas como no es posible encontrar dos escritores de condiciones tan diametralmente opuestas, de estilos tan diferentes, la conjetura no alcanzó importancia alguna.

Sir H. Rawdon Brown, al ocuparse de ciertas alusiones políticas que parece comunicaron á la Señoría de Venecia sus embajadores al tiempo de la publicación del *Quijote*, manifestó su creencia (1), de que bajo el nombre de Avellaneda se había ocultado el libelista Gaspar Schoppe. Dice el autor inglés, que viniendo á España aquel desenfadado escritor con intento de hacer imprimir varios de sus opúsculos

(1) *Miguel de Cervantes of Alcala de Henares, and Carlo Emanuele of Savoy, and his ass-colts.—The Athenæum,* núm. 2372, Abril 12, 1873.

satíricos, y especialmente un comentario al llamado *Eclesiasticus,* que no le permitieron publicar en Holanda, escribió el falso *Quijote* para captarse la voluntad del Duque de Lerma, que estaba ofendido de *Cervantes* porque, en la primera parte de su *Ingenioso hidalgo*, había criticado los ruines procedimientos que el Ministro y su Secretario D. Pedro Franqueza habían usado con el Príncipe Filiberto de Saboya cuando fué llamado á España por la eventualidad de que pudiera recaer en él la sucesión al trono, antes del nacimiento de Felipe IV. Tal conjetura podrá parecer ingeniosa, pero se presenta absolutamente destituída de fundamento, porque en ninguna de las comunicaciones de Sir John Digby, ni en los despachos de Morosini que cita Sir H. Rawdon Brown, se menciona para nada directa ni indirectamente el *Quijote* de *Miguel de Cervantes,* ni se relaciona á Gaspar Schoppe con el *Quijote falso*, ni con el verdadero.

Ninguna de esas suposiciones puede admitirse; carecen de base sólida y no convencen. Son cuando más, como antes decía, alardes de erudición, galas de ingenio, pretextos para llamar la atención con rasgos de cierta novedad, tan inesperados como sutiles.

Y colocadas en el lugar que les corresponde todas las conjeturas divulgadas hasta ahora, quedamos frente á frente con las dos que tienen mayores apariencias y son causa y objeto de este artículo.

ALFONSO LAMBERTO.—FRAY LUIS DE ALIAGA

En la interesante *Vida de Miguel de Cervantes*, que escribió D. Juan Antonio Pellicer, da noticia de cierto códice que en su tiempo se guardaba en la librería de la Excma. Sra. Condesa viuda de Fernán Núñez, que contenía las sentencias pronunciadas en dos certámenes celebrados en Zaragoza en el año de 1614. En ambos figuró entre los concurrentes un poeta que se denomina *Alfonso Lamberto*, y en las sentencias también hay dos en que se designa con el nombre de *Sancho Panza* al poeta contra quien se dictaron. ¿Era este poeta el *Alfonso Lamberto*? Esto no se sabe de modo alguno, y por eso Pellicer se abstuvo, sin duda, de hacer indicación directa ó indirecta en este sentido.

El Sr. D. Cayetano A. de la Barrera en las *Notas* á sus *Nuevas investigaciones sobre la vida* y *las obras de Cervantes*, publicada en la hermosa edición de las *Obras completas* hecha por D. Manuel Rivadeneyra en 1863, después de examinar otras conjeturas y al llegar á las pruebas anagramáticas, señalaba muchas letras comunes en Alisolán y Aliaga, y al concluir añadía, recordando, sin duda, la indicación de Pellicer: «Y no deja de llamar así bien nuestra atención el »Alfonso Lamberto de los certámenes de Zaragoza.»

No debe olvidarse, sin embargo, la circunstancia de que las sentencias del certamen se escribieron en el año 1614, cuando ya hacía nueve que circulaba por

España la Primera Parte de *El Ingenioso hidalgo* de *Cervantes* y pudo haberse aplicado á muchas personas y por diversos motivos, por mote el nombre del popular escudero. Pero es de observar que en la segunda sentencia se dice:

Al blanco de la ganancia,
Dice con poca elegancia
Que la ignorancia descubre
Sancho Panza, y él encubre
La fuerza de su ignorancia,

y como en el primer verso se alude sin duda alguna y con sus mismas palabras á otras del Prólogo del supuesto *Avellaneda,* parece que éste debió ser el censurado.

Con tanta inseguridad se había indicado esta sospecha, que ahora encuentra nuevo y poderoso mantenedor en D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Desde los primeros años del presente siglo y en la ciudad de Cádiz, que entonces hervía en literatos y polemistas llevados allí por los sucesos políticos y donde se proclamaron todos los principios y se agitaron todas las cuestiones, empezó á circular la idea de que el *Segundo tomo del Quijote* publicado por *Alonso Fernández de Avellaneda,* había sido escrito por *Fray Luis de Aliaga;* que el enemigo de *Cervantes*, causante de sus *mal logradas esperanzas*, había sido el confesor de Felipe tercero. El rumor fué to-

mando cuerpo; ya con los caracteres de fundada sospecha, y robustecido con datos al parecer muy congruentes, se extendió por la república de las letras y recibió confirmaciones de D. Bartolomé J. Gallardo y D. Justo Sancha, de D. Adolfo de Castro y Don Cayetano Rossell y de otros muchos hombres de mérito. Conocida hasta la saciedad la historia sería molesto trazarla nuevamente, mas no puede excusarse el trabajo de reunir en abreviado cuadro los principales argumentos que se han aducido para prueba de aquel aserto.

El Prólogo que puso *Miguel de Cervantes* á la *Parte Segunda de El Ingenioso caballero*, publicado año y medio después que el *Segundo tomo* de Tarragona, contiene no indicios, sino datos muy atendibles para comprender que sabía el nombre y conocía al sujeto oculto tras el supuesto Alonso Fernández. ¿Por qué motivo, pues, no lo expresó desde luego?

Don Gregorio Mayans opinó, con tanta perspicacia como juicio, que la causa de no estampar *Cervantes* el nombre de su adversario, fué la de que éste era hombre poderoso (1). Nótase, con efecto, en el citado Prólogo cierta deferencia hacia el personaje encubierto, al que además se llama *señor autor* y aún *señor* á secas, y en aquel tiempo no se prodigaban

(1) «Yo estoi persuadido á que el enemigo de *Cervantes* era mui poderoso, quando un Escritor, Soldado animoso i diestro en el manejo de la pluma i de la espada, no se atrevió á nombrarle.»—*Vida de Miguel de Cervantes*.—Edición de Londres.—Tompson, 1738, pág. 31.

sin causa las *señorías;* y hasta parece encontrarse algún sabor en las frases que se le dirigen, que inclinan á conceder era persona de cuenta.

Recordemos las palabras de *Cervantes*: «Pero en »efecto, le agradezco á este *señor autor,* el decir que »mis novelas son más satíricas que exemplares, pero »que son buenas, y no lo pudieran ser si no tuvieran »de todo. Paréceme que me dices que ando muy li»mitado, y que me contengo mucho en los límites de »mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir aflic»ción al afligido, y que *la que debe de tener este se»ñor*, sin duda, es grande; pues no osa parecer á campo »abierto y al cielo claro, *encubriendo* su nombre, »*fingiendo* su patria, *como si hubiera hecho alguna »traición de lesa magestad.*»

Todo este concepto es interesantísimo. En él se encuentran resueltas muchas dudas de las que se han iniciado al plantear la cuestión y que no debieron suscitarse si se hubiesen consultado con detención las frases de *Cervantes*. Aparece claramente que éste conocía al autor del *Segundo tomo* de *Don Quijote* cuando sin género alguno de vacilación afirma, distinguiendo intencionalmente, que *encubre* el nombre y *finge* la patria; porque esto no se puede decir sin conocer el nombre y la patria verdaderos; así como se desprende del tono general empleado en todo el párrafo, que la persona de quien se habla era caracterizada, importante, poderosa como dijo D. Gregorio Mayans sin prejuicio alguno.

Analicemos más. Y no se ponga en olvido que es-

tudiamos frases de *Cervantes*; que las palabras están aplicadas con propiedad. El autor *finge* la patria; es decir, que pone una por otra; que escribe que es natural de un pueblo donde no vió la luz. El nombre lo *encubre*; ¿en qué lugar? ¿De qué manera? Eso es lo que procuraré esclarecer más adelante, guiado ya por esta declaración, por este indicio que el mismo *Cervantes* nos ha dado.

Son varias las ocasiones en que indica la verdadera patria del autor del falso *Quijote* (1). Pero donde más determinadamente la dejó consignada fué en el capítulo LXX. Allí, refiriendo Altisidora lo que en su sueño viera en el infierno, donde los diablos jugaban á la pelota con libros malos, *dijo un diablo á otro:—Mirad qué libro es ese;—y el diablo le respondió:*—Esta es la Segunda Parte de la Historia de *Don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete su primer autor, sino *por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas.*

Esta afirmación terminante se encuentra muy al fin de la obra. Fundadamente puede creerse que *Cervantes* no conoció la de su rival hasta que llegaba al capítulo LIX de su Segunda Parte; desde entonces la emprende con el distrazado continuador y no le deja de la mano, á tuerto ó á derecho, hasta que concluye su libro. Busquemos, por tanto, en estos capítulos, en las expresiones que en ellos pone muy de pen-

(1) *Parte Segunda de El Ingenioso Caballero...*—Madrid.—Juan de la Cuesta.—1615.—Prólogo.—Cap. 61.—Cap. 70.

sado *Cervantes*, como las que dejo copiadas, más indicios de la patria y del nombre del desconocido autor.

Tres cosas halló *Cervantes* dignas de reprensión en Avellaneda la primera vez que hojeó su libro: una las palabras que leyó en el prólogo; otra que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos. Aquélla fué dejada para responderla en su lugar, de prólogo á prólogo, como lo hizo; esta segunda nos declara la patria *fingida* del autor, indicándola de pasada con las faltas de su lenguaje; pero la afirma muy luego diciendo por sí propio, y no por boca de ningún personaje ficticio:—«Verdadera»mente creyeron que éstos eran los verdaderos *Don* »*Quijote* y *Sancho*, y no los que describía su *autor* »*aragonés*.»

Viendo, pues, fijada por el mismo *Cervantes* en diferentes lugares y de una manera clara la patria de Alonso Fernández de Avellaneda, no parece aventurado, sino antes lógico y natural, el investigar si en esos últimos capítulos se encuentra también alguna indicación del nombre verdadero. El supuesto autor lo había *encubierto*. ¿Dónde? Esto es lo que veremos muy pronto; porque antes importa conocer si *Cervantes* quiso encubrirlo también y en qué lugar recóndito vino á colocarlo.—Al entrar el caballero en Barcelona, acompañado de D. Antonio Moreno y sus amigos, y en la forma cómica que con tanta viveza se describe en el capítulo 61 «el malo, que todo lo »ordena, y los muchachos que son más malos que

»el malo, dos dellos traviesos y atrevidos, se en-»traron por toda la gente, y alzando el uno de la »cola del rucio y el otro la de Rocinante, les pu-»sieron y encajaron sendos *manojos de aliagas* (1); »sintieron los pobres animales las nuevas espuelas y »apretando las colas aumentaron su disgusto de ma-»nera que dando mil corcobos, dieron con sus due-»ños en tierra. *D. Quixote*, corrido y afrentado, »acudió á quitar el plumaje de la cola de su matalote »y Sancho el de su rucio.»—El nombre del autor está ahí con todas sus letras y colocado en el lugar que merece la obra por él escrita.

Podrán todavía algunos atribuir todo esto á la casualidad; pero deben reflexionar que son muchas casualidades.

El autor del *Don Quijote* apócrifo era persona *poderosa,* era un *señor,* era *aragonés* y se llamaba *Aliaga;* y todas estas condiciones se encuentran consignadas en el libro de *Cervantes.*

Zaragoza es el jardín
Desta *aliaga poderosa*
Tan fuerte y tan provechosa,

se dice en el cartel del certamen celebrado en aquella ciudad cuando Fr. Luis fué promovido á Inquisidor

(1) El blasón del linaje de Fr. Luis, según lo describe Latassa, consistía en una banda, *una mata de aliaga* á la derecha y tres cabezas de serpientes á la izquierda. (Latassa.—*Bibliotheca de escritores aragoneses.*—Zaragoza, 1796-1802.)

general, dándose por casualidad las mismas señas que consignaba *Cervantes*.

Tales son las conjeturas y las razones que militan para atribuir la paternidad de la *Quinta Parte del Quijote* al desconocido poeta de los certámenes de Zaragoza *Alfonso Lamberto* ó al conocidísimo y revoltoso *Fr. Luis de Aliaga* (1).

Pero tampoco es para puesta en olvido, aunque sólo la indique de pasada, por haberse insistido mucho sobre ella y publicado repetidas veces, la coincidencia de las sentencias de los vejámenes de Zaragoza en 1614, con la alusión que encierra la satírica décima del Conde de Villamediana dedicada al destierro de Fr. Luis. En Zaragoza habían dicho en el un certamen:

A *Sancho Panza* estudiante,
Oficial ó paseante,
Cosa justa á su talento
Le dará el verdugo ciento
Caballero en *Rocinante*.

Y en el otro, aclarando aun más el concepto con la copia de frases de Avellaneda en el prólogo de su libro:

(1) Aun queda nuevo lugar á la duda, de si podrá ser también *casualidad* el que D. Blas Nasarre, al reimprimir por primera vez el *Quijote* de Avellaneda, hiciera poner la *Aprobación* á nombre del Licdo. D. Francisco Domingo, Beneficiado de la Iglesia Parroquial de *Aliaga*, aunque está firmada en Madrid á 20 de Diciembre de 1730.

Al *blanco de la ganancia*
Dice con poca elegancia
Que la ignorancia descubre
Sancho Panza, y él encubre
Las fuerzas de su ignorancia.

Aquellos vejámenes se dirigieron al autor del falso *Quijote;* pero aun quedaba por aclarar quién era éste, ¿á qué persona se aplicaban las referencias? La décima del Conde de Villamediana puede servir de respuesta.

Sancho Panza el Confesor
Del ya difunto Monarca
Que de la vena del arca
Fué en Osuna sangrador,
El cuchillo del dolor
Lleva á Huete atravesado,
Y en tan miserable estado
Que será, según he oído,
De Inquisidor, inquirido,
De Confesor, confesado.

Patente aparece, pues, el sujeto á quien en la Corte apodaban Sancho Panza y al que sin duda aludían en Zaragoza.

Ocupémonos ya de la última probanza, emanada de la pluma del escritor mismo cuyo nombre se busca; pues parece cosa convenida dar cierta fuerza,

mucho valor á las inducciones anagramáticas; y lo haré con suma brevedad para que resalte más la evidencia.

Tanto D. Cayetano A. de la Barrera, y después de él Tubino y otros, como D. Marcelino Menéndez y Pelayo, coinciden en la afirmación de que el supuesto Avellaneda *encubrió* su verdadero nombre en las primeras frases del capítulo primero de su obra, siguiendo el ejemplo de muchos escritores de aquella edad y aun de tiempos muy anteriores que al publicar libros anónimos dejaron declarados por ingeniosos medios sus nombres, para que no se les privara, andando el tiempo, de los honores de la composición. El uno encuentra allí el nombre entero de *Alfonso Lamberto:* el otro ve con toda claridad el apellido *Aliaga*, su cualidad de verdadero autor y su ascendencia aragonesa. ¿Cuál de ellos acierta? ¿Cuál puede estar más cerca de la verdad?

Desde luego hay que reconocer que para obtener el nombre de *Alfonso Lamberto* es preciso cortar un período donde no hace sentido, dislacerarlo, alterar el orden de las letras, tomando catorce de las treinta y nueve que lo componen, y trocar la *n* en *m,* porque tal letra no está en la frase señalada, en esta forma:

11-7 8-10-6 1-2 5-3 4 13-14-12 9
«El sabio Alisolan historiador no...»

Colocando por su orden las letras numeradas, forma D. Marcelino Menéndez y Pelayo un nombre

y un apellido, *Alonso Lamberto*, aunque sea de notar que el poeta de Zaragoza se nombra siempre *Alfonso*.

Para aceptar la conjetura del Sr. la Barrera, nada hay que alterar, suprimir ni trocar; basta leer el concepto algo más extenso, pero tal como está escrito.

«El sabio ALÍ-solan, historiador *no menos mo-*
»*derno que verdadero,* dize que siendo expelidos los
»moros AGA-renos de Aragón, *de cuya nación él des-*
»*cendia...*»

No haré comentarios. Presentadas quedan al lector desapasionado ambas opiniones sin tratar de prevenir su juicio. Pero al ver tan lisa y claramente puesto el nombre de ALI-AGA en los primeros renglones del falso *Quijote;* al leer que *Cervantes*, ocupándose de la obra, dice «*su autor aragonés*» y que pone bajo las colas del Rocinante y del rucio sendos manojos de *Aliagas*, ¿no se inclina el ánimo á tener por el autor de aquel mal libro y perpetrador de aquella mala acción al sujeto *poderoso,* al *señor autor* que llevaba aquel nombre?

LOS ACADÉMICOS

DE ARGAMASILLA

La residencia de *Miguel de Cervantes Saavedra* en Argamasilla de Alba, es un hecho, á mi ver, que no necesita otra prueba que la lectura del *Ingenioso hidalgo;* por más que hoy un espíritu que se llama crítico, y que yo no vacilaré en llamar indiscreto, haya tratado de ponerla en duda. Pruébanla clarísimamente, prescindiendo de otros datos, aquellos nombres de los Académicos, fingidos autores de los versos escritos en vida y muerte de *Don Quijote de la Mancha*, que se encuentran al fin de la *Primera parte* de esta obra.

Hoy que tanto se cavila sobre el sentido interno que *Cervantes* quiso dar á su epopeya, que tanto se

trabaja por hacerle decir lo que ni aun pensó ni le pasó por las mientes, permitido será que yo, *anche-pittore,* me lance al aire de las conjeturas en un punto secundario, cuando no aspiro á que los leyentes digan *credo* al leer mis cavilaciones, puesto que me contento con que al acabar este articulillo digan como un discretísimo amigo mío dijo: *se non é vero, é ben trovato.*

En mi concepto, aquellos ACADÉMICOS lo eran de la tertulia que en tiempo de *Cervantes* se reunía, y de seguro continúa hoy en igual forma, en la trastienda de la botica, al amor de la lumbre en el invierno, á la puerta de la misma para tomar el fresco en el verano.

¡Oh, primitivos é insignes ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA! ¡Cuán lejos estabais vosotros de sospechar que andando los tiempos las puertas de vuestra ACADEMIA (léase *botica*) se abrirían á ingenios españoles, merecedores de tal honra por sus felices partos, enderezados á explicar magistralmente el recóndito espíritu cervantesco! La ACADEMIA no ha muerto: vive y vivirá eternamente para gloria de la Mancha.

Ahora ocupémonos de los ACADÉMICOS antiguos.

El *Boticario*, hombre torpe, obeso, gran comedor, y paparruchero y amigo de noticias, como casi todos, va á la cabeza por dueño de la casa, con el nombre del MONICONGO.

Debía de ser el *Médico* del lugar compadre del *Boticario*; por eso va en el segundo puesto, y hace

en latín la dedicatoria de su soneto, *in laudem Dulcineæ*, para demostrar que era hombre de carrera; y *El Paniaguado* con que figura, quizá no se refiera tanto á su compadrazgo, como á la mancomunidad que el vulgo supone entre médicos y boticarios por razón de oficio.

Otra conjetura nueva. ¿Se *paniaguó* este personaje con los demás para ofender á *Cervantes* ó hacerle alguna pesada burla? Duda es esta que debiera haber aclarado el flamante ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA D. Ramón Antequera en su *juicio analítico del Quijote*, si esta obra tuviera algo de *juicio* y un poco más de *análisis*.

Esperemos á que tal vez nos la revele el otro ACADÉMICO ARGAMASILLESCO D. Nicolás Díaz de Benjumea, cuando publique (y Dios nos dé vida hasta ver tal suceso) sus *comentarios filosóficos*. ¡Plegue á Dios tengan de *filosóficos* éstos, algo más que de *juicio analítico* tiene la obra de Antequera!

Al *Caprichoso*, al *Burlador* y al *Cachidiablo*, vecinos y concurrentes diarios á la tertulia de la rebotica, zumbones y alegres, como sus apodos lo indican, no es fácil calificarles el oficio; se ha creído que fueran el Alcalde y Regidores del pueblo, fundándose quizá en la Dedicatoria que el supuesto Avellaneda hizo en su obra á aquellos funcionarios; sin embargo, yo sospecho al *Escribano* ó al *Fiel de fechos* de Argamasilla, tal vez joven y galanteador, detrás del nombre del BURLADOR, y me confirma esta cavilosidad la frase *os juro y certifico*, con que termina el

primer cuarteto del soneto que lleva su nombre; y quizá no sea aventurado suponer que por lo de exorcista tengamos al señor *cura* del lugar oculto y muy disfrazado bajo el nombre del *Cachidiablo* (del italiano *cacciare*, expulsar, arrojar), como si dijéramos *el expulsa diablos*.

El Caprichoso dudo pudiera ser el sastre con alusión á las variaciones de los trajes, aunque es escaso fundamento; pero nada hay que nos indique quien pudiera ser.

Por último, del *Tiquitoc* no puede dudarse que lo fuera el maleante del *sacristán* de la iglesia, pues ya este nombre gráfico y alusivo al campaneo lo había puesto *Cervantes* en boca de otro sacristán en la comedia que tituló *Los Baños de Argel,* donde aquél dice:

¡O campanas de España!
¿Cuándo entre aquestas manos
Tendré vuestros badajos?
¿Cuándo haré *el tic* y *el toc* ó el grave empino?

Dicho se está, por lo tanto, que el *Tiquitoc* es el sacristán; y éste y el cura, como gente de iglesia, son los encargados por *Cervantes* de hacer los epitafios de *Don Quijote* y Dulcinea, últimas composiciones de las que han dado motivo á este artículo.

Otro sueño de noche de Verano

Al Sr. D. Gonzalo Segovia

Acababa de recibir el número IV de la *Revista literaria* titulada *Cervantes*. A su lectura me habían ocurrido mil cosas que deseaba decir á su director el señor D. José María Casenave, pues aunque no tengo el gusto de conocerlo, basta conocer sus propósitos para persuadirse de su hidalguía, y creer que, por poco que valgan los consejos, ha de estimarlos, siquiera sea por la intención, cuando tengan por objeto facilitar el logro de las suyas. En tal disposición de ánimo, y dando vueltas en la imaginación á un nuevo comentario de *El Ingenioso hidalgo* que ahora me piden, y que yo quisiera llevar á cabo en un todo diferente de

cuantos hasta aquí se han escrito, me sorprendió el sueño.

Nunca, á pesar de los muchos años que hace me ocupa el estudio de las obras del gran ingenio, me había sucedido otro tanto.—Hablé con *Cervantes*.

Y bien puedes creer, carísimo Gonzalo, que lo que voy á referirte es pura y simplemente un sueño ó ensueño sin haber inventado cosa alguna; más todavía, sin haber añadido una sola frase á lo que soñé.

. . . . . .

Encontrábame con mi familia, y rodeado de algunos amigos, en un caserón informe, de extraña catadura, mezcla de palacio y convento reducido á casa de vecindad, resto de grandeza pasada y miseria presente, con vistas á un jardín inmenso y próximo al mar... era, en fin, una de esas creaciones que el pensamiento forja por su propia fuerza cuando no se la distraen los sentidos. Me encontraba en un corredor del piso principal, apoyado en la tosca balaustrada de madera que habría sustituído á la lujosa de piedra, y contemplaba, aunque con poca atención, un grupo que allá abajo, en el corredor frontero, habían formado cuatro ó seis personas al rededor de un anciano de pobre aspecto, que se encontraba sentado en una silla y respaldado sobre la pared, conversación del cual hacía reir á cuantos le rodeaban de una manera particular.

De repente uno de los del corrillo se separó con rapidez, subió á grandes trancos la escalera, y vi-

niendo al lado mío, me dijo sin poder contener la risa:

—Aquel viejo, y lo señalaba con el dedo, dice que es *Miguel de Cervantes* y que desea hablar con usted, amigo mío.

Estas palabras me hicieron volver á fijar la vista en el anciano, y al verlo, también á mí me retozó la risa en el pecho.—*¡Miguel de Cervantes* con levita y sombrero de copa!—En efecto, el viejo, que era de estatura mediana, enjuto de carnes, la color macilenta, el cabello cano y poco, estaba vestido con un gabán verdoso descolorido, abrochado hasta el último botón á pesar del calor insufrible que se dejaba sentir, para disimular la ausencia de la camisa, según luego pude observar. Tenía rodeado al cuello un pañolillo negro de seda añudado en forma de corbata á raíz de la carne, y cubría su cabeza con un mal sombrero de copa tan mugriento como el gabán. No llevaba bigote ni barba alguna, aunque todas las tenía crecidas, como de no haberlas rasurado en algunos días; mas con todo eso, su rostro de viejo setentón conservaba singular semejanza con el del joven y rubio barquero del cuadro de Francisco Pacheco.

Menos tiempo que tú en leerlo empleé yo en el examen, y en seguida me encaminé hacia él sin pensar en el año en que vivimos, ni pasarme por las mientes que pudiera la aventura ser una broma de amigos... Bien es verdad que estaba durmiendo.

. . . . . .

No puedo recordar de qué manera comenzó la entrevista. En el curso del diálogo hube de preguntarle por su herida de Lepanto, por su manquedad. Entonces se desabrochó el gabán, y en su pecho desnudo mostró una enorme y antigua cicatriz; luego alzó la mano izquierda y enseñándola á todos surcada de rojos costurones:

—Usted ha tenido razón, amigo mío, dijo, y ha sido buen adivino en sus conjeturas. Mi mano recibió un arcabuzazo en el exterior, y después de operación dolorosa, quedó señalada como la véis, quedó torpe, pero se conserva: ya lo dije con bastante claridad en el prólogo de *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, y en el *Viaje del Parnaso*, porque estaba amostazado y un poco más allá de oirme decir el *manco*.

—Pues por desgracia, Sr. Miguel, le dije, con ese mote siguen designando vuestra persona los más doctos y sutiles, tanto en discursos como en poesías; bien que se dulcifica y ennoblece la expresión, puesto que siempre os nombran *el manco de Lepanto*.

—Del mal el menos; no hay sino tomar lo que nos dan, como diría Sancho.

—Y vamos á cuentas, señor *Cervantes*, le interrumpí: holgárame de saber si tuvieron originales las figuras de *Don Quijote* y de *Sancho Panza*, quiero decir, si tomasteis por modelo algún sujeto contemporáneo amigo ú enemigo, ó si fueron ambos puramente hijos engendrados por vuestro ingenio, pari-

dos por vuestra pluma... Es tanto lo que sobre ello se ha desbarrado.

—¿De veras? Pues holgárame á mi vez en conocerlo... que por esta y otras causas tenía deseos de hablar con vuestra merced, replicó *Cervantes*.

—Tanto es, que ocupación tendríamos para una semana y aun más, si todo hubiera de salir á plaza. Y en verdad, yo me excusara trabajo, si antes quisierais responder categóricamente á una pregunta.

—Hacedla luego.

—¿Es cierto que por evitar torcidas interpretaciones ó por dar la clave para entender nuestro libro, ó por llamar hacia él la atención del vulgo escribisteis el *Buscapie*.

—No comprendo lo que quiere vuestra merced hablar. Nunca tal cosa me vino en mientes...

—Eso me basta, y con la mayor brevedad que pudiere satisfaré vuestra curiosidad.—Han dicho que en *Don Quijote* habíais querido personificar al Emperador Carlos V y entre otras alambicadas razones y conjeturas, sacaban argumentos para afirmarlo de la *aventura de los leones*, algo parecida á lo que de la niñez del César refiere el conde de la Roca en su *Epítome*.

—¡Jesús me valga!, dijo *Cervantes* santiguándose...

—Quieren otros que la sátira vaya dirigida contra el Duque de Lerma, siendo él *Don Quijote*, y *Sancho*. fray Luis de Aliaga. Opinan los de acá que Sancho no es ni más ni menos que D. Pedro Franqueza, se-

cretario del de Lema; los de allá sostienen que se trata de Lope de Vega...

—¡Ave María! ¿Que todo eso dijeron?

—Y aún lo dicen. Este cree á pie juntillas que en el hidalgo manchego pusisteis el perfil de cierto señor *Quijada* de Esquivias, linajuelo y vano pariente de vuestra esposa doña Catalina; el otro afirma que el original del buen Alfonso fué D. Rodrigo Pacheco, aquel señor argamasillesco cuyo retrato luce todavía en el altar mayor de la iglesia de su lugar, siendo su sobrina doña Melchora, que también está retratada allí, y con la que suponen anduvisteis en trapicheos amorosos, la que bajo figura de Dulcinea significáis en la novela...

—¡Pobre Dulcinea!... Pero yo bien claramente dije su nombre y el de sus padres...

—No os dan crédito alguno, y en busca del ser real y efectivo de que la ideal señora sea copia supuesta, se han recorrido todos los tonos de la escudriñadora curiosidad. Desde la suposición de que la dama del fingido hidalgo podía ser la marquesa del Valle ó duquesa de Gandía, hasta traer á cuento á la hermana del doctor Zarco de Morales, no se ha perdonado medio. Ultimamente, y cuando parecía apurada la escala, sale un comentador espiritual por el registro de que Dulcinea era emblema de sabiduría, émula y compañera de *Dinaluce* y de *Beatriz*, por lo cual era llamada *Aldonza* (tocaya del rey sabio); y otro comentador material dice que Dulcinea es como *dulce dulcium*, gran vasija para vino generoso, y que

por eso la hicisteis del Toboso, porque de allí se sacan las famosas tinajas... Pero me parece que os habéis quedado suspenso, *Sr. Cervantes,* y que no me prestáis atención...

—Nada menos que eso. Os escucho y me pasmo, y se me viene á las mientes un cuentecillo que allá en mi niñez oí contar en Alcalá. Decían que de un pueblecillo pequeño, fué á mi antigua *Compluto* cierto patán, torpe y zafio, á vender un famoso gallo. Varios estudiantes que le vieron llegar, tomaron por tema divertirse con su ignorancia y le preguntaron: Nostramo, ¿va de venta esa liebre? Estos están tomados del vino, pensó el patán, y siguió adelante sin responder. Pero al volver la esquina tropezó con otros dos cuervos (que así llamaban á los del manteo) que al pasar junto á él y sin dirigirle la palabra dijéronse el uno al otro:—¡Hermosa liebre!—Y continuaron su camino. Nuestro patán los vió ir con cierto recelo, levantó el gallo hasta la altura de su rostro, y mirándolo muy despacio, dijo para su capote: A mí me parece gallo y del gallinero lo tomé.—Al llegar á la Plaza Mayor vióse rodeado de estudiantes que todos exclamaban:—¡Valiente liebre! ¿Me vende usted la liebre? ¡Qué guiso de pebre vamos á darle á la liebre! —El patán se restregó los ojos, volvió á mirar su pieza y la alargó á un estudiante, diciéndole:—Un duro quiero por esta liebre—y entre dientes decía: ¿si llamarán liebres á los gallos en esta Universidad? ¿Si será liebre y á mí me parecía gallo?

—Estamos de acuerdo, *Sr. Cervantes.* Gallo y

muy gallo es el *Quijote*, y no se convertirá en liebre por más que hagan sotiles y almidonados.

—Pues á más de lo dicho, señor mío, deseaba hablar con vuestra merced, porque tomando pretexto, causa ú ocasión de ciertas malhadadas frases mías, en que dije que muchas de mis obras andaban descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño, han dado en la flor esos que hoy se llaman cervantistas, de aplicarme cuantas obras les parece á tuerto ó á derecho que tienen algo del estilo ó gusto de las otras hijas de mi pluma.

—Cierto, *Sr. Cervantes,* que en ese punto se toca al abuso, y se toman licencias inconcebibles...

—No hay que decir, se toman, señor mío, que también vuestra merced se las ha tomado no pequeñas, por más que haga siempre muchas salvedades y dengues al darme hijos... que no conozco ni jamás conocí... Y vamos á nuestro asunto sin sacar á relucir nombres propios que nos oirán los sordos, y peor es meneallo.

—¿Y puede saberse cuál es nuestro asunto, *Sr. Cervantes?*

—Cosa muy leve. Cada día en periódicos y en obras dicen á voz en grito que soy una gloria de España, el primer novelista del mundo, el mejor filósofo, el escritor más regocijado... y yo no sé cuantas cosas más, y sin embargo, ni aun camisa me viste, ni tengo con qué comprar mi sustento, y ando pidiendo á la caridad pública el pan que me niega el Gobierno español...

—¿Posible es que tal sucede?—exclamaron casi en coro los circunstantes. Y yo los acallé con un gesto y me apresuré á contestar al escritor ilustre.

—Pierda cuidado, *Sr. Cervantes*, que ya podéis contar han cesado esas penalidades. En España renacen á un tiempo el amor patrio y el amor á las letras, y bajo la monarquía del Sr. D. Alfonso XII no hay miedo de que un *Cervantes* padezca necesidad. Bien es verdad que las cosas no van todo lo bien que podríamos esperar, pero día vendrá... y tan y mientras de algo han de valer mis buenos oficios. Ello es cierto que á muchos mejores pudierais haber acudido, pero cada cual hace lo que puede...

Levantóse *Cervantes* de su asiento con intento de buscar descanso, y todos nos dispusimos á acompañarle. Moraba allá en lo alto, en el segundo cuerpo, en un camaranchón desamueblado, y para llegar á él había que recorrer extensas galerías convertidas en graneros cuyo pavimento de madera producía un ruido extraño al paso de nuestro extraño cortejo, fantásticamente alumbrado por la mala luz de tres ó cuatro cabos de velas. En el tránsito unos preguntaban á *Cervantes* por sus querellas con Juan Blanco de Paz y otros por el día en que vino al mundo; éstos le interrogaban por el autor del falso *Quijote*, aquéllos por el suceso de D. Gaspar de Espeleta... *Cervantes* á todos sonreía y contestaba prometiendo satisfacerlos al siguiente día...

Al retirarme á mi habitación me asaltó al pen-

samiento lo inverosímil de aquel suceso, la imposibilidad de que *Cervantes* viviera y habitara en nuestro tiempo, y me proponía aclarar la causa de aquel engaño, cuando sin saber por qué desperté.

. . . . . .

Reía de mi extraña imaginación, cuando comenzando á pensar en ella encontré no ser del todo descabellada. Era quizá hijo natural aquel ensueño de las ideas que en mí había despertado la lectura del periódico del Sr. Casenave.

Si *Cervantes* pedía limosna, no era para alimentarse ni para comprar camisa; era que se trataba de construir un monumento á su memoria con los donativos de los apasionados á sus inmortales escritos.

Si á mi memoria habían acudido revueltos y en confusión los nombres de Aliaga y Blanco de Paz, Lerma, Franqueza, Dulcinea y Avellaneda, es porque al leer el periódico que se titula CERVANTES, me ocurrió decir á su ilustrado director que sus columnas eran el lugar más á propósito para dilucidar todas las cuestiones de la biografía y de la bibliografía cervantina, y que abriendo tan interesantes discusiones se daría grande importancia á la lectura del periódico, acudirían al debate los más ilustres cervantistas, y aumentando en número los lectores, serían más crecidos los productos que pudieran destinarse al *Monumento de Cervantes en su patria.*

Y con esto, y con la promesa de que los cervantistas sevillanos contribuirán dignamente á la realización del proyecto, creo quedan bien explicados tanto el ensueño como el pensamiento que me movió á tomar la pluma.

El Testamento de Cervantes

CARTA AL SR. D. JUAN GUILLÉN BUZARÁN

Mi muy querido amigo: Acababa de leer por tercera ó cuarta vez en *La Integridad de la patria* el precioso artículo de su delicada pluma, consagrado á juzgar la *Vida de Cervantes*, escrita por D. Ramón León Mainez.

Meditaba cuáles pudieran ser las causas que hubieran influído para que persona de tan buen gusto y sólida erudición, hubiera convertido aquélla, que pudo y debió ser crítica más ó menos severa, en desembozado panegírico. Y sobre tal tema, señalando sin pasión y sin acritud en mi memoria los errores en que Mainez incurre, más que por otro motivo por el afán de aparecer corrigiendo á Navarrete, tanto

acerca de la familia de *Cervantes*, como de sus primeros actos de soldado en Italia, pensaba en escribir alguna cosa, que pudiera enviar al poeta sevillano Carlos Peñaranda, que á su brillante corona quiere unir ahora el lauro de insigne cervantista, propagando en Puerto Rico el estudio de las obras del autor esclarecido por cuyo nombre,

. . . . . todavía
Somos lo que fuimos antes,
Pues los que más arrogantes
Las glorias de España ultrajan,
Callan, y la frente bajan
Cuando decimos *Cervantes!*

Pero, meditando y leyendo, vine á detenerme en el punto donde con tanto motivo y fundamento fija usted su atención en el documento publicado por la *Revista de Archivos y Bibliotecas* en 1874.

Escritura de capitulaciones matrimoniales, se nombra, entre Doña Isabel de Cervantes Saavedra y Luis de Molina. Lleva la fecha de 28 de Agosto de 1608, y es por muchos conceptos digna de estudio y atención.

Y al volver sobre las razones que en pro y en contra de la autenticidad, legitimidad y pertinencia de la escritura saltan á la vista, me vino á la memoria un dato curioso, que tenía reservado nada menos que desde el año 1864, sobre la existencia del *Testamento de Cervantes;* y sin saber por qué, se asocia-

ron en mi imaginación ambas ideas, y me propuse comunicar á usted aquella noticia, en la seguridad de que siembro en buen terreno y algo útil ha de fructificar.

Ante todo voy á decir á usted la razón porque he tenido guardada tanto tiempo esta interesante noticia. La confió entonces á mi discreción, aunque permitiéndome hacer uso de aquellos datos y proseguir la investigación, el docto cuanto modesto autor del *Catálogo biográfico y bibliográfico del teatro antiguo español,* laureado é impreso en concurso de la Biblioteca Nacional, y de la *Vida de Lope de Vega*, también premiada, aunque por desgracia permanece inédita, D. Cayetano Alberto de la Barrera, con quien me unieron lazos de verdadera amistad.

Tuvimos durante largos catorce años extensa correspondencia literaria; me obsequió con sus investigaciones referentes al pintor *Francisco Pacheco*, y con el M. S. original de *El cachetero del Buscapie,* libro suyo inédito, de gran erudición y dialéctica; y entre otras finezas, le debí la noticia de que él había perseguido el *Testamento de Cervantes,* y abandonado la empresa como cosa imposible.

Apurado, inquirido, aguijoneado por mis instancias, me dijo lo siguiente en carta de 14 de Octubre del año 1864:

«Su advertenzia en órden al *Testamento de Zer-*
»*vantes*, está mui en su lugar, i yo quisiera tener po-
»sibilidad de aplicarla.—Ahora es nezesario que usted
»sepa la verdad del caso.

»A prinzipios de Febrero de 1854, trabajando yo »asiduamente en mi *Rioja* ilustrado, llegué al punto »de haber ya menester la *Partida de defuncion* del »zélebre Injenio objeto de aquellas tareas; para cuya »diligenzia, la breve noticia biográfica inserta en el »*Parnaso Español de Sedano*, me abria tan fázil ca- »mino. Obtúvela en efecto, con fecha del siete de di- »cho mes, i tuve la fortuna de encontrar espresado »en ella el nombre del Escribano ante quien testó »nuestro famoso *Leucido*. Dueño de tan inapreziable »dato, pasé al Archivo jeneral de Escribanos públi- »cos, y logré inmediatamente notizia de la Escriba- »nía donde debía existir el protocolo que contuviese »el *Testamento de Rioja*. La investigazion prosiguió »viento en popa. El Escribano á quien hube de acu- »dir, enterado de mi objeto, puramente literario, se »prestó á este servizio con la mayor finura i cortesía; »i á los dos dias de registro, pudo encontrar por fin »el deseado documento rico de notizias,—por que la »muerte de *Rioja* tuvo zircunstancias jurídicas que »las haze constar legalmente,—i me permitió exami- »narle i estractarle á mi sabor en la misma ofizina. »—Terminada felizmente mi tarea,—como trabáse- »mos conversazion el Sr. D. Mariano Fernández del »Canto (el Escribano susodicho) i yo, acerca de tal »clase de papeles, me dijo estas palabras: *¿á que no* »*sabe V. donde está el testamento de Zervantes?*» i »contestándole que no, repuso *que él tenía noticia de* »*su paradero.*—Llegó entretanto jente que le distrajo »de esta plática, y yo no queriendo abusar de su

»complazenzia, me despedí gozoso con la adquisizion »positiva i la que me daba lugar á esperar tan im- »pensada nueva.

»Pensando luego que para la nueva diligenzia se- »ria bien que figurase como prinzipal investigador »no un *quidam* insignificante, un triste boticario »como yo, sino una persona, que á su valor real, »como hombre de letras, reuniese zierto carácter pú- »blico, acudí á nuestro buen amigo el *Sr. Hartzen- »busch*, que en estremo complazido se prestó á mis »deseos i propósito. El llevó la palabra en nuestra »inmediata entrevista con Fernández del Canto. Le »visitamos de mañana, nos recibió con finísima aten- »zion, conozió desde luego al insigne poeta, i pre- »guntado dijo: *que en efecto sabia de la existenzia »del Testamento de Zervantes, no porque obrase en »su poder, sino por notizias que le habia comunicado »su amigo, vezino y colega de profesion jurídica el »Ilmo. Sr. D. Juan Manuel González Azevedo, deca- »no del colejio de Abogados de Madrid, á quien se re- »mitia.*

»Hemos llegado, pues, á la raiz. El *Sr. D. Juan »Manuel González Azevedo*, eminente jurisconsulto, »uno de los firmantes de zierto famoso dictámen, »afizionado al estudio y cultivo de las Bellas Letras, »condiszípulo que ha sido del *señor Hartzenbusch,* »debia de poseer el prezioso documento, ó de cono- »cer su contenido, ó por lo menos el sitio donde se »guardaba.

»Ya la categoría se iba elevando demasiado, y mi

»pequeñez debia de resaltar otro tanto mas. Así, pues, »zedí i encargué esta comision al *Sr. D. Juan Eu-* »*genio,* que, á sus espeziales i privilegiadas circuns- »tanzias reunia la del antiguo trato con el nuevo in- »terlocutor.

»Resultado de las entrevistas que con él tuvo. En la »*primera* dijo el *Sr. Azevedo que en efecto conozia el* »*documento; que formaba parte de un espediente ju-* »*dicial; i que nezesitaba tiempo para buscarle.* En la »*segunda,* trascurrido zierto tiempo, *que no habia* »*parecido.*»

. . . . . .

Usando de la libertad que me concedió, quise proseguir aquella investigación tan agradable á mis aficiones; dí pasos en diferentes sentidos, y por último por mediación del Sr. D. Alejandro Groizard, Magistrado entonces de la Audiencia de Sevilla, se escribió nada menos que al Sr. D. Pedro Gómez de la Serna, para que viera al Sr. Acevedo, íntimo suyo; y aun creo que fué por indicación suya por lo que también nos dirigimos al Sr. D. Manuel Cortina, antiguo y cariñoso amigo de mi padre, y que me dispensaba alguna confianza.—¡Vanos intentos! Ningún resultado pude obtener, sino únicamente la noticia confirmada con repetición, de que el ansiado testamento *formaba parte de un expediente judicial.*

Corren los años; olvidamos todos aquel dato, y aparece en 1874 la escritura de capitulaciones, facilitada por el Procurador Travadillo... ¿Sería este documento el que dijo haber visto en tiempo el señor

González Acevedo? ¿Y pudo ser la equivocación en su contenido causa bastante para que no se dieran en 1864 noticias más fijas, á pesar de la insistencia con que se pidieron?

No puedo dar razones de mi convicción; pero sospecho que este documento es aquel de que se habló á D. Cayetano A. de la Barrera, suponiéndole testamento.

Sea de ello lo que se quiera, creo que la noticia puede ser á V. de algún provecho y que en sus manos ha de servir para muchas cosas.

Desde luego, es de absoluta necesidad examinar el documento original; ver la firma de *Miguel de Cervantes* que lo autoriza, y la de aquella Doña Isabel, *hija natural* en las declaraciones de la familia en 1605, y *legítima* en las capitulaciones de 1608, que en la primera fecha era *doncella*, y *no sabía firmar*, y en la segunda es *viuda con una hija*, y *firma* con todas sus letras, según parece.

La duda, siempre natural, es mucho más legítima tratándose de documentos de esta naturaleza é importancia.

Ya tenemos ejemplo de lo que puede la pasión por un autor insigne, y con cuanta cautela deben acogerse las noticias que se propalan.

En el *Observatorio Pintoresco* publicó D. Basilio Sebastián Castellanos una que llamó copia de la partida de rescate de *Cervantes*, y en ella se alteró la patria del escritor diciendo era *natural de Madrid*. Por fortuna se recogieron luego los libros originales de

las *Redenciones,* y se llevaron á la Academia de la Historia, donde existen, para comprobar siempre la alteración cometida, pues dice la *cédula*, que *Cervantes* era *natural de Alcalá de Henares.*

Pero la falsedad se propagó, y muchos hay todavía inducidos en error por aquel extraño rasgo de amor patrio mal entendido.

Cervantes era natural de Alcalá y de noble prosapia... y vea usted por dónde, amigo querido, nos encontramos otra vez, sin saber cómo, en el principio de esta interminable carta; en los errores, que ansioso de corregir errores que no lo son, comete el último historiógrafo de *Cervantes.*

«Desde las primeras páginas de nuestra obra, dice »muy formalmente, tenemos que desvanecer errores.» Y sentenciosa, cuanto arrogantemente, asienta en seguida: «Generalmente se ha creído y propagado que »*Miguel de Cervantes* fué descendiente de un noble »linaje de Galicia, y *nada más aventurado.*» Esto está dicho con desenfado; pero no se aduce ni una prueba en contra de la genealogía aceptada por Navarrete; verdad que no es cosa fácil, ni quizá posible.

El parentesco inmediato del gran escritor con los nobles *Cervantes* de Sevilla, es indudable; y estos descendían del antiquísimo tronco de Galicia, que concurrió con el Santo Rey á la conquista de la ciudad. Y aquí no hay ilusión de genealogistas. Nos lo dicen datos que no basta á poner en duda la absoluta del amigo Mainez.—Haedo dice que *Cervantes* era un *hidalgo principal*; al alférez Luis Pedrosa, decla-

rando en la información practicada en Argel, dijo que *Cervantes* era *nieto* de Juan de Cervantes, *principal y honrado caballero*, que fué corregidor de Osuna, de donde era natural Pedrosa; y otros testigos añaden que en Italia, tanto D. Juan de Austria como el Duque de Sessa, le trataban como á *caballero principal*.

Dígame V. si contra tales testimonios, y otros muchos que aquí no caben, vale decir que es *aventurada* la afirmación de Navarrete.

Bueno y santo que la virtud y el talento se aprecien dondequiera se les encuentre; pero si á las altas cualidades del individuo se junta la de contar ilustres antepasados, no es para despreciar tal ribetillo. Bástale á una dama con ser hermosa y buena, pero si á tan preciados dones junta nobleza y caudal, ¿hemos de rechazarla por ende, ó la apreciaremos más todavía?

¿Y qué diremos de la segunda absoluta que á rajatabla asienta la nueva historia?

«Habiendo dejado *Cervantes* de servir al cardenal »Julio Aquaviva, se alistó en Roma, no en el ejército »español como se cree, sino en las mismas huestes »romanas, en las naves que mandaba el Sr. Antonio »Colonna.»

Esto es gratuito; más aun, es inexacto; y nada meritoria es la obra de poner en duda lo que está comprobado por muchos caminos. La prueba decisiva son las declaraciones de los compañeros de armas del escritor, que afirman, sin género de duda,

que el día de la batalla de Lepanto, y *un año antes*, era soldado de la compañía del capitán Urbina, y, por consiguiente, había sentado plaza en uno de los tercios españoles que peleaban en Italia.

Verdad que el mismo *Cervantes* expresa en la Dedicatoria de *La Galatea*, que *siguió las banderas* de Colonna; pero las siguió *militando debajo de las banderas españolas;* como *siguieron las banderas* de Napoleón *el Grande,* las huestes acaudilladas por el marqués de la Romana, sin haber sido nunca los nuestros soldados *franceses,* ni haber ocurrido á nadie llamarlos así. El soldado que, á las órdenes de la Romana, siguió las *vencedoras banderas* del Emperador, fué siempre tan soldado español, como los que en el tercio de Moncada *siguieron las banderas de Colonna.*

Y si adelantamos en las correcciones, en todas encontramos tropiezos (1)... que en materias histó-

(1) Al llegar á la venida de *Cervantes* á Sevilla en 1587, dice Mainez (Nota de la pág. 101) que no se hace cargo de un importantísimo documento descubierto y publicado por el que estas líneas escribe, porque *indudablemente* hay error en la fecha, pues *Cervantes* no desempeñó cargos públicos en Sevilla sino después de haber sido comisario por el proveedor Guevara, esto es, desde mediados de Junio de 1588, y, por tanto, el poder á Fernando de Silva no pudo ser otorgado en Febrero, sino en otro mes, ó en Febrero de 1589.

Medrados andaríamos si así se escribiera la historia.

El poder está señalado en los Indices ó Alfabetos del Escribano Porras en 1588; en el Protocolo está en el mes de Febrero, y la fecha corresponde exactamente con la de los documentos que anteceden y siguen, y los Escribanos no se equivocan en meses ni menos en años en las fechas de los documentos.

Además, el poder no concurre por sí sólo á comprobar la venida

ricas es poca toda circunspección, y muy ocasionado á caídas irreparables el empeño en separarse de los hechos demostrados.

Muy bien quiero yo á Mainez, tanto como usted puede apreciarlo; pero por lo mismo que veo su constancia, su entusiasmo, su estudio, no vacilo en señalarle lunares que puede y sabrá evitar. Si fuera incapaz de apreciar advertencias, no perdería el tiempo en hacerlas, quien es de V. tan antiguo como verdadero amigo,

J. M.ª A.

---

de *Cervantes* á Sevilla en 1587. En los libros de pagaduría de Agustín de Cetina, que originales se conservan en el archivo de Simancas, consta la comisión que Diego de Valdivia dió á *Cervantes*, anterior á la que le confirió Guevara, y consta habérsele pagado ciento doce días del año 1587, á razón de 12 rs. diarios.

Para no hacerse cargo de estos documentos y decir magistralmente que la primera comisión que desempeñó *Cervantes* en Sevilla fué la de Guevara, no se encuentra razón alguna.

Sentido oculto del Quijote

DISCURSO DE RECEPCIÓN

EN LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

23 de Abril de 1871

SEÑORES:

HAY un nombre, que al pronunciarlo hace latir con el más legítimo orgullo todo corazón español; nombre que ya no pertenece á España solamente, sino á Europa toda, al mundo entero, porque en todas partes es conocido y alabado, demostrando él sólo la verdad con que se dice que los hombres superiores son glorias de toda la familia humana, y que el genio no tiene patria.

Bien comprenderéis que me refiero al soldado de Lepanto, al heroico cautivo de Argel, al autor de *El Ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, á MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Escribió un libro que es la delicia, el encanto, el recreo de la humanidad, y la eterna desesperación de los imitadores; y ese libro es el pedestal de su gloria.

Apreciaciones de todo género se han hecho, se hacen y se harán sobre esa obra maravillosa, sin igual entre las de entretenimiento; juicios los más encontrados se aventuran acerca de ella; permitidme, pues, que en día tan señalado ponga ante vuestra vista mi apreciación sobre ese celebrado libro. El momento es solemne; el día no puede ser más propio para hablar de *Cervantes* y del *Quijote*.

Hoy se cumplen doscientos cincuenta y cinco años; tal vez en esta misma hora exhaló su último suspiro el escritor insigne; y tan singular coincidencia presta á la solemnidad literaria que celebra la Academia el carácter de un aniversario, que no por ser de índole diferente de otros que en este momento se le consagran, dejará de tener su importancia, pues vamos á ocuparnos algún tiempo en meditar y discurrir sobre el pensamiento de su obra inmortal.

Y al escoger el tema de este discurso, bosquejado hace mucho tiempo, nada estaba más lejos de mi ánimo, señores, que imaginar había de ser leído en el aniversario de la muerte de *Cervantes*, aunque por extraña casualidad así ha venido á suceder; ni le elegí tampoco porque tenga pretensiones de decir alguna cosa que por nueva ó por buena pueda cautivar vuestra ilustrada atención; sino porque así, escu-

dado con ese nombre ilustre, hablando del libro único y tan simpático para todos, me presento ante vosotros trayéndome *Cervantes* como por la mano á ocupar el asiento que bondadosamente me habéis concedido, y merezca indulgencia siquiera en gracia á los méritos del introductor. Aspiro á que detrás del gran nombre de *Cervantes,* distraídos los ánimos con el embeleso que produce cuanto al *Quijote* se refiere, pase inadvertido y como en la sombra el escaso valer de quien de ellos os habla.

Y no es falsa modestia, señores. Vacío durante largos años ha estado el asiento que vuestra indulgencia me invita á ocupar. Quizás conociais que no era fácil dar digno sucesor al ilustre patricio, al profundo literato y elegante traductor de los poetas griegos, al Sr. D. José del Castillo y Ayensa, cuyo nombre sólo basta para su elogio. ¿Y no queréis que tema la comparación, que por necesidad ha de establecerse, cuando vuestras miradas busquen en este sitio al ilustre amigo, por tantos títulos benemérito, y encuentren solamente al aficionado sin nombre, que si en amor y entusiasmo por las letras y las artes no cede á nadie, tiene que ceder á todos por la insignificancia y nulidad de sus trabajos?

Hablar más en este terreno pudiera tacharse de afectación, cuando con vuestros votos me habéis honrado: volvamos, pues, la vista á *Cervantes* y al *Quijote.*

De este libro como obra literaria, como lectura popular, nada nuevo pudiéramos decir. Los enco-

mios, las alabanzas están agotadas. «Se le ve colloca-»do entre una literatura que muere y otra que nace, »y es de ambas el más acabado modelo.» Esto ha dicho de él uno de nuestros más juiciosos y profundos críticos, y luego añade: «Como novela, aun no tiene »rival el *Quijote*, según Federico Schlegel lo prueba »con sabios argumentos. Manzoni y Walter Scott »distan tanto de *Cervantes*, cuanto Virgilio, Lucano, »y todos los épicos y heroicos de todas las literaturas »del mundo, distan del divino Homero.»

Si el autor del *Quijote* se propuso dar alivio á la melancolía de la humanidad, proporcionar al hombre pasatiempo de más graves ocupaciones, su objeto está por demás conseguido. Su obra inimitable cuenta más ediciones en todos los idiomas del mundo, que ningún otro libro de cuantos de letras humanas se han escrito.

Pero un espíritu innovador, y que no quiere ver en las obras del ingenio solamente el ingenio mismo, sino que busca siempre profundidades y misterios en lo más llano y en lo más claro, tal vez porque no puede persuadirse de que sin eso que quiere llamar filosofía, sentido oculto, doctrina esotérica, no puede existir obra de mérito, hace mucho tiempo que viene trabajando por dar al libro una significación diferente de la que su autor le atribuyó repetidas veces. La idea no es nueva, pues datos hay que persuaden de que no tardó mucho en formularse al tiempo de la aparición del *Quijote*, creyendo el pueblo que algunos de sus personajes eran parodia, crí-

tica ó caricatura de otros personajes y verdaderos que existían en la corte (1), de tales ó cuales hazañas más ó menos exageradas; y que hoy toma distinto rumbo y mayor vuelo queriendo encontrar en aquellas alegres páginas y regocijadas aventuras, no ya el perfil abultado ó disminuído de este ó estotro personaje, sino la crítica y censura formal de las instituciones de la España de entonces, y hasta la anticipación de las ideas que proclama hoy el más avanzado espíritu filosófico.

Este género de comentarios tiende más á quitar interés al libro que á prestárselo. Por quererle dar importancia se le roba, convirtiéndole en un logogrifo, que si no era en su tiempo de fácil explicación, hoy sería de todo punto indescifrable. En los escritos que con tal intento se han divulgado, se descubre más el deseo de lucir su ingenio el comentador, que el de averiguar la idea que presidiera á la creación del *Ingenioso hidalgo*. Se prestan á *Cervantes* las ideas, y con ellas las pasiones de nuestra edad moderna; se le quiere convertir en un escritor de oposición á todo lo que en su tiempo existía; y *Cervantes* no se oponía á nada más que al abuso. Mostraba los defectos, deseando su corrección como filósofo moralista; pero no ambicionaba la destrucción, sino la enmienda; no quería derribar, sino restaurar; porque él amaba y respetaba todo lo que era amado y respetado por los españoles del tiempo en que vió la luz. La fe, la patria, el honor, eran nombres sagrados que siempre encontraban eco en la España dominadora

del mundo, y que tuvieron un templo en el pecho de *Miguel de Cervantes,* que era español de los mejores.

Y al hablar así, no es porque yo rechace toda idea de SENTIDO OCULTO, ni deje de encontrar en el *Quijote* rasgos intencionados y pinturas de sucesos contemporáneos; pinceladas que nos revelan el estado del ánimo del autor cuando las escribía; sus afectos, sus antipatías, y su manera de sentir sobre ciertas y determinadas cuestiones (2); pero esto se encuentra siempre y se estudia en todas las obras de todos los autores, con tanta mayor claridad y mayor fuerza cuanto más poderosa es su individualidad y más decidido su carácter, su significación en el terreno del arte. Hijas del entendimiento las obras todas que el hombre produce, natural es que conserven rasgos de la fisonomía intelectual del padre que las engendra; que no hay contradicciones en la naturaleza, y los fenómenos del orden físico se reproducen y repiten en el moral. Por eso es fácil distinguir las creaciones de los artistas, y nadie confundirá una valiente estatua del atrevido Buonarotti, con las más delicadas de Benvenuto; como no se confunden los arrogantes versos de Herrera y de Espronceda, con los tiernísimos y sentidos de Garcilaso, de Francisco de la Torre y de Fray Luis de León.

Se comprende muy bien que llevados del exagerado entusiasmo, de ilimitada pasión por ese libro que tanto embelesa y tanto hace pensar, quieran los lectores identificar á su desgraciado autor con el simpático protagonista de la obra, amable siempre,

siempre interesante en medio de sus desvaríos, para confundirlos á ambos en un mismo afecto, envolviéndolos en igual cariño y tributándoles la misma admiración. Buscando con ingenio, analizando con sagacidad, y llevando el decidido propósito de equivocarse, no es difícil tampoco dar á aquellos deseos una apariencia de realidad; pero esto no es más que un sueño generoso. Si *D. Quijote* se parece á *Cervantes* en la nobleza de los sentimientos, en la constancia en los trabajos, en la aspiración constante á un ideal perfecto, no es porque sea *Cervantes* mismo, no es porque sea su retrato, es porque fué su hijo y nos ha transmitido en él una parte de su vida intelectual, un trasunto fiel de su noble corazón. «Don »Quijote es Don Quijote, y nada más. Tiene vida pro»pia, no prestada; esparce luz nativa, no refleja la »de nadie.»

Yo, señores, opino en esto como el ilustre amigo que me escribía esas palabras (a); rechazo esos que se llaman comentarios filosóficos, como rechazaba á los que querían encontrar en el *Quijote* la sátira personal, de que siempre huyó *Cervantes*, porque creo que ninguno de ellos es verdadero; y, sin embargo, yo veo también en ese libro algo superior á su acción como novela; entreveo en su conjunto una idea grandiosa que no está puesta de intento por el autor, sino que se desprende á pesar suyo de la obra entera, y que viene á ser la síntesis, por decirlo así,

(a) El Sr. D. Aureliano Fernández Guerra.

de la vida de *Cervantes* y de la época en que se escribió el *Quijote*.

No me opongo á que en muchos pasajes de la fábula, por ejemplo, en la aventura del rebaño, ó de los rebaños, se vea embozada sátira contra el *Atlante de la monarquía;* pero los rasgos que luego se descubren contra personajes menores, no van, á mi modo de ver, dirigidos contra ellos derechamente, sino que forman un conjunto de censuras parciales, que reunidas vienen á decir que el todo no era bueno.

Toma el inteligente un reloj y observa que el movimiento no es regular, que retrasa ó adelanta. Busca la causa, y critica la escasa fuerza del motor; encuentra luego imperfectas ó torpemente ajustadas las ruedas que comunican el movimiento, y por conclusión nota desiguales, movedizos, los centros y piezas pequeñas... Al decir esto comprende cualquiera que la máquina es mala; y á poco que se generalice podrá deducirse que el artífice no era muy entendido ó fué poco cuidadoso. Tal *Cervantes*. Vayan en buen hora contra el Duque de Lerma las indicaciones que concurren en *Laurcalco:* vayan contra algún otro magnate, contra algún encumbrado arbitrista tales y cuales alusiones... Pero al censurar abusos de estadistas y hombres de administración, que esquilmaban al pueblo, sacándole lo que no tenía, ¿no se denunciaba el desconcierto del Gobierno? ¿No se señalaban las llagas ocultas de la sociedad española, que el filósofo había tocado muy de cerca? ¿No se clavaba la saeta en las gradas mismas del solio, que

era el sostén de las causas que producían tales efectos? ¿No llegaba quizá el tiro hasta la indolente persona que lo ocupaba?

A la verdad, todo esto va ligado con más graves reflexiones. Elévase la consideración al tiempo del nacimiento de *Cervantes*. Al mediar el siglo XVI fué el apogeo de la preponderancia española en Europa. A los gloriosos reinados de los Reyes Católicos y de Carlos I, tiempos de engrandecimiento, había sucedido el de Felipe II, que debió consolidar nuestra supremacía, haciendo duraderas las conquistas del Emperador, reuniendo por la razón, por las leyes y por un interés común lo que su padre había conquistado por la fuerza. «Pero como su pluma no »podía competir con la espada del Emperador Car»los V, ni su trabajo de gabinete, por más aplicado y »laborioso que fuese, con los viajes y campañas de »aquél,» como decía mi sabio maestro D. Alberto Lista, la nación empezó á sufrir reveses cuando más grande y poderosa se creía.

Cervantes, cristiano y español, con fe y sin miedo, quiso unir su propia personalidad á la vigorosa personalidad de España, quiso ser partícipe de los peligros y de las glorias de su patria, y se incorporó á nuestros aguerridos tercios. Peleó como bueno, y fué herido en la más alta ocasión que vieron los «pasados siglos, ni esperan ver los venideros...» A raíz de tanta gloria, fué hecho cautivo al volver á su patria, por un enemigo á quien la grandeza de España no ponía temor... Primera decepción; *Cer-*

vantes descubrió el gusano que roía el pedestal del coloso.

Él intentó en Argel, cargado de cadenas, lo que la nación en cuyos dominios nunca faltaba el sol, no se atrevía á intentar con sus ejércitos y escuadras, distraídos en empresas lejanas y menos provechosas. Quiso destruir aquel nido de aves de rapiña, tan perjudicial á la gloria, al poderío, á la tranquilidad de España. ¿No había de conocer la indolencia, el punible abandono en que el trono y el Gobierno tenían á la nación, cuando él sólo, miserable esclavo, contaba poder destruir á los argelinos armando á los cautivos que allí con él gemían aherrojados? Lo hubiera conseguido, si el Rey, á más de pensar en las guerras exteriores, hubiera pensado alguna vez en mejorar la condición de sus administrados; si se hubiera tendido una mano protectora á las desgracias que presenciaba *Cervantes,* á los hombres de espíritu noble y levantado que, como él, aspiraban únicamente al engrandecimiento del país.

Al volver á España rescatado, vió con pena, con dolor, el poco fruto que la patria había logrado del glorioso sacrificio de Lepanto. Vivió en pequeños pueblos y en grandes ciudades, y notó sagazmente el empobrecimiento del país, que tomaba alarmantes proporciones; la falta de centros productores, arruinados por la emigración á América y por las atenciones de la guerra; lo gravoso de los tributos; la ruina de la industria y de la agricultura; y adivinó tal vez la inutilidad de las guerras que España soste-

nía en países remotos, y que tantos brazos robaban á sus asoladas campiñas... Quizá entrevió con la mirada de águila del genio, que la decadencia de la patria iba envuelta en los pliegues del manto de su gloria!...

La pobreza de la nación en el interior debió desgarrar el alma del lisiado en la batalla naval: ella era la precursora de su ruina. Los brazos trabajaban levantando pesos enormes y faltaba sangre en el corazón.

¡Qué diferencia en veinte años! En 1571 la nación vencedora de los turcos, triunfante en Francia y en Italia, temida en Holanda, parecía próxima á realizar la monarquía universal, delirio de su grandeza! En 1592 los Procuradores de las ciudades, reunidos en Cortes, decían al Rey que los pueblos estaban pobres, exhaustos, que el reino estaba consumido, que el país se encontraba sin defensa por mar y por tierra, abandonadas las costas, infestados los mares de piratas! ¡Y cuánta verdad era todo este triste cuadro!

Como no se acudió al remedio, como no se hizo aprecio de las quejas de los Procuradores, en 1596 la escuadra inglesa se presentó delante de Cádiz. ¡Vergüenza causa decirlo! Un solo disparo de cañón pudo hacerse á las tropas de desembarco por la batería de Puerta de tierra! (3). Las cureñas estaban podridas: las balas eran grandes ó pequeñas para el calibre de los cañones! Había tercios famosos en Milán, en Nápoles, en Flandes, y no había un soldado para defender las ciudades de España! ¡Cuánta mi-

seria en el interior para sostener la guerra en extrañas tierras!

Cervantes, que había visto cuando joven las lamentables ruinas de la desventurada Nicosia asolada por los turcos, pudo ver en su edad madura la perla de España devastada por los ingleses. Confundido con el pueblo oía sus opiniones, veía sus necesidades, tocaba su pobreza... Su ambición patriótica de 1571 era sueño, delirio. El contraste era tremendo, y aun sin estudiarlo, sin buscar sus efectos, debía herir vivamente la imaginación de todos, y más la ardiente de *Cervantes*.

No busquemos, señores, alusiones individuales en el *Quijote*: esto es muy pequeño, y nada importa á la posteridad que se lanzara un chiste más ó menos picante, que se dirigiera una alusión, más ó menos embozada y satírica á tal ó cual personaje. Menos interesa todavía saber si tuvieron originales las figuras de *Don Quijote* y *Sancho*, las del cura y el barbero, con todas las demás que tanto embeleso nos producen; esto en nada realza el mérito de la obra; nada dice en favor de tal escritor. «Yo no estimaría en »más, ni entendería mejor la hermosura del *Pasmo* »*de Sicilia*, si alguien me probase que el Cristo, la »Virgen y otras figuras, no eran más que caballeros »y damas amigos de Rafael, y los sayones varios ene»migos suyos.» Esto dice el Sr. D. Juan Valera, y es una verdad palmaria.

Procuremos leer en el *Quijote* el estado del alma de su autor, que era un genio, pero era también un

español lleno de amor patrio; procuremos descubrir el estado de la nación en aquellos tiempos, y lo que acerca de sus triunfos y de sus reveses y calamidades pensaban sus hijos. Desde este punto de vista elevado, verdaderamente filosófico, se ensanchan los horizontes de la contemplación y del estudio; partiendo de datos fijos, cuales son la influencia directa que sobre todos los hombres ejercen los sucesos en que toman parte, y la porción de su alma, de sus sentimientos que en cada obra deja depositados el autor, podemos lanzarnos á las consideraciones más profundas.

Así el *Quijote* es la epopeya de la edad moderna; no libro atildado, pulido y académico, sino libro en que su autor nos dejó pintado al vivo, cuanto había visto y observado, con la manera de ser, con las miserias y las grandezas de la España de todo aquel período. El *Quijote* es un traslado con vida, con animación y con gracia, y colorido, y verdad, de la sociedad española del siglo XVI; por eso encanta á todos los lectores, tanto de España como del extranjero; y el tinte melancólico que baña toda la obra, que en todo el libro resalta y transpira aun en medio de las más regocijadas páginas y que le presta su mayor atractivo, es el resultado de la disposición del ánimo del escritor que al lado de las victorias había visto el cautiverio, junto á las glorias de los ejércitos, la pobreza del pueblo y el saqueo de las ciudades, y que, sin darse tal vez cuenta de ello, comparaba tiempos con tiempos, y con la adivinación del vate inspi-

rado, vislumbraba que había empezado á desmoronarse por su base aquel suntuoso edificio tan brillante y deslumbrador á la vista.

Facilísimo sería comprobar estas ideas generales que la repetida lectura del *Quijote* despierta, copiando pasajes vários de la obra inmortal; pero ni vosotros lo necesitáis, ni me parece este lugar á propósito para tan prolijas comprobaciones. Además, esto es en mi sentir el producto final de toda la obra, más aún, la síntesis de todo el trabajo literario de *Cervantes*.

Después de habernos embebido en la lectura de todas sus obras, identificándonos con su manera de pensar y de sentir, es cuando podemos elevarnos al conocimiento de lo que sentían y pensaban los españoles en los siglos XVI y XVII.

Permitidme, sin embargo, que, aun sin copiarlos, os recuerde algunos pasajes, cuya importancia y trascendencia es hoy generalmente reconocida. No hablemos de las costumbres de la nobleza tan al vivo pintadas, ni del contraste que resulta entre lo que había sido cuando con lanza en astillero y antigua adarga, estaba siempre dispuesta á combatir los enemigos de la patria, y á volver por los fueros de la inocencia, por el triunfo de la virtud y de la justicia; y lo que había venido á ser luego, demostrado en las historias de Dorotea y Lucinda, y en la vida que hacían los Duques que dieron hospedaje y tomaron por diversión al caballero y al escudero. Dejamos también á un lado la intención particular que pueden tener el

gobierno de Sancho en la ínsula, y el aparato de los funerales de Altisidora, aventuras ámbas tan ocasionadas á interpretación... En el principio mismo de la obra, en una de sus más celebradas páginas, cual es la que contiene la pintura de la edad de oro, ¿no encontramos ya el lamento escapado del alma del autor, de que *la ley del encaje* se hubiera ajustado al corazón de los jueces? ¿No nos dice que en le antiguo la justicia se estaba en sus propios términos sin que la osasen turbar ni ofender los del favor ni los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen?

Vienen luego con vivo colorido pintadas las tristes penalidades de la esclavitud, en la interesante historia del cautivo; las penalidades de los forzados, cuya perdición tal vez proviniese de la falta de dineros, del poco favor ó del torcido juicio del juez; y se escucha, por último, hasta el gemido del desdichado morisco, cuya triste voz forma también contraste con el aplauso que se tributa á la medida que los arrojó del país.

Repito que la ocasión no me parece oportuna para multiplicar las citas que justifican las apreciaciones que dejo expuestas. No estimo que cada aventura contenga una alusión, que cada personaje sea un recuerdo; paréceme, sí, que el tono general del *Quijote* nos da á conocer la época en que se escribió; y que los defectos parciales que en él se van notando y censurando, tal vez sin marcada intención, dan por resultado final el conocimiento de las imperfecciones de aquella gran máquina social, que necesariamente

había de terminar en la descomposición, á que por pasos agigantados y sin un solo intervalo de gloria vino á parar la España, cayendo de Felipe II en Felipe III y Felipe IV, para agonizar y morir vergonzosamente en Carlos II *el hechizado*.

Tal es, señores, el SENTIDO OCULTO que, después de muchos años de estudio sobre la obra de *Cervantes*, descubro yo en ella. Y esto no está puesto de intento por el autor; no es posible ni aun sospechar que su pluma se detuvo un momento para dar segunda intención ó inteligencia secreta á lo que escribía. El SENTIDO OCULTO del *Quijote* está en él á pesar de *Cervantes*, que al darnos un fiel traslado de toda la sociedad en que vivía, así nos hace conocer su magnificencia, como nos descubre involuntariamente los defectos de su constitución: tanto más claros para la posteridad, cuanto hemos visto los tristes resultados que produjeron.

No sé si me equivoco. Pero bajo esta apreciación estudiamos la personalidad de *Cervantes* unida á la de la sociedad española; vemos en el *Quijote* como antes decía, la verdadera epopeya de la edad moderna; y comprendiendo toda la importancia de tan celebrado libro, descubrimos una causa profunda y verdadera de su popularidad y ya no extrañamos que sea su lectura tan general en el mundo.

He dicho.

NOTAS AL DISCURSO PRECEDENTE

(1)

Muchos años hace que se viene asegurando como indudable noticia, que Mr. Rawdon Brown, enviado extraordinario del Gobierno inglés para registrar los archivos de Venecia, en busca de ciertos documentos diplomáticos, encontró algunos despachos de Simón Contareni, embajador de la Señoría en la corte de España, en que daba cuenta á la República de los sucesos de 1604 y 1605, y hablaba de la aparición del *Quijote,* diciendo que se le juzgaba por el pueblo sátira política, y hasta se designaban los personajes contra quienes se dirigía. Y no hace mucho, anunciaron los periódicos la publicación de esos despachos en los *Libros azules* del Reino Unido. Pero no creemos haya tenido lugar, cuando no se ha reproducido en español colección tan interesante para nosotros.

No sabemos, por lo tanto, de una manera fija lo que puedan expresar los despachos de Contareni, ni tampoco si éste exponía su opinión sobre el *Quijote,* ó refería la creencia del pueblo y de la corte; pero de una ú otra manera resultaría comprobada la antigüedad de esa idea que atribuye al *Quijote* el carácter de libro político.

Otra noticia que también tenía la misma significación oímos hace tiempo. Decíase que en ciertos pasquines

contra el Gobierno, que aparecieron en Valladolid, se hacían alusiones al hidalgo manchego, ó se comparaba con él al Duque de Lerma. Hemos querido apurar la especie, y para ello escribimos al Sr. D. Pascual de Gayangos, amigo querido y generoso, que creíamos ser el que comunicó la noticia; pero éste nos contesta que lo que ha examinado es un curioso códice del Museo Británico, en el cual, refiriendo sucesos de Valladolid del año 1605, dice el autor, que lo es un portugués llamado Baltasar Díaz: «Estando en este paso, me veo llamar para que »fuese á ver la más notable figura que se podía imaginar. »Fué el caso, *que pasando un D. Quixote vestido de verde,* »*mais desmajelado é alto de corpo,* vió unas mujeres al pie »de un álamo, etc.»

Aquí se encuentra la alusión más antigua que hemos registrado, de referencia al libro entonces recién publicado.

(2)

Pasajes enteros hay en *El Ingenioso hidalgo* que desde luego se comprende haberse puesto con el ánimo é intención de tratar cuestiones literarias y aun políticas. El discurso de *D. Quijote* sobre las armas y las letras, la conversación con el canónigo de Toledo, la de Sancho y Ricote, no dejan lugar á dudas, como otras que todos recuerdan y en las que sin rodeos están patentes las opiniones del autor.

Aventuras hay, como la del cuerpo muerto que llevaban de Úbeda á Segovia, y cuya conducción turba cual

maléfica aparición el demente caballero, que por sus circunstancias dejan conocer el intento de burlarse de algún suceso contemporáneo, cuyos accidentes no se disimulan. Las de uno y otro carácter son alusiones indudables y bien fáciles de conocer.

Pero hay aún otro género de ellas, no menos evidente, y que, sin embargo, es de todo punto imposible explicarlas hoy.

No hace mucho tiempo que el ilustre cervantista, el eminente poeta D. Juan Engenio Hartzenbusch, notó que la *Dedicatoria* de la primera parte de *El Ingenioso hidalgo,* está compuesta con frases y cláusulas de la que Fernando de Herrera hizo al Marqués de Ayamonte de sus *Anotaciones á las obras de Garcilaso,* impresas en Sevilla en 1580, y del prólogo que á la misma obra puso el docto maestro Francisco de Medina, que es una de las mejores cosas que hemos leído en castellano. Aquella breve *Dedicatoria* es un verdadero plagio, y de libro muy conocido. ¿Por qué causa lo hizo *Cervantes*? ¿Qué alusión encierran aquellas palabras copiadas de una obra del gran poeta de la escuela sevillana? Ciertamente nadie ha podido descifrarlo (a) ni será fácil que se explique el misterio sin un hallazgo providencial.

(a) El interesante artículo del Sr. Hartzenbusch, inserto en el periódico titulado *Las Noticias* (y que luego se incluyó en el *apéndice segundo* del tomo doce de las *Obras completas de Cervantes* de la magnífica edición Rivadeneyra), dió ocasión á una respuesta infundada, errónea y que nada concluía, que se insertó en el mismo periódico, y en la cual su autor, D. Nicolás Díaz de Benjumea, pretendía tener sabida, notada y explicada aquella copia ó imitación hecha por *Cervantes*. Esta respuesta del Sr. Benjumea dió á su vez origen á

De estas alusiones, sean recuerdos, sean censuras, embozadas sátiras, ó lo que sean, debe encerrar más de una el *Quijote*, que por necesidad pasan inadvertidas para los lectores de nuestro tiempo.

(3)

Consta el estado de abandono en que se encontraba la plaza de Cádiz, en diversas relaciones contemporáneas que se conservan en el Archivo de la Santa Iglesia Catedral de Sevilla; y muy detenidamente en el SUCCESO DEL SACO Y TOMA DE CÁDIZ POR EL INGLÉS *compuesto por el Padre Maestro Fray Pedro Abreu de la Orden* DE SANT FRANCO; obra escrita en los días mismos de tan desgraciado acontecimiento, por un testigo presencial de los hechos, y cuyo MS. original que perteneció al Sr. D. Jorge Díez, Pro., conserva hoy el autor de este *Discurso* (b).

Dice así el Padre Abreu: «Nuño de Villauiçençio, cauallero, vezino y Regidor de Cádiz, con la compañía que le tocaua, que sería de hasta cient hombres, el qual acudió con su gente á la puerta del muro, puesto señalado, que le tocaua la guarda del. En esta puerta qu' es sola

---

otro artículo muy erudito y razonado del Sr. D. Cayetano A. de la Barrera, que no se ha publicado, pero del cual tengo traslado, debido á la buena y antigua amistad que me une al autor. Por demás está decir cuanto queda en él mal parada la llamada explicación del Sr. Benjumea.

(b) Por una copia fué impresa en Cádiz esta interesante obra á expensas del Ayuntamiento y por los cuidados del Sr. D. Adolfo de Castro en 1866.

la de tierra, ay al vn lado vn baluarte, como en su description queda dicho: éste tenía tres peçezuelas de artillería, tan mal adereçadas y preuenidas, que no fueron de prouecho en la ocasion. Sola una se disparó contra los enemigos quando venían ya marchando para la ciudad, y hizo tanto effecto, que reparó y se detuuo el campo, temiendo que auia muchas más pieças para la defensa de la entrada, mas como vieron que en aquella sola se resoluió toda la duda, boluió á marchar y seguir su viage.»

Habla más adelante del baluarte que aun hoy se llama *Punta de S. Felipe,* y dice: «auia en este baluarte quatro pieças gruesas, empero tan mal preuenidas y dispuestas que no fueron de ningún effecto en la ocasión; pues en disparando las primeras balas, se hizieron las ruedas pedaços de las tres de ellas, de suerte que más no pudieron servir. Y las balas no alcançaron á la armada enemiga, assí por esto como por ser la póluora mala y poca, etc.»

En las Cortes de 1592, los Procuradores de las ciudades habían llamado la atención del Monarca sobre lo que podría suceder en las costas, diciéndole por escrito: «Que »el país estaba sin defensa tanto por mar como por tie»rra, por lo cual los enemigos lo afrentaban y robaban »por todas partes: que el reino se hallaba acabado y con»sumido, etc.»

Sirvan de respuesta estos datos históricos á los que creyeron, escuchando la lectura de este Discurso, que se pintaba con exagerados colores la decadencia de España en los últimos años del reinado de Felipe II.

CERVANTES INVENTOR

DISCURSO

ANTE LA ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS
EN EL ANIVERSARIO CCLVIII
DE LA MUERTE DE CERVANTES

23 de Abril de 1874

CASIÓN sería la presente, señores, para hacer un elevado y severo discurso, más religioso, más filosófico que literario, y bañado en profunda melancolía, sobre el singular destino de la humanidad. Hay seres cuya vida parece destinada por la Providencia á formar cadena no interrumpida de extraordinarios sucesos, que sirvan de lección á las generaciones; seres en quienes pone Dios el talento superior y las virtudes heroicas, para presentarlos luego en lucha abierta con todas las adversidades, para ponerlos á prueba en todos los terrenos, y que de este choque resulten saludables enseñanzas.

Si la historia no es más que el imperio de los difuntos sobre los vivos, como ha dicho un filósofo, nunca esta verdad se ve más clara ni mejor comprobada que en las vidas de esos hombres extraordinarios.

Ni exequias suntuosas, ni pomposos epitafios, ni mausoleos de mármoles y bronces bastan para salvar del olvido la memoria de muchos, que, creyéndose grandes y dignos de alta fama porque logran disponer del poder ó de las riquezas, corren por el mundo orgullosos y vanos, hinchándose como la rana de la fábula; y haciendo alarde de prosapia y de abolengo, buscan en los méritos de sus antepasados la virtud, el valor ó el talento de que carecen. Al cerrarse la losa de sus sepulcros acaba y muere por siempre aquel nombre que ellos creyeron ilustre y consagrado á la inmortalidad...

En ignorada y pobre huesa viene á reposar en paz algunas veces un hombre modesto, que vivió y murió trabajando. Sobre la tierra, apenas bien sentada, que cubre sus despojos, no se graban elogios ni se esculpen emblemas, y todo parece indicar el silencio y el olvido. Pero á poco, nace de aquella tierra una pequeña planta que crece luego, se cubre de hojas, multiplica sus aromáticas flores, y da frutos copiosos, sazonados, delicia y encanto de las generaciones que se suceden cantando las alabanzas de aquel humilde; y el nombre obscuro, de quien pocos hicieron aprecio en vida, se hace ilustre, y célebre, y glorioso, porque de su tumba irradian perpetuamente los des-

tellos de la lumbre divina que encendió su entendimiento.

Estas reflexiones se agolparon á mi imaginación en el momento en que, por bondadosa designación de la Academia, me propuse hablar de *Miguel de Cervantes* en el día en que se conmemora el aniversario CCLVIII de su muerte. ¡Singular destino de la humanidad! No podemos confiar en el renombre presente; sólo es grande el que merece serlo en el aplauso de las generaciones.

Si de esta manera consideramos la grandeza, pocos hombres hay que puedan igualarse con *Miguel de Cervantes Saavedra*. No voy á recordar en este momento los azares de su agitada existencia, tan conocidos, tan sabidos, tan públicos, que apenas habrá, no ya en España, sino en Europa, quien los ignore completamente. Y, sin embargo, señores, aunque su nombre y su vida son tan conocidos, todavía en medio de esta docta Asamblea, ante tan ilustradas personas, me he de atrever á preguntar: ¿Qué fué *Cervantes*?—Y no debe causar extrañeza tal pregunta, si se considera que el autor de *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha,* para sus contemporáneos casi no fué nada, y para la posteridad lo es todo. Entonces pasó casi ignorado, y hoy llama la atención del mundo.

En vida se desconocieron sus servicios, se ultrajaron sus canas, se hizo mofa de sus heridas, se menospreciaron sus obras; ahora se ensalzan sus virtudes hasta querer pintarlo santo; se canta su gloria al

igual de las mayores; se lloran sus desgracias, se le adorna con los timbres más esclarecidos, queriendo darle plaza en todas las facultades, lugar preeminente en todas las ciencias. Y con sola esta enumeración ya comprenderán todos que no es ocioso el preguntar: ¿Qué fué *Cervantes*?

Tiempo oportuno parece ya de poner un límite á las exageraciones, de comenzar á entrar en los dominios de la razón; hora es de fijar juiciosamente la significación que en la historia de la filosofía y de las letras tuvo el mayor de nuestros escritores; necesario y urgente se hace también fallar en definitiva sobre el verdadero mérito y carácter de la obra capital de la Literatura española, cerrando la puerta á la crítica inconsiderada como á la inconsiderada alabanza, y asimismo á los delirios y falsas interpretaciones que sobre ella se hacen, desnaturalizándola y torciendo los intentos de su autor (1). No cabe tanto en los límites de un discurso, ni sería prudente abusar de la paciencia de mi ilustrado auditorio por el dilatado espacio de tiempo que para tales demostraciones se necesita. Mi aspiración se reduce á establecer bases firmes, á indicar el camino, que tampoco alcanzan á más mis fuerzas; esperando que mejores inge-

(1) Mucha parte de este trabajo se ha iniciado ya por hombres pensadores, que dan á la obra literaria de *Cervantes* su verdadera importancia y carácter.—Véanse las obras tituladas *William Shakespeare*, por Mr. Víctor Hugo (París-Claye-1864).—*Histoire de la Poesie espagnole*, por Mr. Ferdinand Loise (Bruxelles-Hayez-1868).—Y el *Curso Histórico-Crítico de Literatura española*, por D. José Fernández-Espino. (Sevilla-Tarascó-1871.)

nios recorran en todos sentidos el campo, y dejen fijado y establecido lo que apenas me es dado significar.

I

¿Qué fué *Cervantes*? Si procuramos saber su educación científica, los contemporáneos nos dirán que fué un ingenio lego; es decir, un hombre que no había recibido grados académicos, que no alcanzó la autorización legal para hablar en determinadas ciencias. En nuestros días, por el contrario, se le conceden todas, y muchos hombres de mérito consagran sus vigilias á demostrar que fué filósofo, teólogo y jurisperito, y á colocarle en primer lugar entre los médicos y geógrafos eminentes.

Si hemos de comprender bien sus extraordinarias condiciones, preciso será comenzar reconociendo que efectivamente cursó poco en las aulas, no practicó actos universitarios, ni obtuvo uno sólo de esos diplomas ó títulos que deben acreditar la suficiencia en facultad señalada. Pero en cambio, tuvo de sobra lo que á muchos les falta, sobresalió en lo más difícil, raro y excelente, fué un genio... y á la verdad, bien merece esta palabra que nos detengamos en ella un momento siquiera para fijar su significado, del que tanto se usa, y se abusa en nuestros días.

El genio en su acepción directa, inútil parece decirlo, es la natural inclinación que dentro de nosotros sentimos; es, como dijo Fernando de He-

rrera (1), «virtud específica ó propiedad particular de cada uno que vive.» Los antiguos en viva personificación lo figuraban por deidad que dentro de nuestro cerebro mora, animando el pensamiento, dando dirección á la idea; pero en el idioma actual tiene en acepción más restringida el valor de hombre superior, que se eleva sobre la generalidad, que es de muy pocos igualado y enseña á todos.

Los genios, según esta nueva significación, son luceros resplandecientes, que á largo espacio aparecen á la humanidad para alumbrarla en su camino; faros luminosos, brillantísimos, que á gran distancia se corresponden enviándose recíprocos rayos de viva luz en medio de la general obscuridad. El genio es lo que el hombre tiene de más semejante á la Divinidad: es el *ex ipso* de los teólogos, la *mens divinior, atque os magna sonaturum* de los poetas; es el don de inventar y de divinizar cuanto se toca; es, en fin, lo que con propiedad se llama facultad creadora.

Luce el genio como señor y monarca absoluto en los terrenos del arte; no recibe leyes, las dicta, las impone, las señala; entiende de todo y de todo sabe; por doquiera que imprime su huella deja fijada la norma del buen gusto. Todavía no ha llegado á saberse si Homero, Esquilo, Shakespeare y *Cervantes* siguieron preceptos en sus concepciones, ó si las reglas han sido sacadas luego por hombres pensadores de

(1) Obras de Garcilasso de la Vega, con anotaciones de Fernando de Herrera.—(Sevilla: Alonso de la Barrera: 1580.) – Página 581.

las obras que aquellos nos legaron. Aun está en tela de juicio si se han de dar reglas al genio, ó el genio es sobre todo.

La intuición suprema, la concepción general, lo absoluto, tanto en ciencias como en artes, eso encarna el genio. Lo que no sabe lo adivina... ¿Quiere saberse cómo y de qué manera entendemos la omnisciencia del hombre superior? Nos valdremos de un simil... Puede suceder que extraviado un viajero durante la noche en la cima de altísimas montañas, y sorprendido por la tempestad, busque abrigo á la lluvia bajo los corpulentos árboles que le rodean, y á la luz del relámpago descubra una y otra vez la ciudad populosa que á larga distancia se extiende á sus piés en el valle, perciba sus elevadas torres y grandes edificios, vea el río que la baña y vislumbre las embarcaciones que en él están surtas; y recobrando luego su camino antes de venir el día, hable de aquella población y la describa sin haber pisado nunca su recinto... Así ilumina lo desconocido la luz del genio. La inspiración es el relámpago que le descubre regiones antes no conocidas... No necesita ser malvado para pintar el remordimiento del crimen, ni ser santo para explicar y hacer sentir los deliciosos éxtasis de la virtud; ni tiene precisión de haber estado en los lugares para conocerlos, ni de estudiar las ciencias para tratarlas familiarmente, ni de ser artista de profesión para juzgar las obras de arte.

Así comprendemos la omnisciencia que por par-

tes se viene atribuyendo en nuestro tiempo á *Miguel de Cervantes*.

Fué médico, fué geógrafo, fué moralista, marino, perito en el arte militar y en jurisprudencia, teólogo, filósofo... (A); hoy demuestran que lo fué todo, y volveremos á repetir que no fué nada de eso. Recorramos las páginas que dejó escritas, y él mismo nos dice que tenía *instinto sobrehumano*, que le había dado Dios ardiente fantasía, que era un *raro inventor* (1).

Nadie nos define mejor su cualidad excelente que *Cervantes* mismo:

> Yo soy aquel *que en la invención excede*
> A muchos, y al que falta en esta parte
> Es fuerza que su fama falta quede (2).

Estas palabras pone en su propia boca en *El Viaje del Parnaso*. ¿No es cierto, señores, que así se alcanza bien lo que era el autor del *Quijote*? ¿Conoceremos que es inútil trabajo y labor excusada cuanto peligrosa el buscar en la *Galatea*, en las *Novelas ejemplares* y en las demás obras del autor, textos aislados

---

(A) Véanse al final las *Notas* que en el texto van señaladas con letras.

(1) Y sé que aquel instinto sobrehumano
Que de *raro inventor* tu pecho encierra,
No te le ha dado el padre Apolo en vano.
(*Viaje del Parnaso*.—Cap. I.)

(2) *Viaje del Parnaso*.—Cap. IV.

que le acrediten perito en unas ó en otras facultades? Peligroso llamamos á ese trabajo, porque fácilmente puede hacernos caer en error, formando una paradoja que luego desmientan otras frases del mismo autor.

Peligro tan próximo es este, que aquejados por esa pesadilla, general hoy entre cervantistas, ideamos también el presentarle *músico*. Y fácil cosa era, en verdad, demostrar su competencia en el canto y en la vihuela, cuando le vemos rasgueando agraciadamente el español instrumento en *El Celoso Extremeño* con Loaisa y en *La Ilustre Fregona* con Carriazo; cantando sentidas y piadosas estrofas con *Feliciana de la voz*, y decorando delicados y picarescos conceptos con la desenvuelta *Altisidora*. Pero en lo más granado y prolijo de la labor, tropezamos con muchas y muy buenas razones para sostener también lo contrario, y afirmar que si era torpe de lengua, tampoco era muy fino de oído, y debía cantar bastante mal y entender muy poco del divino arte, en paz y con perdón sea dicho de sus encomiadores.

Era *Cervantes inventor*. He aquí el pedestal de su inmensa celebridad. Era de *instinto sobrehumano*, y en eso estriba el secreto de su sabiduría universal... Tenía la facultad de crear, y si seguimos la suerte de sus invenciones, si ponemos á la vista de todos, cuantos han sido los hombres célebres que han aprovechado sus ideas; si patentizamos que á la sombra de su gloria se han acogido multitud de aves, así de pobres grajos, como de elevadas y altaneras águilas,

creeremos haber traído el mejor complemento á nuestra demostración, y haber hecho más justicia al grande hombre que buscando razones para justificar que era docto, perito y versado en ciencias y en artes que ni por las mientes le pasó el estudiar.

II

¿Qué fué *Cervantes?* Ya en este punto podremos contestar que fué un *gran inventor*. Lo dicen sus escritos; y si mayor demostración se necesita, nada más fácil que hacerla, aun en los reducidos límites que permite este trabajo.

Vivo estaba todavía el soldado escritor cuando autores de primer orden, dramáticos como Lope de Vega, Tirso de Molina, Guillén de Castro y otros, cuyas obras admira el mundo, aprovechaban en sus composiciones, para sacarlos al teatro, los personajes á quienes él había dado vida.

No hablemos del desdichado autor que pretendió usurpar su gloria continuando las aventuras de *El Ingenioso hidalgo*. Sea quien fuere (1) recogió la ignominia que merecía por premio, y hoy nadie leería su obra si no estuviese ligada con la de *Cervantes*.

---

(1) Muchas han sido las investigaciones de los eruditos, guiadas por el deseo de conocer al encubierto Avellaneda. —Después de haber indicado como autores de este libro á Fray Andrés Pérez, el autor de la *Pícara Justina*, á Fray Juan Blanco de Paz y á Bartolomé Leonardo y Argensola, se fijó la atención en Fray Luis de Aliaga, confesor de Felipe III.—El docto cervantista gaditano Sr. D. Adolfo de Castro, fué el primero, á lo que creemos, que hizo pública esa conje-

La verdad es, que entre las encontradas opiniones de Montiano, Nassarre y Germond de Lavigne que suponen al *Quijote de Avellaneda* un alto mérito, y las de Pellicer, Ríos, Navarrete y otros que apenas le conceden importancia, creemos que no se ha hecho justicia á aquel libro. No hay para qué acordarse, al decidir la cuestión crítica, de *Cervantes* ni de su *Quijote*. Hagamos caso omiso del autor robado y demos al olvido la mala conducta del robador, sin recordar ni aun el Prólogo, más agresivo que gracioso, del *pseudo-Quijote*.

Si el héroe manchego no hubiera nacido más que en el cerebro del que se tituló *Avellaneda*, nadie, absolutamente nadie sufriría hoy su lectura. Los personajes son sandios, insulsos, carecen de verdad, no están copiados del natural. La acción, pesada y trivial, se arrastra entre episodios inconexos, largos y de poca substancia: en fin, puede sostenerse sin temor de ser desmentido, que ni el más paciente aficionado á lecturas novelescas sería capaz de leer la obra de *Avellaneda* si no le prestase color é interés la creación de *Cervantes*. Con eso y con todo, es hoy muy poco leída; y es lo cierto que cuantos de ella han tratado, se han quedado muy cortos en su vituperio.

---

tura, robustecida luego con diferentes argumentos y datos por los Sres. D. Cayetano Rosell, D. Aureliano Fernández Guerra, D. Cayetano A. de la Barrera y otros.—Pero el mismo Sr. D. Adolfo de Castro ha indicado luego como autor del falso *Quijote* á Fray Alonso Fernández, y últimamente al gran poeta dramático D. Juan de Alarcón y Mendoza.

Pero me separo de mi propósito. Avellaneda no excedía en la invención, su obra nunca ha sido imitada; jamás han salido al Teatro sus personajes.

Pues aun en ese libro escrito con el altivo y audaz propósito de competir con el de *Cervantes*, y con la menguada intención de quitarle la ganancia de su trabajo; en esa obra que lleva un prólogo insultante, en el cual se denigran las heridas recibidas por un soldado en defensa de su religión y de su patria, y se hace burla estúpida de las canas venerables que crecían en su ardiente cabeza como la nieve que cerca un volcán, se encuentran, á despecho del envidioso autor, las alabanzas del libro y del escritor á quien imitaba. Oigámosle:

»á este compás desbuchó Sancho todo lo que de Don »Quijote sabía; pero rieron mucho con lo de los galeotes »y penitencia de Sierra Morena y encerramiento de la »jaula, con la cual acabaron de entender lo que Don Qui»jote era, y la simplicidad con que Sancho le seguía ala»bando sus cosas» (1).

En otro lugar exclama:

«¿Eres tú por ventura *Don Quijote de la Mancha,* cuya »fama anda esparcida por las cuatro partes del mun»do?» (2).

---

(1) Cap. 7.°—Parte V.
(2) Cap. 31.—Parte VI.

A pesar de sus malos propósitos, se escapaba la verdad de la pluma del émulo de *Cervantes*.

Poco tiempo después, aplaudieron por primera vez en la escena francesa un inspirado episodio tomado del *Quijote*. Pichou, autor dramático de grandes dotes y esperanzas, que murió bárbaramente asesinado á la temprana edad de 35 años, después de haber merecido los aplausos del público y los elogios del Cardenal Richelieu, que se preciaba de entendido en letras, dió al Teatro, en el año 1629, una comedia intitulada *Les Folies de Cardenio,* base de toda su celebridad (B).

Años adelante, el crítico más célebre de Francia, aquel Boileau Despreaux que calificaba de grosero al Teatro español, y se burlaba de los mejores dramas de Lope, de Ruiz de Alarcón y de Calderón, porque no se ajustaban á su medida clásica y á sus indispensables unidades, no tuvo reparo alguno en merodear el campo cervantino, y debe su poema heroi-cómico *El Facistol*, las mejores escenas á recuerdos y retazos del *Viaje del Parnaso*.

El ejemplo de talés hombres fué contagioso, y estimulados por los aplausos que el público prodigaba á cuanto procedía de la inspiración de *Cervantes*, los autores más celebrados del teatro francés, Scudery, de Brosse, Dancourt y otros, sin exceptuar el maldiciente Pirón, sacaron á la escena composiciones con argumentos tomados de sus obras.

En el teatro inglés, en el español se multiplicaron

las imitaciones hasta tal punto que no es posible detallarlas (C).

Del mismo modo nos llevaría muy lejos el reseñar, aunque fuera muy ligeramente, las continuaciones, imitaciones y arreglos que del *Quijote*, la *Galatea* y las *Novelas* se han hecho. Baste en este lugar el recuerdo, para que se comprenda cuanto excedía *Cervantes* en la invención.

Ya en nuestros días, todo un Moratín acude también al rico venero cervantino para embellecer y animar su *Derrota de los Pedantes*. ¿Y se quiere todavía más? Pues véase á Víctor Hugo, el poeta de mayor y más vigorosa inspiración entre los modernos, recurrir á *Cervantes* y deberle una de sus mejores creaciones. *Preciosa*, la dulce heroína de *La Gitanilla de Madrid*, recorre hoy el mundo transformada en *Esmeralda*; y á ella, y á otros personajes, también de origen español, debe *Nuestra Señora de París* parte de su inmensa celebridad.

Continuar esta enumeración sería no acabar nunca. *Cervantes* tuvo la parte mejor, la que á muchos falta. Dió tal vida, tanta verdad á los hijos de su entendimiento, que no parece sino que sus personajes se agitan entre nosotros; todos creemos conocerlos, todos los citan y tienen el don singular de interesar siempre y de prestar inspiración á cuantos los evocan.

El escritor que á tantos ingenios sirve con sus creaciones, bien puede ser llamado inventor, bien puede ser contado entre los genios.

III

Juzgar el libro, abarcar en su conjunto y en sus detalles la obra del genio, todos comprenden que es difícil empresa. *Cervantes* nació en el fin de la España caballeresca, cuando la edad moderna introducía ya en las costumbres la savia de un orden nuevo, de una nueva manera de ser, de civilización muy diferente. Asistió en Lepanto al último acto de una lucha de titanes, y en Valladolid y en Madrid tocó en el siglo siguiente las miserias de una corte llena de intrigantes, donde el mérito cedía al favor, la virtud era humillada por la hipocresía, y el oro comenzaba á constituirse en árbitro de la suerte de todos, dispensándose á su influjo empleos, honores, títulos y dignidades.

De otro lado encontró en sus primeros años como lectura favorita del pueblo español, libros fantásticos cuyo origen respondía á otros usos, á otras necesidades, y donde acción y sentimientos habían venido de exageración en exageración á tocar en falsos, pecando de ridículos. En siglos anteriores, durante la agitación de turbulentos reinados y entre el fragor del combate con los musulmanes, el ánimo se complacía en la pintura de escenas heroicas y se recreaba viendo en los libros costumbres dulces que contrastaban con la realidad. El caballero, duro en la lucha, feroz en la pelea, que no curaba de su cuerpo ni se dolía de las heridas que recibiera, era luego clemente en la victo-

ria, afable con el menesteroso, compasivo con el desdichado, y venía á ofrecer el laurel obtenido á los piés de la dama cuyo esclavo se creía. El dechado del caballero fiel á todos los preceptos del Doctrinal, era el prototipo de las primitivas novelas que se titularon *Libros de Caballerías*. De la narración de aventuras extraordinarias, se pasó fácilmente á la exageración y al absurdo. La intervención de personajes fantásticos, de espíritus invisibles, tomados ora de la antigua fábula, ora de las leyendas y tradiciones de los siglos medios, vino á aumentar el interés bajo un concepto, el absurdo por otros. No hubo caballero que no tuviera á su devoción un encantador, un mago ó una hada, ni castillo que no estuviera guardado por dragones, endriagos y vestiglos. La lucha entre el bien y el mal se simbolizó en aquellas creaciones; pero se llevó á tal extremo que ya no solamente era la pintura moral, sino que un encantador perseguía á un caballero, y otro le cuidaba y curaba sus heridas cuando era vencido. *Cervantes* encontró aquella literatura en su más alto grado de corrupción; los Amadises y Primaliones se habían multiplicado hasta lo infinito, con todas las extravagancias imaginables de lagos hirvientes, monstruos horrendos, damas y dueñas viandantes, armas encantadas y viajes súbitos á regiones no mencionadas ni conocidas. La ficción sumergida en el absurdo.

Él hizo nacer entre las ruinas de aquella civilización y de aquella literatura la novela moderna, más antropológica que de argumento, más verdad que fá-

bula. Inició el movimiento de las letras, fué el primero que sintió el progreso del buen sentido, de la razón pura y ¡cosa extraña! al dar el impulso, al crear el género, dió de él el más acabado y perfecto modelo. *Cervantes* nace en la mitad de un siglo, y muere casi en la plenitud del siguiente. Por eso hay en su obra algo de todo lo que dejamos indicado, y muchas cosas más, que no están puestas de intento allí por el autor; pero que eran como la atmósfera que respiraba, como el alimento de que vivía, y le impresionaban y agitaban su ser sin que se diese cuenta de ello.

Cervantes es el eslabón que señala la transformación de las ciencias y las letras entre los siglos XVI y XVII, en la cadena de la civilización española.

IV

Esto fué *Cervantes*; eso fué el escritor.—La profundidad de sus pensamientos, la altísima enseñanza de su doctrina, tuvieron origen en las desgracias del hombre. La inspiración de sus obras fué el dolor.

No tienen número los azares, las peripecias de su larga carrera, y siempre más desgraciados unos que otros. Nunca se cansó la fortuna de serle adversa, nunca le abandonó el dolor, para que del choque, de la lucha entre el dolor y el genio naciese el libro inimitable, como han nacido todas las obras grandes...

Lira que canta, corazón que gime,
No hay pensamiento grande que no sea

Hijo de un gran dolor, dolor sublime;
A los Homeros y *Cervantes* crea (1).

Para comprender á un grande hombre es necesario tener corazón de poeta.

Mucho padeció, mucho debió sufrir el autor, que sin esos sufrimientos no poseeríamos la obra inmortal; grandes fueron los dolores que le hicieron decir: «¡Oh soledad, alegre compañera de los tristes!» Tal vez *Cervantes* exclamó también como otro poeta:

¡Qué triste compañero
Pero qué fiel es el dolor! no deja
Solo jamás al triste que acompaña.

Su existencia fué cadena de dolores... Por eso en lugar de verter lágrimas por su muerte, concurren de todas partes á celebrarla en Liceos y en Academias, en libros y en periódicos, en sermones y en poesías. Y no es de extrañar. La gloria del talento, como la gloria de la virtud, no empiezan á brillar hasta que termina su peregrinación por este mundo. Pueden los que las alcanzan ser desconocidos, menospreciados y hasta ultrajados en vida; su recompensa está en la adoración de la posteridad.

He dicho.

(1) *Querellas del Vate ciego*, por Larmig.—El Sr. D. Luis Martínez Güertero, publicó bajo este pseudónimo sus preciosas poesías.

(A)

NOTA

DE FOLLETOS ESCRITOS PARA DEMOSTRAR LOS CONOCIMIENTOS DE CERVANTES EN DETERMINADAS MATERIAS

MOREJÓN (D. Antonio Hernández).—*Bellezas de Medicina práctica descubiertas en la obra de Cervantes.*

CABALLERO (D. Fermín).—*Pericia geográfica de Miguel de Cervantes.*

ARRIETA (D. Agustín García de).—*Espíritu de Miguel de Cervantes.*

EXIMENO (D. Antonio).—*Apología de Miguel de Cervantes.*

REMENTERIA (D. Mariano).—*Manual alfabético del Quijote.*

MOR DE FUENTES (D. José).—*Elogio de Miguel de Cervantes.*

CASTRO (D. Adolfo de).—*¿Cervantes fué ó no poeta?*

FERNANDEZ (D. Cesáreo).—*Cervantes, marino.*

IGARTUBURU (D. Luis).—*Diccionario de tropos y figuras de retórica.*

SANDOVAL (D. Crispín Jiménez de).—*Afición é inteligencia militar de Miguel de Cervantes.*

GAMERO (D. Antonio Martín).—*Jurispericia de Cervantes.*

CASTRO (D. Federico).—*Cervantes y la Filosofía Española.*

TUBINO (D. Francisco).—*Cervantes revolucionario.*

D. F. C.—*La Cocina del Quijote.*

SBARBI (D. José).—*Cervantes, teólogo.*

(B)

LES FOLIES DE CARDENIO

TRAGICOMEDIA DE PICHOU (1)

La acción comienza en el momento en que cansado Don Fernando de los amores de Dorotea y prendado de Luscinda, aspira á casarse con ésta, y ordena á Cardenio

(1) No es únicamente en España donde podemos quejarnos de la incuria de los eruditos y aficionados de los siglos XVI y XVII en recoger noticias biográficas de los artistas y poetas célebres sus contemporáneos.

En Francia sucede también lo mismo, y el autor de esta tragicomedia es casi desconocido, á pesar de que compuso varias obras dramáticas que fueron muy aplaudidas. Solamente se sabe que Pichou nació en Dijón, ignorándose en qué año, aunque debió ser en los primeros del siglo XVII, fué educado por los jesuítas, y en el año 1629 dió al público la obra que nos ocupa, que fué la primera que se presentó en Francia sacada del libro de *Cervantes;* y que á la edad de treinta y cinco años murió cruelmente asesinado, como en el texto decimos.

Además de *Las Locuras de Cardenio,* que fueron su primera obra, compuso las *Aventuras de Rosileón,* la *Confidente infiel,* y la *Filis de Sciro,* pastoral que mereció los elogios del Cardenal Richelieu que se preciaba de inteligente en el arte dramático, según Isnard.

que se aleje por unos días; y prosigue en los dos primeros actos sacando puntualmente las situaciones de las que *Cervantes* refiere en los capítulos XXIV y XXVII de la Parte primera del *Quijote* por boca de Cardenio y Dorotea.

En el acto III aparecen en escena D. Quijote y Sancho, y se verifica el encuentro de Cardenio; en el IV salen el Cura y el Barbero, sobrevienen D. Fernando y luego Dorotea, enviando por último el caballero al escudero con la carta para Dulcinea; y es notable que el autor francés, no pudiendo reproducir las palabras de *D. Quijote*, las sustituye con un *Galimatías* (así le llama) de ocho versos compuestos de hiperbólicas frases casi sin sentido. En el acto V, *Dorotea* disfrazada en compañía del Cura y de Cardenio, también con sendos disfraces, solicita el amparo de D. Quijote, y la acción termina con el encuentro de D. Fernando y Luscinda, quedando aquél unido á Dorotea y ésta á Cardenio y marchando D. Quijote en unión de todos á poner á la Infanta en posesión de su reino, porque ya había matado al descomunal Gigante, que el incrédulo escudero dice que era vino, con evidente alusión á la aventura de la venta. A la conclusión queda Sancho Panza solo en la escena y recita un monólogo de doce versos que el autor de la *Historia del Teatro francés* cita como mejor de la obra. (Tomo IV, pág. 419.)

(C)

Para justificación de lo que en el texto se afirma, insertamos la siguiente nota de las piezas que en este

momento tenemos presentes, ó recordamos haber visto citadas:

ALGUNAS PIEZAS DE TEATRO

CUYOS ARGUMENTOS ESTÁN TOMADOS DE LAS OBRAS Y DE LA VIDA

DE

MIGUEL DE CERVANTES

ANÓNIMAS.—*El Alcides de la Mancha y famoso D. Quijote.*—De un ingenio de esta corte.—(Empieza con la llegada de Sancho á la venta de vuelta de Sierra Morena, y termina saliendo D. Quijote enjaulado para su aldea.)

Las Caperuzas de Sancho.—Sainete.

Cervantes.—Drama representado en el Teatro del Balón de Cádiz en Septiembre de 1853.—(No hemos podido verlo.)

Sancho Panza.—Sainete.

La Ínsula Barataria.—Entremés.

La Cuna del Quijote.—(D. T. M. M.)—Representada en el Ateneo Tarraconense de la clase obrera en 1873.

AYALA (D. Adelardo López de).—*El Curioso impertinente.*—En colaboración con D. Antonio Hurtado.

ÁVILA (D. Francisco de).—*Los invencibles hechos de Don Quijote de la Mancha.*—Entremés.

BARCIA (D. Roque).—*El Pedestal de la estatua.*

CAÑIZARES (D. José).—*La más ilustre fregona.*

CALDERÓN DE LA BARCA (D. Pedro).—*D. Quijote de la Mancha.*—Desconocido.

CASTRO Y BÉLVIS (D. Guillén). — *La Fuerza de la sangre.* — *El Curioso impertinente.* — *D. Quijote de la Mancha.*

COELLO (D. Antonio).—*El Celoso Extremeño.*—*Los Celos de Carrizales.*—(Aunque citadas con estos dos títulos, parece deben ser una sola obra.)

CRUZ (D. Ramón de la).—Loa para la comedia intitulada *Las Bodas de Camacho el rico.*—1784.

ESQUERDO (D. Vicente).—*La Ilustre fregona.*

FIGUEROA y CÓRDOVA (D. Diego).—*La Hija del Mesonero.*

GARCÍA (D. Adolfo).—*La Venta encantada.*—Zarzuela en tres actos y en verso.

GARCÍA GUTIÉRREZ (D. Antonio).—*Nobleza obliga.*

HARTZENBUSCH (D. Juan Eugenio). — *La Hija de Cervantes.*—Loa.

HURTADO (D. Antonio).—(Véase Ayala.)

LÓPEZ (Luis). —*Persiles y Segismunda.* — Comedia representada en el Teatro Real del Pardo, en Enero de 1633.

MATOS FRAGOSO (D. Juan). — *D. Quijote de la Mancha.*

MONTALVÁN (Dr. D. Juan Pérez de).—*La Gitanilla.*—*El Celoso Extremeño.*—*Pedro de Urdemalas.*

MELÉNDEZ VALDÉS (D. Juan de).—*Las Bodas de Camacho.*

MONTERO NAYO (D. Francisco).—*D. Quijote renacido.*

MONTOTO (D. Luis).—*El Último Día.* — Cuadro dramático escrito en colaboración con D. José de Velilla.

MORETO Y CABAÑA (D. Agustín).—*El Licenciado Vidriera.*

PÉREZ PEDRERO Y ANAYA (D. Eduardo).—*Isabel de Saavedra.*—Drama histórico en 5 actos.—Madrid: imprenta de Antonio Martínez, calle de la Colegiata, núm. 11.—1853.

PISÓN Y VARGAS (D. Juan).—*El Rutzvanscadt, ó Quijote trágico.*—Tragedia á secas.—Madrid, 1785.

ROJAS Y ZORRILLA (D. Francisco de).—*Persiles y Segismunda.*

ROMERO Y LARRAÑAGA (D. Gregorio).—*El Licenciado Vidriera.*—1841.—En colaboración con D. F. González Elipe.—Obra infelicísima.

ROSA (Pedro de la).—*Don Quijote.*—Comedia representada en el Buen Retiro, en Marzo de 1637.

SERRA (D. Narciso).—*El Loco de la guardilla.*—En un acto.

SILVA (Antonio José de).—*D. Quijote.*—Manuscrita.

SOLÍS (D. Antonio).—*La Gitanilla de Madrid.*

TELLEZ (Fr. Gabriel) Tirso de Molina.—*Quien da luego da dos veces.* (De la señora Cornelia.)

TOMEO Y BENEDICTO (D. Joaquín).—*Cervantes.*—Drama apologético.

VEGA CARPIO (Fr. Lope Félix de).—*Los Cautivos de Argel.—El Celoso Extremeño.—La Ilustre Fregona.—Pedro de Urdemalas.*

VEGA (D. Ventura de la).—*D. Quijote de la Mancha.—Los dos Camaradas.*—Primera parte de un drama titulado *Miguel de Cervantes.*

VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ (D. José).—*D. Quijote y*

Sancho Panza.—Zarzuela representada en el teatro de S. Fernando de Sevilla en 1857. — Inédita. — Era el episodio de Clavileño su argumento.

VELILLA (D. José). (Véase Montoto).

TEATROS EXTRANJEROS

PICHOU.—*Les Folies de Cardenio.*—Tragicomedie en cinq actes.

BOUSCAL Y DE BEY.—*L' Amant liberal.*

DANCOURT.—*Sancho Pança gouverneur.*

DESTOUCHES.—*Sancho Pança.*

DE BROSSE.—*Le Curieux impertinent.*

DU FRESNY.—*Sancho Pança.*

GOURIN DE BEUSCAL.—*D. Quichotte de la Manche.*

HARDY.—*La Force du sang.*

ROUTROU.—*Les deux Pulcelles.*

SCUDERY.—*L' Amant liberal.*—*Le Soldat magicien.*—(La cueva de Salamanca.)

ANÓNIMO.—*Don Quichotte,* ballet-comique, en trois actes.—Représenté pour la premiere fois á Bordeaux par l' Academie Royale de Musique, dans le mois de Février, 1758.

MURET (Theodore).—*Michel de Cervantes.*—Drame en 4 actes.—Imp. Vialat et compagnie, 1856.

SARDOU (Victorien).—*D. Quichotte.*—Piece trois actes, huit tableaux.

PIRON (Alexis).—*Le Faux Prodige.*—(El Retablo de las Maravillas.)

FERRERO.—*D. Quischiote alle Nozze di Camaccio.*—Cádiz, 1829.

BEAUMONT Y FLETCHER.—*Lov's Pilgrimage.*—(Peregrinación amorosa).—De las Dos Doncellas.—*The chances.*—(Los Acasos).—De la Señora Cornelia.

MIDLETON Y ROWLEY.—*The Spanish Gipsy.*—(La Gitana Española.)—De *La Gitanilla* y *La Fuerza de la sangre.*

ÍNDICE

Páginas

ELOGIO DE ESTE LIBRO. v

Sobre las ediciones primitivas de *El Ingenioso hidalgo*.—Carta á D. Pascual de Gayangos. . 1

Obras desconocidas de *Cervantes*.—Cartas á don Aureliano Fernández Guerra. 19

Dos poesías inéditas de *Cervantes*.—Carta á don Mariano Pardo de Figueroa. 55

Sol y sombras.—Dos cartas á D. José de Palacio Vitery y D. Mariano Pardo de Figueroa. . . 67

Sobre *La Estafeta de Urganda*.—A D. Nicolás Díaz de Benjumea. 95

Comentario de comentarios, que es como si dijéramos cuento de cuentos.—Carta á Mr. Mariano Droap. 121

Páginas

Ultimas cartas. 145

Sobre el *Quijote* de Avellaneda.—Carta al Vizconde de Bétera. 153

Antuca.—Carta al Excmo. Sr. D. Fermín Caballero. 161

¿Puede traducirse el *Quijote*? 175

Filena.—Novela pastoril que se atribuye á *Miguel de Cervantes* por sus biógrafos. 189

Los continuadores de *El Ingenioso hidalgo.*— La obra de un Avellaneda desconocido. . . . 199

Ensayo de un nuevo comentario al *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.* —Carta al Sr. D. José M.ª de Torres. 233

Sobre *La Española Inglesa*. 261

Desavenencias entre *Miguel de Cervantes* y *Lope de Vega*. 267

El Conde de Lemos, protector de *Cervantes*. . . 293

Noticias curiosas.—Particularidades y anécdotas relativas á *Cervantes* y al *Quijote*. 347

Recuerdos de *Cervantes.*—El compás de Sevilla. . 405

¿Estudió *Cervantes* en Salamanca? 425

Documento para ilustrar la biografía de *Cervantes*. 431

Un cervantista portugués del siglo XVIII, quemado por el Santo Oficio de la Inquisición. . . 437

Páginas

Alonso Fernández de Avellaneda. 463

Los académicos de Argamasilla. 485

Otro sueño de noche de verano. 489

El testamento de *Cervantes*.—Carta al Sr. D. Juan Guillén Buzarán. 501

Sentido oculto del *Quijote*. 513

Cervantes inventor. 535

MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número 803
Estante.. 53
Tabla... 2

Precio de la obra.....
Precio de adquisición.
Valoración actual.....

Número de tomos....

J. M.ª ASENSIO

803.

CERVANTES Y SUS OBRAS